

El anarquismo de
Rodolfo González Pacheco

Aníbal D'Auria y Elina Ibarra

El anarquismo de
Rodolfo González Pacheco
Un ensayo crítico sobre *Carteles*

(Con selección de textos)

González Pacheco, Rodolfo

El anarquismo de Rodolfo González Pacheco : un ensayo crítico sobre Carteles / Aníbal D'Auria ; Elina Ibarra. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros de Anarres, 2020.

188 p. ; 20 x 12 cm. - (Utopía libertaria)

ISBN 978-987-1523-35-1

1. Anarquismo. 2. Ensayo Argentino. I. Título.

CDD 320.57

Corrección: Hernán Villasenín

Diseño: Diego Pujalte

© Libros de Anarres
Av. Rivadavia 3972 - C. P. 1204AAR
Buenos Aires / R. Argentina
Teléfono: 11-4981-0288
edicionesanarres@gmail.com

La edición de este libro no habría sido posible sin la colaboración de

© Tupac Ediciones	© Terramar Ediciones
Juan Ramírez de Velasco 958. C1414AQT	Calle 18 N° 5444. B1884BQD
Ciudad Autónoma de Buenos Aires	Berazategui. Buenos Aires
R. Argentina	R. Argentina
Teléfono: 11-4856-9764	Teléfono: 11-4216-4821
bpjingenieros@gmail.com	www.terramarediciones.com.ar

ISBN: 978-987-1523-35-1

La reproducción de este libro, a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias, está permitida y es alentada por los editores.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

“...yo soy autor de teatro como pudiera ser autor de un homicidio: por corazonadas y circunstancias de la vida. Paso por eso como el que, en su camino, pasa aquí un charco y allá una cumbre. Pero lo que yo amo está más adelante, más adelante...”

[González Pacheco, en *La Antorcha* nro. 76]

1. Introducción

Rodolfo González Pacheco, dramaturgo y activista anarquista, nació en 1883 en Tandil, provincia de Buenos Aires, y murió en la ciudad de Buenos Aires en 1949, en pleno auge del peronismo. En 1910 estuvo confinado en la prisión de Ushuaia junto a su amigo Teodoro Antillí, tras la clausura del periódico *La Batalla*, cuya dirección compartían. Antillí y González Pacheco fueron apenas dos de los tantos reclusos en el sur del país en el marco de represión generalizada al anarquismo previa a la celebración del primer Centenario de la Revolución de Mayo. En 1936, al principiar la guerra civil en España, González Pacheco partió hacia aquel país para apoyar a los revolucionarios anarquistas que trataban de llevar adelante la revolución social. Allá dirigió la Compañía de Teatro del Pueblo y la revista *Teatro Social*. Permaneció en España solo nueve meses, ocasión que le permitió profundizar sus contactos con los anarquistas españoles. Siempre se mantuvo fiel al ideario anarquista hasta el último minuto de su vida, apagada en Buenos Aires, como dijimos, en 1949, en pleno auge del régimen peronista.

Como autor teatral tuvo sus momentos de fama, especialmente en la segunda mitad de la década de 1910, con *Las víboras* (1916) y *La inundación* (1917). Pero, si bien su ideario anarquista y revolucionario está presente en casi toda su producción dramática, se lo encuentra más desnudo y en carne viva en sus escritos de propaganda y difusión denominados “carteles”, especie de proclamas cortas que sintetizaban en pocas líneas alguna idea o sentimiento. Con un estilo de escritura simple pero florido, encendido y convocante a la acción, esos carteles aparecían con singular frecuencia en las numerosas publicaciones anarquistas y revolucionarias de las primeras décadas del siglo xx argentino. González Pacheco escribió sucesivamente en los siguientes periódicos: *Futuro* (en 1897), *Germinal* (en 1906), *La Protesta* (entre 1907 y 1908, y fugazmente años después), *La Mentira. Órgano de la Patria, la Religión y el Estado* (en 1908), *La Campana Nueva* (en 1909), *La Batalla, diario anarquista de la tarde* (en 1910), *Alberdi* (en 1910), *Libre Palabra* (en 1911), *El Manifiesto* (en 1911), *La Obra* (entre 1916 y 1919, y nuevamente a partir de 1936), *El Libertario* (en 1920), *La Antorcha* (entre 1921 y 1932). También colaboró con publicaciones españolas como *Tierra y Libertad* (a partir de 1910), *Nosotros* (en 1937), *El comunista* (entre 1919 y 1920), *Solidaridad Obrera* (en 1920) y *Umbral* (entre 1937 y 1939).¹

González Pacheco explicaba en el número del 11 de febrero de 1921 de *La Antorcha*, que “un cartel no se hace ni con ingenio ni con ciencia; ni con gritos, ni con música. No se pinta ni se escribe. Es lo vivo, lo palpitante, lo cálido. ¡Se pare! Debe hablar de dolor, cuando habla, no con la boca, sino con las heridas; y no ha de pedir justicia, cuando la sueña, sino que debe salir a hacerla, ¡a cumplirla!”. Y en *Cartelerías*, dice que “convencidos de tener un público que, por apuro o cansancio o poca luz, no podía deletrear sino lo grande, lo primordial, lo prístino, le dábamos, de lo nuestro, lo primero y lo último, lo que es más virtual que el arte y más fuerte que la filosofía: esencias, resinas, síntesis. Sí; para ese lector que tufa mugre, resopla angustia o

¹ Cf. Horacio Tarcus, *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*. Emecé, Buenos Aires, 2007. De esta fundamental obra de Tarcus tomamos todos los datos biográficos que consignamos.

masca encono, bajábamos a las napas de la vida y surgíamos luego con pepitas de oro virgen, puñados de mineral y vasos de agua. Nuestros carteles eran para ese solo”. Este estilo breve, sentencioso, lo acerca al modo de escritura de Rafael Barrett. Fueron contemporáneos, y por ello esta semejanza puede que no sea resultado del azar o de la casualidad. Afectados por un aire de época, que proponía estéticamente un formato para la denuncia y la proclama, ambos autores comparten un estilo: crónicas sintéticas, rotundas apostillas, notas a mitad de camino entre el artículo y la glosa. Esto tenía como resultado una descripción condensada e hiperadjetivada que pretendía convencer por saturación.²

Esas “esencias paridas” por González Pacheco (esos breves y explosivos textos surgidos de “las napas de la vida” y destinados al “lector que tufa mugre, resopla angustia y masca encono”) fueron ulteriormente agrupados más o menos temáticamente para ser publicados como obras unitarias. Un primer tomo de *Carteles* fue publicado en 1919; en 1923 se publicaron los carteles *Del camino*; en 1928, los *De ayer y de hoy*; en 1936, *Carteles (segunda serie)* y, en 1940, los *De España*. Y hoy en día se encuentran todos compilados, junto a otros pocos escritos y conferencias, en dos tomos que llevan precisamente por título *Carteles* (Ediciones La Obra, Buenos Aires, 1956). El primer tomo comprende carteles “Del entrevero”, carteles “De Ushuaia” (que narran su experiencia en el tristemente famoso presidio de aquella ciudad austral) y una breve “Miscelánea”. El segundo tomo comprende carteles “De los caminos” (que pintan impresiones de sus viajes de proselitismo por la Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay), carteles “De España” (que describen su

² Como digresión, digamos también que tal vez este modo de escritura pueda rastrearse bastante lejos en el pensamiento político rioplatense. Ya en las *Palabras simbólicas* que los jóvenes de la Asociación de Mayo suscribieran el 23 de junio de 1837, se pretendía expresar “los deseos y esperanzas” que resumían el pensamiento común de aquella generación. A modo de *Credo*, aquellas palabras conformaban intencionadamente “un conjunto reducido a fórmulas precisas y dogmáticas o a la forma de una declaración de principios” destinadas no solo a “los doctos”, sino a todos. Para ser un auténtico instrumento de propaganda, señalaba Echeverría, debía ser inteligible para todos, incluso para aquellos que carecieran de instrucción. Esteban Echeverría, *Obras completas*, Ediciones Antonio Zamora, Buenos Aires 1972, p. 64.

vivida experiencia durante la Revolución Española), carteles de “Los míos” (que brindan semblanzas de los anarquistas que le son queridos o considerados modelos ejemplares), carteles “Del arte y los artistas”, carteles “De la querencia” (que evocan aspectos humanos de su Tandil natal) y cinco conferencias tituladas: “Santa Cruz”, “Anarquismo”, “Ernesto Herrera”, “Teatro” y “Sentido de la cultura”. De estos dos tomos fueron extraídas todas las citas que aparecerán en este ensayo.

Si en el presente estudio recurriremos a gran cantidad de citas literales tomadas de esos carteles, se debe al simple pero fundamental motivo de que creemos necesario transmitir al eventual lector una fiel idea del estilo de escritura de González Pacheco. Estamos convencidos de que la verosimilitud de lo que afirmemos en este ensayo respecto de la concepción del anarquismo que profesaba nuestro autor solo se puede fundar en una apreciación correcta, directa y viva de ese estilo literario tan personal, encendido y plástico.

En efecto, por debajo de su prosa casi poética, podemos encontrar, más o menos, todos los tópicos generales del anarquismo: el rechazo intransigente al Estado y a su violencia cómplice de la explotación, el odio a las prisiones y al burgués, el antimilitarismo, el anticlericalismo, la solidaridad con todos los oprimidos, las polémicas con el marxismo-leninismo, etc. Para decirlo llanamente: no puede afirmarse que González Pacheco sea un pensador original en esos temas; ni siquiera, acaso, que sea un pensador en el sentido filosófico del término. No hay, creemos, un aporte teórico de su parte a ninguno de los temas tradicionales del anarquismo.³ Pero esto no rebaja el interés que puedan despertar aún sus escritos. Es más, sabemos que a González Pacheco tampoco le hubiera gustado ser tenido por un escritor o pensador en el específico sentido del término (de lo que resulta, para alguien que ha escrito tanto, una tensión interna entre su pensamiento y su obra). Según él, “lo que sobran son palabras, y lo que faltan son hechos”. No se consideraba a sí mismo un

³ Tal vez no deberíamos ser tan terminantes y reconocer una excepción. Como veremos, su peculiar interpretación del “eterno retorno” enseñado por Nietzsche acaso dote a la idea pachequeana de anarquismo de una cierta originalidad teórica. No obstante esta salvedad, como también veremos, ello introduce más problemas, tensiones y aporías que aportes positivos al propio *corpus* del anarquismo, incluido el del mismo González Pacheco.

escritor, confiesa en *Higos pintados*, pues no sabía si podía serlo pero sí sabía que no lo deseaba. Y en *La mueca póstuma*, exclama: “¿Sabio?... ¿escéptico?... No, queridos, muchas gracias. Lo dejo para después, cuando haya doblado el cabo”.

Para González Pacheco, el anarquismo no es una cuestión de ideas ni de palabras, sino un asunto de carácter y de temperamento; un rasgo de personalidad, digamos.

2. Culto del carácter

En los ámbitos académicos, algunos teóricos o científicos sociales han diferenciado tres tipos básicos y especializados de personalidades políticas. En primer lugar estaría el tipo político que podemos denominar “administrador”, caracterizado por su vocación y capacidad de gestión o dirección del gobierno u otras entidades políticas. Ejemplos de este tipo podrían ser Franklin D. Roosevelt en Estados Unidos, o Julio A. Roca en la Argentina. En segundo lugar estaría el tipo político que podemos llamar “agitador”, cuya característica principal acaso sea su aptitud para encender en otros el anhelo de acción, por lo general de rebeldía, aunque no necesariamente. Ejemplos de este tipo podrían ser los profetas del Antiguo Testamento, o Leandro Alem en la política argentina de fines del siglo XIX. Y en tercer lugar, se hallaría el tipo político que podemos llamar “teórico”, cuya nota definitoria es su capacidad para pensar la política en sus diversos aspectos: cómo es el orden político, cómo debería ser, cómo transformarlo, etc. Ejemplos de este tipo los constituyen Jean Jacques Rousseau, Thomas Hobbes y los filósofos políticos universales en general, o Juan Bautista Alberdi en la Argentina del siglo XIX.

Esos tres tipos de personalidad política deben entenderse como lo que Max Weber llamaba “tipos ideales”, es decir, construcciones analíticas puramente teóricas que tal vez no se encuentren en la realidad nunca en estado puro o completo. En este sentido, los ejemplos que hemos dado de cada tipo deben verse como casos que se aproximan en gran medida a cada tipo puro. Sin embargo, hay infinidad de casos de personalidad política que pueden combinar en proporciones parejas a más de un tipo. Es lo que algunos autores llamarían “tipos múltiples” o mixtos; así,

por ejemplo, Jean Bodin en la Francia del siglo XVII parecía combinar proporcionalmente en su personalidad al tipo teórico con el administrador. Otros, como Sarmiento en el siglo XIX argentino, o como Lenin a comienzos del siglo XX en Rusia, parecen combinar los tres tipos puros en su personalidad política.⁴

Ahora bien, esta simple tipología de personalidades políticas puede requerir algunas pequeñas observaciones cuando se trata de aplicarla a los anarquistas. En efecto, si por el tipo administrador entendemos solo la personalidad gubernativa de gestión burocrática, parece claro que los anarquistas quedan excluidos desde el vamos, casi por definición; es sabido que ven en el ejercicio de cualquier función de gobierno una causa de desigualdad y dominación, y que aspiran a su desaparición. No obstante, esto no es tan correcto como parece a primera vista, pues habría que hacer dos salvedades. La primera consiste en que es posible pensar una personalidad anarquista administradora para la gestión de cooperativas u organismos igualitarios no estatales, como sindicatos o periódicos. La segunda salvedad es más de tipo histórico, excepcional y coyuntural: durante la Revolución Española hubo anarquistas de renombre que aceptaron participar del gobierno de la república jaqueada por los fascistas alzados contra ella. Sentadas esas dos salvedades, sí podemos afirmar que, en general, los tipos especializados posibles de personalidad política anarquista quedarían reducidos al agitador y al teórico.

Acaso sea una particularidad del anarquismo el que sus teóricos hayan solido combinar su teorización con la agitación, es decir, que se trate en general de tipos mixtos de personalidad política.

⁴ Sobre los tipos de personalidades políticas, ver: Harold Lasswell, *Psicopatología y política*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1963, pp. 63-64. También en Ettore Zoccoli, *La anarquía, los agitadores*, Editorial Henrich & Compañía, Barcelona, 1908. Este último diferencia pensadores anarquistas, teóricos de la pequeña propaganda y anarquistas de acción. Los primeros son los que producen las ideas. Los segundos son aquellos “a quienes se niega, por su ingenio o cultura, el tomar parte en el debate abstracto con un método propio, obran como coeficiente de dilatación de las doctrinas de los agitadores (...)”. Y los terceros, o sea, los anarquistas de acción, “no se sujetan, por el contrario, a la obra retardatriz y cautelosa de la teoría y se mueven en línea recta: de la convicción al hecho, de la idea a su exteriorización práctica”. Esta triple distinción le sirve a Zoccoli para postular una real o supuesta degradación de las ideas desde su formulación abstracta a su recepción e instrumentación práctica y empírica. Ver pp. 25-26.

Solo unos pocos anarquistas, como William Godwin o Benjamin Tucker, podrían ser considerados como teóricos puros del anarquismo; los demás grandes nombres del anarquismo han sido a la vez teóricos y agitadores: Pierre Joseph Proudhon, Mi-jail Bakunin, Piotr Kropotkin, Élisée Reclus, Errico Malatesta, Sebastien Faure, Diego Abad de Santillán.

Pero si bien, por lo general, los teóricos anarquistas no han sido teóricos puros, sino teóricos-agitadores, la proposición no puede invertirse: no todos los agitadores anarquistas han sido también teóricos del anarquismo. Junto a aquellos grandes nombres que combinaron parejamente teoría con agitación, el anarquismo ha dado también una gran cantidad de agitadores prácticamente puros; y es en esta categoría que correspondería ubicar, según entendemos, a Rodolfo González Pacheco. Es más un difusor de las ideas anarquistas que un teórico de las mismas. Sin embargo, si bien sus ideas no revisten gran originalidad, sí puede hallarse originalidad en su *estilo* discursivo, en su “forma” literaria y retórica.

Cuando se leen los carteles de González Pacheco en su integridad, la primera imagen que retiene el lector tras cerrar el libro es la fuerte identidad que su autor promueve entre las palabras y las conductas. Para González Pacheco, el anarquista debe ser uno en discurso y conducta; más aún, el buen anarquista debe hablar más por su acción que por su lengua: “A hombres de talla anarquista que han recogido la tea de los geniales, la bandera de los mártires, un ideal de redención para todos –¡para todos!– no debe desvelarles sino un solo pensamiento, una única idea: ¡llevar adelante y adelante, con los pechos, los puños y la cabeza, el legado de la vida!...” (*Paciencia y meta*). En otras palabras, el anarquista auténtico ha de “encarnar” él mismo la idea que profesa y debe hacerlo viviéndola como un agitador permanente. Así lo dice en *El mesías*: no se trata tanto de criticar la sociedad actual ni de exponer cómo será la sociedad futura, sino de “reencarnar en el hombre la confianza en sí mismo”, de manera “que cada día que se alce, se diga; a cumplir mi tarea de ensueño o de yunque. El Mesías soy yo, fuerte dios que busca en la tierra la amistad de otros dioses. ¡Hombre soy!”.

De hecho, la relación íntima entre el hombre y sus obras, entre su vida personal y sus producciones, sean estas artísticas o

revolucionarias, parece ser una obsesión constante de González Pacheco, tanto de su vida como de su producción escrita. Así se desprende de varios de sus carteles, como en *Pájaros puercos*, *Macana vasca*, *Una desvergüenza de Máximo Gorki*, *Las botas y el clavo*, o en su conferencia sobre Ernesto Herrera. Este es en realidad el rasgo que creemos más saliente de todos sus carteles: más que tratar sobre el anarquismo, lo que le interesa son los anarquistas, es decir, los activistas de la Idea: cómo son, cómo deben ser. O dicho de otro modo: le interesa el anarquismo solo como cualidad de ciertos hombres, donde los aspectos doctrinarios éticos y políticos están, si no relegados a segundo plano, sí reducidos y simplificados.

Como prueba de esta obsesión por el carácter anarquista más que por las ideas, el movimiento o cualquier otra cosa, se puede repasar la semblanza que hace de sus referentes en la colección de carteles titulada *Los míos*. En general es su carácter, su temple, su personalidad, lo que resalta; incluso cuando se trate de grandes pensadores, como Bakunin o Malatesta, nunca son su pensamiento o sus argumentaciones lo que subraya.

Anselmo Lorenzo es esencialmente un “acero muy fino”. Mijail Bakunin es una personalidad tan grande y magnífica que “ni la piedra ni el bronce” podrían contener su imagen esculpida. Antonio Loredó es un “bohémio”, que en lenguaje pachequeano equivale casi a ejemplo de hombre libre y libertario. Cao es “un acero en su empuñadura”. Bonafoux también es un “acero”, pero “de doble filo”, es decir, doblemente cortante y penetrante. Radowitzky es nada menos que el “amador fiel de la revolución”, un “niño héroe” y el “primer novio de la Anarquía” en la Argentina. Kurt Wilckens, es “hierro labrado a lima”, pura “ternura y fuerza”. Teodoro Antillí es “tala fornido y nudoso” y la dupla que hacían juntos es equivalente a la unión “del fierro al puño”, la “del hombre fino y el gaucho bárbaro”. Errico Malatesta es un hombre “fuerte como el fierro de las armas” que “gastó su vida hasta el cabo, como un hacha”. Armando Souto es “un niño que canta”. Faure posee una lengua que es “como un badajo de bronce, de plata y de oro”. Tolstoy es “el viejo” que “tiene un corazón infantil”. Rafael Barrett es “la otra mano de la Anarquía”, la “mano piadosa y fraterna”. Emma Goldman es una dama de

“empaque entre cordial y severo; un juego de luz y sombra, sonrisa y gruño” que expresa “una bravura mansa” propia de todos los viejos anarquistas. Bueno, no es preciso ahondar más: cosas parecidas dice de Florencio Sánchez, de Raúl Carballeira y de Alberto Ghirardo. Siempre el carácter de la personalidad en primer plano, pintado generalmente con metáforas botánicas o metalíferas. Solo de Piotr Kropotkin parece recordar su perfil específico de pensador, pero sin ahondar demasiado en sus ideas. Es más, en su conferencia sobre “El anarquismo”, González Pacheco incluso devalúa la intención de Kropotkin de presentar un sistema de moral en su *Ética* inconclusa; según él, en todo caso, ese programa filosófico del gran teórico anarquista ruso se habría debido a una tendencia propia de todo personaje de gran talla en sus últimos días, en su ocaso como hombre; pero lo importante del anarquista ruso no es el sistema moral al cual llegó o pretendía llegar, sino la rebeldía de la cual partió.

Entonces, una vez más, no es tanto la *idea* anarquista ni las *estrategias* del anarquismo como movimiento organizado lo que mueve la pluma de González Pacheco; son los anarquistas, o sea, su personalidad o carácter rebelde, militante y revolucionario. Su propia aspiración personal es ser un “mensaje vivo”, según dice en *Pacheco viejo* hablando de sí mismo.

Y en verdad, no podría decirse que González Pacheco no haya cumplido en su vida con su propia consigna de ser él mismo un “mensaje vivo”. Su prisión en Ushuaia y su participación en la Revolución Española son pruebas suficientes. Lo que no significa que, al menos por momentos, no expresara insatisfacción y culpa consigo mismo por escribir y no actuar más y más radicalmente. Así se trasluce en *Las herramientas*, o en *Los huerfanitos*, donde escribe: “¡Hijitas mías queridas perdonadme! Sí, sí. Perdonadme, porque en vez de salir para la calle y ahorcar al primer burgués que topara al paso... escribo, mancho papeles, creo que estoy llorando también...”.

Pero en todo caso, y a su propio pesar, González Pacheco *también* escribe y seguirá escribiendo a lo largo de los años; y, como dijimos, las peculiaridades de sus concepciones no deben buscarse en el fondo de sus ideas libertarias. No se encontrarán ahí –repetimos– nuevos aportes al pensamiento anarquista, ni nuevos argumentos. Es en la forma, estilo y énfasis de su escritura donde

hay que buscar la peculiaridad de nuestro autor como anarquista. Y veremos que ese estrecho vínculo que establece entre la personalidad y el ideal (la revolución, la anarquía, que para González Pacheco parecen ser sinónimos) puede dar lugar a ciertas tensiones subterráneas entre sus ideales y su persona: su postura es que la personalidad del anarquista no debe anteponer nada a la revolución, pero el lector puede preguntarse si no es exactamente al revés lo que hace: ¿no estará poniendo González Pacheco el ideal de la revolución al servicio del desarrollo pleno de su propia e individual personalidad, bella y romántica?⁵ No vamos a abundar ahora con citas para abonar esta interpretación. Podrían extraerse muchas (y el lector podrá hallarlas por sí mismo a lo largo de este ensayo), pero tal vez baste por el momento con transcribir aquí la primera oración de su obra compilada póstumamente en 1956. Esta frase corresponde al cartel titulado *Destino*; allí dice: “Tallado en la vida he traído yo el anarquismo. Como el rosal su rosa o la espina el cardo”. El resto de este ensayo brindará al lector más evidencias de esta anteposición de su propia personalidad al ideal, donde el ideal mismo parece estar al servicio de la construcción de su “yo” bello y singular.

En fin, como rasgo fundamental de sus *Carteles*, entonces, advertimos que lo que González Pacheco trata no es tanto el pensamiento anarquista como la personalidad anarquista. A este rasgo determinante de sus escritos le podemos llamar “anarquismo del carácter”, carácter anarquista que a su vez podríamos descomponer analíticamente en diversos rasgos interrelacionados en la prosa de nuestro autor: el legado tardío del romanticismo, la centralidad de la idiosincrasia cultural, el esteticismo modernista, el vitalismo nietzscheano, el anti-intelectualismo y antiacademicismo, el idealismo arielista de su tiempo, el juvenilismo, el criollismo en boga y la bohemia. En lo que sigue, dedicaremos un apartado a cada uno de estos aspectos.

⁵ Esta cuestión, que guía nuestro ensayo, requeriría algunas aclaraciones. Indudablemente, el proyecto anarquista requiere de formar temperamentos anarquistas, es decir, libres. Pero nos permitimos dudar de que el temperamento del hombre libre coincida con el tipo de carácter que González Pacheco asigna al anarquista ideal.

3. Romanticismo

El culto de la personalidad y del *alma bella*, el protagonismo del carácter y del temple individual, la concepción del genio, el héroe y el mártir como motores de la historia, son claramente una herencia que González Pacheco recibe del romanticismo del siglo XIX. Según esa concepción típicamente romántica son los *grandes hombres*, es decir, los *genios*, los *héroes* y los *mártires*, los que encarnan en sí mismos fuerzas morales, ideales, anhelos de pueblos enteros o de clases sufrientes.⁶

De hecho, las palabras “genio”, “héroe”, “mártir”, y otras propias del tradicional vocabulario romántico, abundan en los carteles de González Pacheco. En *Paciencia y meta* dice que los anarquistas recogen “la tea de los geniales” y “la bandera de los mártires”. Y en *Soldados desconocidos* habla de los “genios”, los “mártires” y los “revolucionarios” como de seres “fecundos, audaces y bellos en medio de un ambiente estéril, cobarde, frío”. En *El mundo en flor* nos dice que, si bien el mundo soñado aún no es una realidad, sí existen ya realidades palpables e innegables: “los hombres florecidos de esperanzas, ideales, visiones grandes”, que son precisamente los “genios, rebeldes artistas”; y así incita a los obreros a florecer también ellos como esos hombres, que no son otros que los anarquistas. También en *El señor todo el mundo* invoca la necesidad de héroes y motivos heroicos para levantar al pueblo.

Pero tal vez sea en un *cartel* que lleva precisamente el título de *El héroe* donde se ve más claramente este culto romántico por la personalidad heroica. Allí se narra brevemente un episodio vivido en persona por González Pacheco durante la Revolución Española. Fue durante un prolongado, discontinuo y aburrido tiroteo entre revolucionarios y nacionales en Barcelona. El tiroteo era tan intermitente que parecía más un “intercambio

⁶ La referencia obligada a la teoría romántica del gran hombre, del héroe, son las conferencias pronunciadas por Thomas Carlyle en 1840, reunidas después como *Tratado de los héroes. De su culto y de lo heroico en la historia*. La edición en español que tenemos en nuestras manos es de Editorial Obras Maestras, Barcelona 1946. Como estudio general sobre el romanticismo, ver Isaiah Berlin, *Las raíces del romanticismo*, Ediciones Taurus, Buenos Aires, 2015. También puede consultarse con interés, aunque centrado en el romanticismo alemán, Rüdiger Safranski, *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*, Tusquets Editores, Barcelona, 2009.

de ideas” que un enfrentamiento armado. No era esa, según nuestro autor, una auténtica pelea revolucionaria. “Para serlo, le faltaba eso: el inútil heroísmo, que puede ser un suicidio, pero sin cuya grandeza, matar, o que nos maten, es siempre un crimen”, pues “en esa fuga hacia la locura está la salvación de nuestra alma” y “en ese desequilibrio, nuestro equilibrio”. El cartel citado concluye así: “Cuidarse es bueno; pero entregarse es bello. Aquello se comprende; esto se siente. Y el pueblo vive de sentimientos. Por eso bastó que un niño –pequeñín, de doce años, a lo sumo, descalzo, astroso, mocos– flameara una bandera y un grito y... ¡al diablo la comprensión, la economía y la estrategia! Y a la conciencia, o a dios, la razón de matar o de ser muertos. Faltaba el héroe”. Esta identificación del *grande hombre* (en este caso, el héroe) con la niñez es otro lugar frecuente en los textos de González Pacheco.

No debería sorprender, entonces, que González Pacheco vea encarnado al anarquismo en alguna personalidad de genio, algún grande hombre que lo exprese en carne viva. Sí, tal vez, sea sorprendente que esa personalidad, simbólica y viva a la vez, que encarna al ideal anarquista no sea un *grande hombre* en singular sino la unidad sintética de dos, pues para nuestro autor, la Anarquía tiene dos caras; mejor dicho: “dos manos”. Ellas son Mijail Bakunin, por un lado, y Rafael Barrett, por el otro. En efecto, en su prólogo a las obras completas de Barrett, González Pacheco nos dice que ambos son auténticos “ejemplares” anarquistas, aunque opuestos: Bakunin enseñó que “destruir es crear” y es la mano que “voltea a martillazos, ceñida y crispada siempre”; por su parte, Barrett enseñó que “la vida es ternura” y es la mano “que siempre está abierta; hasta cuando se le cripa, como para que la claven”. La misma idea reaparece en otros breves carteles dedicados a cada uno de estos anarquistas ejemplares. Bakunin es la “garra de la anarquía”, el hombre que “tumba osos”, “hace marchar a los pueblos” y logra “que los reyes se arrodillen” (*Bakunin*). Barrett es la caricia “blanca, piadosa, fraterna”, el “hermano” y “señor siempre” de la “mano abierta y tendida” (*Rafael Barrett*). Entonces, corroboramos acá, nuevamente, lo que decíamos más arriba: a González Pacheco no le importan tanto las ideas como el carácter. No es ni la rica producción filosófica y teórica de Mijail Bakunin lo

que le interesa del anarquista ruso; tampoco son los sutiles, agudos y críticos análisis que Rafael Barrett ha hecho de la realidad social sudamericana lo que le interesa del anarquista español aquerenciado en el Paraguay. La idea que González Pacheco se forma del anarquismo no es la de la síntesis entre las ideas o concepciones de Bakunin y de Barrett, sino la síntesis de sus temples, de su carácter personal, de sus personalidades en tanto individuos vivientes.

Agreguemos casi como una digresión, que esa síntesis de dos personalidades que hacen una sola personalidad anarquista completa, parece haberla experimentado él en su constante amistad y colaboración con Teodoro Antillí. En su nota sobre su amigo dice que Antillí era “el hombre fino” (acaso como Barrett era un caballero) y que él era “el gaucho bárbaro” (acaso cómo Bakunin era un oso), y que ambos formaban una unidad como la mano y el cuchillo.

Pero González Pacheco no solo opera esta reducción de la idea de Anarquía al anarquismo y de este al carácter o temperamento de ciertos individuos singulares (reducción del anarquismo a los anarquistas ejemplares, digamos), sino que por una serie de deslizamientos retóricos también en otra dirección amplía la idea de anarquía hasta equipararla con el hombre y la vida mismos. Así lo hace explícitamente en su conferencia sobre el anarquismo: “Son las masas este bosque en que hay de todo, bien y mal, pureza y depravación, bandidos y apóstoles. Mezcla tremenda, pero que es, hasta hoy, la única mezcla en que se han tallado los verdaderos hombres. ¿Los hombres, digo?... Dios y el diablo son cada uno la mitad del otro. Esto sabe el anarquismo, y debe mirar hacia ello sin asco y sin cobardía. Huelga o roba, crea o destruye. Suya es la bomba asesina y la plegaria que se alza de ese derrumbe también es suya. Suyo el motín de la cárcel y suya esa biblioteca. Suya esa pareja de enamorados y suya esa prostituta ponzoñosa. Suyo el que piensa y suyo el que acciona”.

Para recapitular lo dicho: la vida misma es creación y destrucción permanente; los “verdaderos hombres”, o sea, los anarquistas, asumen esto dentro de ellos mismos, “sin asco y sin cobardía”; Barrett y Bakunin simbolizan respectivamente ambas facetas de la Anarquía, o sea, de la vida. Lo que Mijail

Bakunin y Rafael Barrett representan para González Pacheco son dos aspectos del anarquismo, uno y el mismo siempre, que a su vez es la manifestación más honesta y auténtica de lo que es el hombre, la vida y la naturaleza misma. Y por ello mismo exclama en *¡Aquí estoy!* que “La Anarquía es eterna, por más que la persigan, siempre diré ‘aquí estoy’”. En términos generales, esta misma idea la reencontramos en los siguientes carteles: *Los leñateros*; *El pensamiento anarquista*; *Corazonadas nuestras*; *De hombre a hombre* y *Comunismo*.

Es decir, no se trata aquí de una teoría política ni mucho menos de una moral anarquista. Lo que González Pacheco esboza con su prosa poética y encendida es casi una ontología; y decimos “casi” porque en realidad está dentro de lo que en su tiempo se llamó filosofía de la vida, o más genéricamente, vitalismo.

Retengamos este sutil tránsito que González Pacheco hace del romanticismo al vitalismo porque volveremos más adelante sobre ese aspecto de su anarquismo. Pero por ahora digamos algo más sobre su romanticismo, un romanticismo también social que de algún modo, sorprendentemente, podría asociar su escritura a la del pensamiento sociopolítico de la generación romántica argentina de 1837, casi un siglo anterior a nuestro autor anarquista. Como es sabido, los hombres de aquella generación, especialmente Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento, fueron los artífices teóricos (y no solo teóricos) de la construcción del Estado nacional tras la derrota del orden semifudal que representaba la confederación rosista. Como promotores de la construcción de un Estado, aunque se tratase de un Estado liberal, puede resultar en principio extraño establecer entre ellos y un anarquista algún tipo de filiación teórica. Sin embargo, en el apartado siguiente intentaremos mostrar que esa filiación no es tan alocada; incluso que es plausible hasta cierta medida, o en algún aspecto.

4. Internacionalismo e idiosincrasia nacional

El pensador y estudioso de la evolución de las ideas filosóficas en la Argentina, Coriolano Alberini (Italia, 1886 – Buenos Aires, 1960) ha acuñado una famosa fórmula para caracterizar al pensamiento de la generación argentina de 1837: era un romanticismo de medios cruzado con un iluminismo de fines. Esta fórmula, ya consagrada, simplemente quiere significar que los románticos rioplatenses del siglo XIX, abocados a la acción política del momento, buscaron una síntesis práctica entre los ideales universalistas de la Ilustración (que identificaban tanto con la Revolución de Mayo de 1810 como con la fracasada experiencia constitucional unitaria del 1826) y la realidad e idiosincrasia particular del país (que identificaban tanto con el suelo y las costumbres cotidianas como con los caudillos federales triunfantes, consolidados en el poder a partir de 1830).⁷ Esta especie de pensamiento a dos aguas pretendía superar las limitaciones del proyecto ilustrado, derivadas de su universalismo abstracto, adaptándolo al contexto americano. Es decir, que buscaba estrategias que sirvieran para traducir sus contenidos a las peculiaridades propias del Río de la Plata.

Pero la fórmula acuñada académicamente por Alberini, en verdad no descubre nada nuevo. Los propios exponentes de aquella generación, o al menos los más importantes de ella, resumieron en su momento esa misma idea en fórmulas tan o más famosas que la de Alberini. Por ejemplo, Esteban Echeverría escribía en la palabra simbólica XII del *Dogma Socialista* (1837): “El mundo de nuestra vida intelectual será a la vez nacional y humanitario: tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones, y el otro en las entrañas de nuestra sociedad”; todavía en 1848 vuelve a repetir esa metáfora del estrabismo en su escrito sobre la reciente Revolución de Febrero en Francia.⁸ No es diferente la idea que Domingo F. Sarmiento resume en el título original de su más famoso libro: *Civilización y barbarie* (1845), más conocido

⁷ Ver J. L. Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1979, p. 130 y ss. También puede consultarse con provecho el libro de Félix Weinberg, *El salón literario de 1837*, Hachette, Buenos Aires, 1977.

⁸ Ver Esteban Echeverría, *Obras Completas*, Ediciones Antonio Zamora, Buenos Aires, 1972, pp. 161 y 298, respectivamente.

como *Facundo*, que pretendía resumir en esas dos palabras el carácter dual de las guerras civiles argentinas, dualidad que solo podría resolverse hallando una síntesis entre lo universal (europeo) y lo particular (americano); la clave del enigma hallaría la solución superadora a través de la propia guerra civil, que finalmente concluiría, sostiene Sarmiento, en un modo argentino de ser civilizado, el gaucho transformado en un gaucho-ciudadano: “Existían antes dos sociedades diversas: las *ciudades* y las *campañas*; echándose las *campañas* sobre las *ciudades*, se han hecho ciudadanos los gauchos y simpatizado con la causa de las *ciudades*”.⁹ También Juan B. Alberdi todavía se mantiene fiel a ese eclecticismo cuando en 1852, en *Bases*, busca una constitución liberal pero acorde a la idiosincrasia argentina: “La originalidad constitucional es la única a la que se puede aspirar sin inmodestia ni pretensión”.¹⁰

Ahora bien, ¿qué influencia o “aires de familia” puede haber entre aquellos hombres del siglo XIX, “diseñadores de patria y Estado”, y Rodolfo González Pacheco, anarquista del siglo XX, internacionalista y enemigo de toda forma de Estado?

Para empezar, digamos que, en sus *Carteles*, González Pacheco menciona ocasionalmente a algunos de estos románticos de cien años antes. Y aunque sea capaz de tirarle un pequeño halago a la *personalidad* de Sarmiento al considerarlo “gaucho” (lo que en labios de González Pacheco es un elogio), es natural que, como anarquista, no se identifique expresamente con esa generación que fue la semilla del Estado nacional, aunque también se distancie de la tiranía rosista y de los estancieros federales (como aparece en su cartel titulado *Martín Fierro*). En su conferencia sobre *El sentido de la cultura*, González Pacheco dice: “Cultura, cultura... ¿cuál?... Aquella, europeizante, imbuida de Enciclopedia, que Rivadavia y Alberdi, Sarmiento y Mitre injertaron en la cepa criolla, o la que hoy, por prurito fanfarrón y novelero, garabatean los hijos de los patrones de estancia?...”

⁹ D. F. Sarmiento, *Facundo*, Losada, Buenos Aires 1974, p. 231. Recordemos que el título original del libro es *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*, pero que luego se popularizó bajo el nombre de *Facundo*, con el cual se lo reeditó innumerables veces.

¹⁰ J. B. Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852), Editorial Plus Ultra, Buenos Aires 1980, p. 35.

¿Cuál?... ¿La científica, al servicio de la industria, o la industrial, al servicio del Estado?... ¿Cuál?... ¿Cuál?... ¿La que Marx ubica en la ‘superestructura’ de toda vida social, o la que Spengler rastrea en las razas blancas, y solo en estas?... ¿Cuál?...” Después de leer estas palabras del propio autor, parecería un dislate vincularlo de algún modo a los hombres del romanticismo argentino del siglo XIX.

Sin embargo, creemos que no lo es en absoluto. Su idea del anarquismo no es la de un ideario o un sentimiento meramente universal (que lo es), sino de lo que podríamos llamar un anarquismo idiosincrásico, o sea, con una pata (o un ojo) en el ideal internacionalista libertario y otra pata (u otro ojo) en las entrañas de cada pueblo. Y en este sentido podemos descubrir un aire de familia con los románticos rioplatenses de 1837: así como estos buscaron conciliar en una síntesis práctica el ideal universal que llamaban civilización con la realidad particular de su contexto idiosincrásico particular, González Pacheco busca algo parecido con su ideal universal anarquista. Así, por ejemplo, en *España*, nos dice: “No hay razas, pero hay pueblos que, a través de la más larga existencia y la más movida historia, perduran en una suerte de cohesión de especie. Por debajo de las superestructuras que los dividen en clases, viven un solo temperamento. Y ello, no por un milagro de herencia o de ética, sino por algo más estrictamente físico. Lo telúrico, que colora nuestra piel, remece nuestra voz, nos da la temperatura de las ideas y el color de las pasiones. Todo será un mismo hierro, pero en diferentes puños. Hay un ingénito español que no es lo ruso o lo chino”. Tal vez esta variable idiosincrásica del anarquismo de González Pacheco se encuentre más explícita todavía en su cartel dedicado al anarquista mexicano Práxedes Guerrero. Allí sostiene nuestro autor que Argentina y México tienen cada uno su propio anarquismo, o mejor dicho, su singularidad idiosincrásica anarquista: “El mismo plasma caído en los dos extremos del continente, sobre dos tipos indígenas, pero de psicología opuesta, hizo del de aquí escritor y propagandista, del de allá montonero y mártir. Del campo a la ciudad vino el gaucho, de la ciudad a los campos marchó el indio; el uno sacó un periódico y el otro manoteó un rifle. Y aquí se llamó Antillí y allá Práxedes Guerrero. Las consecuencias: aquí haremos barricadas cualquier día –las hemos hecho–; allá coparán las

cumbres cualquier noche –las han copado–; aquí devolveremos las fábricas a los obreros, allá la tierra a los campesinos. Y finalmente: aquí a toda filtración legalitaria o ideologismo bastardo, primero que en cualquier parte, le pararemos el carro; allá al tirano más fiero, al más bragado caudillo le pararán las patas. Son dos formas de una misma guerra que deben darse la mano y marchar juntas para la libertad íntegra de América”. Y tampoco falta la idea expresa de síntesis: “Práxedes G. Guerrero dio el primer paso a esta alianza del campo con la ciudad, del rifle con el periódico, del sublime coraje con la esperanza inmortal. A sellar este pacto venía cuando le derrumbaron de un balazo. Venía el indio. ¡Vamos los gauchos!”.

¿No es esto una variante de la fórmula echeverriana aplicada al anarquismo? ¿No es este un romanticismo social de medios y un anarquismo de fines? Creemos que sí, que responde a la misma consigna general de síntesis entre un ideal universalista y una idiosincrasia particular, base del programa de aquella primera generación de pensadores autóctonos. La síntesis entre el liberalismo y la idiosincrasia nacional que buscaban Echeverría, Sarmiento o Alberdi, en González Pacheco parece mantenerse formalmente incólume, solo que el primer término de la dupla (o sea, el liberalismo) es sustituido ahora por el ideal universalista del anarquismo. En otros términos, así como se suele hablar de “liberalismo criollo” pare referirse al pensamiento de los románticos de 1837; y así como Alfredo Palacios en el siglo xx se consideraba discípulo indirecto de Esteban Echeverría y postulaba un “socialismo criollo”; creemos que del mismo modo y en esa misma tradición de “romanticismo de medios” cruzada con ideales universalistas de civilización podemos ubicar a nuestro autor anarquista. Tal vez no sea irrelevante recordar en este sentido que en 1910 González Pacheco fundó, junto a su amigo Antillí, un periódico titulado *Alberdi*, o que también frecuentó las tertulias del café “Los Inmortales”, donde confluían socialistas y anarquistas como José Ingenieros, Alfredo Palacios o Florencio Sánchez, que se asumían como continuadores de la herencia civilizatoria de la generación romántica argentina de 1837.

Para concluir este apartado, conviene aclarar que esta suerte de “anarquismo criollo” de González Pacheco nada tiene que ver con lo que en Argentina se llamó ulteriormente, a partir más

o menos de 1955 o 1956, “izquierda nacional” (Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puigross, Juan José Hernández Arregui). Esa “izquierda nacional” de la segunda mitad del siglo xx argentino es esencialmente una suerte de nacionalismo popular derivado del peronismo (1946-1955), fenómeno indudablemente popular pero de origen militar, católico y derechista, tardía y superficialmente revestido luego de un vocabulario revolucionario pseudomarxista. González Pacheco murió en 1949, poco antes de la aparición de esa llamada “izquierda nacional”, pero vale la pena transcribir lo que pensaba tanto del peronismo como del antiperonismo en su cartel titulado *La oposición*: “Bien está esta [la resistencia] en todas partes, porque se afirma peleando; menos entre los políticos. No es pegarles en el suelo, sino que debe decirse: su resistencia, hasta ahora, al nazismo peronista solo ha servido a la anécdota, alegre o cruel, pero negativa siempre. Es una oposición de nacas; de ancas de bueyes”. En fin, parece correcto concluir entonces que la susodicha “izquierda nacional” derivada del peronismo como un retoño tardío de su primera experiencia de gobierno, ya no solo no se ubica dentro de aquella tradición de pensamiento inaugurada por los jóvenes románticos de 1837, sino que en términos ideológicos está en la vereda totalmente opuesta al anarquismo de González Pacheco.

5. Esteticismo

El culto al carácter individual y la importancia de la idiosincrasia nacional no son los únicos rasgos románticos del anarquismo de González Pacheco. Hay todavía un tercer aspecto que traza un puente entre el romanticismo tradicional y el modernismo antipositivista de principios de siglo xx. Nos estamos refiriendo al “esteticismo”, una de las variadas y complejas tendencias que tomó el movimiento modernista inaugurado por Rubén Darío.¹¹ Rubén Darío había estado ya en Buenos Aires en la década de 1890 y su influencia en todo el campo literario y político todavía se sentía en el Río de la Plata cuando falleció en Nicaragua en 1916. En el caso particular de González Pacheco, hay incluso un

¹¹ Cf. Oscar Terán, *Historia de las ideas en Argentina*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 2008, p. 159.

cartel dedicado a la memoria del poeta nicaragüense. En efecto, en *Estatuas*, nuestro autor reacciona contra la ocasional formación de una comisión de intelectuales oficiales (Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas y otros) para levantar una estatua a la memoria de Darío. Básicamente, la fuerza retórica general del texto se juega en el contraste entre cualquier “bloque de piedra” y la vida bella del hombre que “fue rumor y esencia del mundo”. Una estatua a Rubén Darío sería “el golpe más certero a su obra”, pues equivale a “sacarlo de la pura realidad que era su espíritu y elevar, como inmortal, la mentira fugaz de su esqueleto”.

En verdad, no nos interesa aquí la imagen, buena o mala, que González Pacheco tuviera del poeta. En última instancia, lo admira como poeta y como hombre, aunque hace salvedad expresa respecto de los famosos poemas argentinófilos del nicaragüense, la *Oda a Mitre* y la *Oda a la Argentina*. Sin embargo, este cartel que González Pacheco dedica a Darío nos pareció un buen símbolo para sintetizar lo que llamamos su “esteticismo”: primero, porque está referido al fundador mismo del modernismo esteticista, quien ejerció una enorme influencia intelectual y estilística en todo el mundo de habla hispana de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Y segundo, porque en el estilo y contenido mismo de este cartel (seguimos hablando de *Estatuas*) se encuentran parejamente presentes los dos aspectos o sentidos en que debe comprenderse aquí el término “esteticismo”. En efecto, en un sentido bien amplio digamos que por esteticismo entendemos la tendencia a hacer de todo ideal político o moral un ideal estético, o viceversa, de todo ideal estético un ideal moral o político. En el caso de González Pacheco, ese ideal moral y político será, naturalmente, el anarquismo. Pero ese esteticismo que le atribuimos puede apreciarse en dos niveles o registros que pueden diferenciarse al menos de modo analítico: *qué* dice y *cómo* lo dice; o sea, el sentido y el estilo, el contenido y la forma; o más llanamente todavía: la identificación expresa del anarquismo y del anarquista con la belleza, por un lado, y por otro lado, la forma bella, retórica, poética, de expresar esa identificación en lugar de argumentarla o fundarla en razones del entendimiento. Vayamos por partes entonces.

En lo que respecta al primer nivel, es decir, a lo que dice, tanto de la personalidad bella del genio, del mártir o del héroe, como

de la belleza moral en general es un rasgo familiar compartido entre el romanticismo historicista del siglo XIX y el modernismo literario de fines del siglo XIX y principios del XX. Por ejemplo, en *De hombre a hombre*, González Pacheco nos dice que un hombre es “una línea de la estatua de la vida; una letra del poema de los siglos” y que “debemos tratarlo, entonces, con la misma simpatía que a un tema de arte o justicia”. Y en consecuencia, incita a sus compañeros anarquistas a realizar su propaganda como un asunto de arte y justicia, una contribución “de letras, líneas y estrofas del gran poema anarquista”. En *En marcha* nos dice que “la moral de la vida es de una bella impulsión viril” y que “más fácil es que recuerde a un impuro hombre de acción, criminal o loco, que a un sensiblero de esos, a un vacilante de esos que no se mueven por no pisar los insectos”, pues frente al burgués “el Arte, como cualquier folleto de propaganda rebelde, es un arma contra su prepotencia y su latrocinio. Y si no lo sabe, lo ve volar por sobre su cabeza, cerniendo posibilidades de una vida más bella que la suya, más justa que la que él sofoca y gobierna”. En *¡Abajo el burgués!* leemos que “el Arte es el pan del alma, el sueño sin el cual no hay vida humilde que aliente”. Mucho más explícitamente todavía, se nos dice en *Alas* que “el mal, que es lo feo, crece en la sombra, como crecen, en la ignorancia, el prejuicio y el miedo”, en tanto que “el bien, que es lo bello, es la herramienta que echa abajo la costra bestial, tornea el hierro agudo, hace sonreír las piedras”. Un último ejemplo, tomado de *Palabras vivas*: “Hablar es darse a los otros en una suprema ley de traslaciones. [...] Entregarnos en el habla lo mismo que en obras de arte; cada vez más terminados, más propios e íntimos”.

Sin embargo, no hay que comprender esta faceta esteticista romántica de González Pacheco en el sentido de la que tal vez sea la versión extrema del esteticismo modernista que postulaba el ideal de un arte por el arte, puro y valioso en sus propias formas. No. Este esteticismo de nuestro autor no es tal cosa sino todo lo contrario. Más bien se trata aquí de la identificación de la belleza artística con la belleza del ideal libertario y, especialmente, con la belleza de una vida consagrada a luchar por ese ideal: “Seguramente, más arte ha escrito D’Annunzio que Malatesta; pero quien sepa mirar y mirar bien, con mirada derecha y varonil, verá que nuestro viejo es más bello que todo mármol

y todo poema” (*Alas*). La misma idea de este esteticismo del carácter y socialmente comprometido puede encontrarse en su conferencia sobre el teatro y en una serie de carteles donde se critica a artistas e intelectuales alejados del compromiso social o revolucionario, como por ejemplo en *El individuo en el arte*, *Los poetas*, *El poeta Urbina*, *Zozaya*, *Pájaros puercos*, *Macana vasca*, *Posición*, *Una desvergüenza de Máximo Gorki* y otros cuantos carteles.

Pasemos ahora al segundo aspecto o nivel del esteticismo de González Pacheco, o sea, al modo en que dice lo que dice. Y en este registro formal, estilístico, sí creemos que se encuentra mucho más cerca del esteticismo modernista propio de su tiempo que del esteticismo romántico tradicional. Aún a riesgo de ser demasiado simplificadores, podríamos resumirlo diciendo que consiste en la creencia casi exclusiva de la fuerza persuasiva de los efectos retóricos bellos, de las figuras poéticas como la alegoría, la analogía, la metáfora, la hipérbole, la sinécdoque, la metonimia y de toda imagen poética en general, en remplazo de argumentos racionales o datos concretos verificables. No hay necesidad de transcribir ejemplos, ya que todas las citas de este ensayo bien podrían ilustrar ese rasgo.

Sin embargo, sí nos parece conveniente detenernos en un caso concreto que puede servir para mostrar a qué extrañas paradojas e inconsecuencias puede llevar ese estilo esteticista de persuasión en lugar de argumentos racionales. El caso ejemplar que consideraremos brevemente es la coincidencia entre los estilos esteticistas de persuasión de González Pacheco y de Leopoldo Lugones en sus respectivas construcciones poéticas del gaucho, a través de la lectura del poema de José Hernández, *Martín Fierro*. Tengamos presente que ese estilo de persuasión puramente esteticista se volvió rápidamente una tendencia generalizada entre muchos escritores de principios del siglo xx argentino; el esteticismo era ya una suerte de clima intelectual creado por las diversas y superpuestas reacciones contra la etapa intelectual anterior signada por el cientificismo, el positivismo y el utilitarismo. Lo llamativo de esto, en nuestro caso, es que ese estilo esteticista de persuasión lleva, acaso paradójicamente, a que el anarquista e internacionalista González Pacheco se asemeje, al menos en cierto sentido, a su odiado y opuesto rival político,

el entonces nacionalista xenófobo Leopoldo Lugones, ya consagrado por entonces como el mayor “poeta de la patria”.

Como es sabido, Leopoldo Lugones tuvo un recorrido ideológico muy cambiante, pero al margen de sus posturas maximalistas tempranas y juveniles, lo cierto es que desde el Centenario ya había pegado un giro hacia el nacionalismo autoritario y aristocratizante. En 1916 publica *El payador*, libro cuya base eran unas conferencias que Lugones había dictado cuatro años antes en público ante lo más elevado de la dirigencia política y social argentina, incluido el elenco gubernamental de entonces. No vamos a hacer acá ningún análisis de ese notable y polémico libro. Simplemente diremos que ahí, el “poeta de la patria” lanza una serie de tesis que para la época debían resultar, cuando menos, sorprendentes. Algunas de esas tesis tuvieron acogida posterior, afirmándose en el imaginario cultural argentino, y otras no. Por ejemplo, la tesis de que el poema *Martín Fierro* (1871), del estanciero, político y escritor José Hernández, es el libro fundacional de la nacionalidad y que su protagonista, el gaucho literario Martín Fierro, expresa lo esencial del arquetipo argentino, es una tesis que será aceptada general y velozmente. Pero la tesis paralela de que el varón histórico que más cumple los requisitos del arquetipo “gaucho argentino” fue el general Bartolomé Mitre, (historiador, domador de potros, escritor y político, traductor de la *Divina comedia* del Dante, ex presidente de la nación) es una afirmación extraña y difícil de digerir incluso al día de hoy.¹² Es claro que ambas tesis solo pueden sostenerse desde alguna forma de discurso que evite la argumentación seria y rigurosa, o sea, desde un discurso puramente esteticista, centrado en efectos retóricos emocionales que incluso borren las fronteras entre la descripción, la explicación, la valoración y la prescripción. Y es claro, también, que con un discurso de tal estilo se puede defender cualquier postura política. Así como Lugones construye la imagen del *Martín Fierro*, de José Hernández, como libro nacional y patrio por excelencia, González Pacheco, con un estilo tal vez menos pulido pero no menos esteticista, pretenderá construir la imagen del mismo poema gauchesco como un texto subversivo, libertario y hasta revolucionario.

¹² Leopoldo Lugones, *El payador*, Huemul, Buenos Aires, 1972

Veamos cómo interpreta expresamente el *Martín Fierro* y qué opina de José Hernández nuestro autor anarquista. Primero, hablando de las luchas civiles del siglo XIX argentino, y después de proclamar que triunfó en ellas Sarmiento y su obsesión civilizatoria, aclara que el triste destino del gauchaje no habría sido muy diferente si hubieran triunfado Rosas y los suyos: “Para el caso, y apartando las palabras democracia y feudalismo, el programa y la consigna de los dos eran solo uno: acorrallar al gauchaje, cortarle el paso y las alas: alambrar, alambrar, alambrar”. Es decir, las luchas civiles del siglo XIX eran extrañas a los intereses del gauchaje, que solo era carne de cañón de ambos bandos, tanto de los que luchaban por una moderna democracia como de los que luchaban por conservar el orden feudal ganadero. Tanto los civilizadores como los feudales debían necesariamente “acorrallar al gauchaje” y “córtales sus alas”. Pero en esa trituración a dos flancos del gaucho, José Hernández con su poema van a jugar un papel honroso, como el gaucho Cruz del texto, que desertó del ejército para ponerse a pelear del lado de Fierro: “José Hernández, legislador y hacendado, jugó en esa historia cruel el mismo papel que, en su libro, el sargento Cruz. Con ‘la lata en la cintura’, se echó al medio a defender a un matrero. Fue el criollo que ‘no consiente que se cometa el delito de matar así a un valiente’. Y ese gesto le valió vivir también matreando”. O sea, según González Pacheco, José Hernández, al escribir su poema realizó la acción heroica de renunciar a su clase privilegiada y opresora para pasar al bando de los perseguidos y oprimidos. Estas cosas, González Pacheco las dice en su cartel titulado, precisamente, *Martín Fierro*. Y la verdad es que eso solo puede decirse si se prescinde de todo estudio riguroso o más o menos serio de crítica ideológica.

En efecto, es solo el estilo esteticista de persuasión, retórico, efectista, lo que permite a González Pacheco trazar ese novedoso y sorprendente retrato de José Hernández y de su famoso poema gauchesco. Pero en rigor de verdad, es extraño y sorprendente que un anarquista pueda ver al propio “hacendado y legislador” Hernández como la encarnación viva del mismísimo sargento Cruz, en vez de un estanciero que se lamenta, encubriéndose en su extenso y hermoso poema, de la pérdida de mano de obra barata a causa del reclutamiento forzoso de los gauchos enviados a la frontera.

En todo caso, esas libertades interpretativas muestran bien la sugestión persuasiva, indiferente a todo análisis en profundidad, que el esteticismo retórico tenía en la época. Pero aunque más no sea a modo de digresión, es preciso decir acá que, en realidad, el *Martín Fierro*, que literariamente es una gran obra poética, ideológicamente pinta todo lo opuesto a lo que González Pacheco quiere ver, o quiere hacer ver, dejándose llevar por su esteticismo estilístico. Veámoslo ahora brevemente, aunque volveremos sobre ello cuando abordemos el criollismo de nuestro autor.

Los versos de José Hernández dibujan una suerte de utopía feudal pasada, ya ida, lamento elegíaco que no es otra cosa que la visión decadentista del patrón bueno y paternalista; un ideal político que veremos resurgir con el nacionalismo populista del siglo xx con su apotegma de “de casa al trabajo y del trabajo a casa” y su programa político de conciliación entre el capitalista y el trabajador. Esto es más que evidente a lo largo de unas diez estrofas del segundo canto, por ejemplo, cuando recuerda otros tiempos y dice: “Y con el buche bien lleno / Era cosa superior / Irse en brazos del amor / A dormir como la gente / Pa empezar al día siguiente / Las fáinas del día anterior” (estrofa 34); o: “Aquello no era trabajo, / Más bien era una junción- / Y después de un güen tirón / En que uno se daba maña, / Pa darle un trago de caña / Solía llamarlo el patrón” (estrofa 38).¹³ Hernández incluso adelanta en su poema otra idea del populismo nacionalista argentino posterior: la idea de “alpargatas sí, libros no”, como puede leerse en la estrofa 256 del canto noveno: “Aquí no valen doctores / Solo vale la esperencia / Aquí verían su inocencia / Esos que todo lo saben / Porque esto tiene otra llave / Y el gaucho tiene su cencia”. Es cierto que Fierro es un gaucho que termina rebelándose contra la autoridad y anhelando una libertad que irá a buscar finalmente entre los indios. Pero no es menos cierto que Fierro quiere ser respetuoso de la autoridad, es racista respecto de los indios, de los negros y de los extranjeros; también es profundamente religioso, como se desprende de las estrofas 80, 81 y 102 del canto tercero, de la estrofa 128 del

¹³ Estas referencias y las siguientes al extenso poema de José Hernández están tomadas de la edición del *Martín Fierro*, Ediciones Argentinas SRL, Buenos Aires, 1976.

canto cuarto y de las estrofas 199 y 214 del canto séptimo. En el canto quinto, el gringo inmigrante (concretamente, el italiano) es vilipendiado sistemáticamente a lo largo de catorce estrofas (de la 142 a la 155); y si existe en Fierro o en Cruz alguna rebeldía contra la autoridad es solo “hasta que venga un criollo / A esta tierra a mandar”, como se dice en la estrofa 361 del canto duodécimo.

En conclusión, y para terminar este apartado: tras el personaje *supuesta o aparentemente* libertario de Martín Fierro subyacen los prejuicios ideológicos del autor del poema, el todavía y siempre “legislador y estanciero” José Hernández. Para el gaucho Martín Fierro, cuya voz no es otra voz que la del ventrílocuo terrateniente José Hernández, matar a un indio es “obra santa”, hay que obedecer a la autoridad siempre que no nos perjudique personalmente y sea criolla, los gringos son brutos, torpes, amarretes, cobardes, ladrones y maricas, y los negros son obra del diablo. En verdad, y esteticismo al margen, es difícil, si no imposible, hallar algo de libertario en esos versos hernandianos. Pero el anarquista González Pacheco no ve o no quiere ver nada de esto, o simplemente no le importa verlo; y así como el esteticismo de Lugones falsificó al gaucho pero interpretó bien el poema de José Hernández, el esteticismo de González Pacheco acaso no falsificó al gaucho pero sí malinterpretó la obra del “legislador y estanciero”. Y por los oscuros caminos del esteticismo persuasivo pero no argumentativo, termina en una ideologización similar, aunque de signo contrario, a la de su odiado y opuesto Leopoldo Lugones. Tanto la elaboración esteticista nacionalista que del gaucho hace Lugones apoyándose en el *Martín Fierro*, como la elaboración esteticista libertaria que del poema de Hernández hace González Pacheco, son construcciones esteticistas mitológicas, o sea mitologemas retóricos. Solo que si se atiende al contenido literal y conceptual del *Martín Fierro* la lectura que hizo el nacionalista es más coherente con su ideología sectaria y autoritaria que la que hizo el anarquista con la suya, libertaria e internacionalista.

Bueno, ya nos hemos desviado demasiado de nuestra línea de exposición. Como dijimos, tendremos ocasión de volver sobre este tema cuando más adelante hablemos del criollismo en el anarquismo de González Pacheco.

6. Vitalismo

Ahora debemos retomar un tema que habíamos dejado pendiente un par de apartados atrás: el del vitalismo en el pensamiento de González Pacheco. Por vitalismo entendemos dos cosas íntimamente ligadas entre sí. En primer lugar, el vitalismo es, muy genéricamente, toda forma de pensamiento que afirma la imposibilidad de conceptualizar teóricamente la vida, de la que solo podría hablarse a través de metáforas como “corriente”, “fuente”, “desborde”, “cauce”, etc. En este sentido, observamos que en los carteles de González Pacheco esa clase de metáforas son hartamente frecuentes, como puede constatarse en *El torrente*, *Corazonadas nuestras*, *El pensamiento anarquista*, *Arroyitos* y otros. Pero, como ejemplo, bastarán seguramente aquí las siguientes líneas tomadas de *Círculos o espirales*: “Y todo parte de estos modos de plantearse y de lanzar la vida: en espiral o en círculo. O creerse eje o sentirse ala. Centro muerto o corriente viva. Autoritario o anarquista”.

En segundo lugar, y en un sentido más específico, el vitalismo es el nombre que se le da a toda actitud existencial apoyada en aquella premisa y que afirma el poder creador de la voluntad, de la vida y de la libertad. Es sabido que el vitalismo, en este sentido específico, fue otra de las tantas reacciones contra el positivismo, el utilitarismo y el materialismo filosóficos que le precedieron y que en Argentina estaban asociados a la polémica generación intelectual y política de 1880. En el campo filosófico, el vitalismo se nutrió principalmente de la obra de dos pensadores muy influyentes a principios del siglo xx: Henry Bergson y Friedrich Nietzsche.¹⁴

El nombre de Bergson, que en principio tiene poco o nada que ver con el anarquismo, no aparece en ningún lugar en los carteles ni en las conferencias de González Pacheco, y no sabemos si lo leyó o tuvo conocimiento indirecto de él. Pero al menos se nota, sí, en sus escritos, tal vez debido al clima de época influido por el filósofo francés, algunos términos muy característicos de su jerga técnica, como son las ideas de la fuerza “creadora” del instinto, de la voluntad, de la vida, de la libertad.¹⁵ Por ejemplo,

¹⁴ Oscar Terán, op.cit. p. 157.

¹⁵ Ver la influyente obra de Henri Bergson, *La evolución creadora* (1907), Planeta-Agostini, Barcelona, 1985.

en *Los leñateros* se nos dice que “...nos han raleado las plantas, nos han deshojado el tronco de muchos retoños verdes y han hecho de los mejores, más buenos y más conscientes, montones de huesos secos. Pero el sentido de Ideal, la voluntad creadora, nuestro destino anarquista, sigue aquí, y aquí se queda como clavado en el suelo, cuando no volando al aire en nuestras ideas...” En *De la anarquía* se postula que “hay que amar la anarquía por lo que crea y afirma como alegría y coraje; no por lo que roe como ácido o borra como gotera de lluvia mansa”. En *Nosotros, los anarquistas*, González Pacheco dice que “no hubo hasta ahora doctrina que albergara más rebeldes y más santos, más hombres de acción y ensueño, superadores de ciencias y artes. En cada anarquista vibra un pensamiento creador, una cuerda de arco tensa que envía flechas al futuro. Las flechas son las ideas. A veces son las cabezas también, voladas de entre los hombros como flores guadañadas bajo el sol...”; luego agrega eufórico: “¡Juventud, juventud, juventud! Nosotros, los anarquistas, somos la claridad de la Tierra; poseemos el divino arte de crearnos nuevos, de nuevo. Nuestras ideas son, más que deducción de libros, vibraciones de la carne eterna, insomitable, inmortal: palabras vivas, de vida”. Y en *Barcelona* afirma que “vivir, lo que se llama vivir, no es encontrar soluciones, sino producir o crear, sin solución de continuidad tampoco”.

En fin, las citas donde ese vitalismo *creador* se hace patente podrían multiplicarse hasta el cansancio, pero acaso merezca la pena mencionar también lo que dice en *Un ladronazo*. En este cartel, González Pacheco afirma que calificar o adjetivar es siempre fácil y que “lo difícil es que esa suerte de pinzas o de membretes, con que calificamos o adjetivamos, capten o expresen realidades o raíces; algo más que costras o que apariencias... Si queréis valorar a un escritor, observad en qué apoya lo que plantea o lo que gira: cuanto más vacío y más falso, más calificaciones y más adjetivos. Se apuntala en eso para no caerse”. “El ideal –continúa diciendo González Pacheco– sería expedirse por cosas y hechos. Escribir de adentro afuera, con los jugos o la sangre de las vidas que queremos revelar, a través de nuestra sangre o nuestros jugos. El que eso logra gana sentido y conciencia; es como el padre o la madre del bellaco o del santo que revela: ni le asustan ni le admiran” porque “son

un poco sus entrañas”. “Respeta más y adjetiva menos”, pero es más difícil porque “es crear”. Sin embargo, se lamenta, “la mayoría de los que escriben –perdón: de los que escribimos– lo hacemos para agregar pintura de nuestros tarros, convencional siempre, a lo que se nos ofrece esencialmente pintado. Somos adjetivadores. Es más fácil que crear”. Por último, digamos que también en su conferencia sobre el teatro nuestro autor ostenta su concepción vitalista cuando explica que en la vida, como en el arte, lo importante no es tal técnica ni tal filosofía: “Eso es lo formal. Más abajo o por encima está lo esencial e imponderable”.

En cuanto a Friedrich Nietzsche y a su influencia en nuestro autor, deberemos detenernos con un poco más de detalle. No está de más mencionar que ya en 1894, en Buenos Aires, Rubén Darío había difundido el nombre de Nietzsche en el Río de la Plata. O sea que a principios del siglo xx, el filósofo alemán ya era un autor más o menos conocido en Argentina. Y su presencia en los carteles es indudable, no solo porque aparece mencionado expresamente en varias ocasiones, sino porque algunas frases de González Pacheco no dejan margen de duda respecto de su influencia, a pesar de que sean puestas al servicio de una perspectiva revolucionaria e igualitaria que acaso hubiera resultado ajena al pensador alemán. Además se puede rastrear alguna idea típicamente nietzscheana interpretada de modo muy singular por el anarquista argentino.

Empecemos con las menciones expresas que González Pacheco hace de Nietzsche. En *Palabras vivas* dice: “Palabras vivas pedimos. Esas que fueron amadas de Sócrates y de Nietzsche”. Y en *Cursilería* afirma que “de cualquier crisis moral, caída de fuerzas, baile cabeza abajo, que decía Nietzsche, un hombre de verdadera energía puede todavía salir, como las aves después de la empolladura o las víboras de entre su piel vieja: con plumas nuevas, con más encendidos y bellos tonos”.

En *El individuo en el arte* Nietzsche es puesto, extrañamente, como ejemplo de artista popular. En efecto, en ese cartel se critica algo duramente al escritor anarco-individualista Giménez Igualada por concebir al artista como un ser excepcional, elevado por sobre la chusma, nunca reducido a oveja ni perro. Según González Pacheco, Giménez Igualada confunde la

“personalidad”, o sea, el destacarse por el esfuerzo personal sin oprimir a nadie y honrando a todos, con el “individualismo”, o sea, el considerarse centro del universo. Y es acá que González Pacheco pone a Nietzsche como ejemplo de artista verdadero, surgido del dolor y la desventura y, por ello mismo, respetado por el pueblo. Es realmente extraño y sorprendente que nuestro autor vea en Nietzsche menos “individualismo” que en Giménez Igualada; incluso se atreve a concluir con una muy libre interpretación de la figura del *Übermensch* profetizado por el pensador alemán del siglo XIX: “Cuanto nos nutre y nos cubre, ¿quién nos lo dio sino ella [la ‘chusma’]? Y ahora, todavía, nos da su sangre... ¿Qué superhombre dio más?”. Es decir, para González Pacheco, o bien la chusma es el súperhombre, o bien es más súper que el súperhombre.

En el cartel *Teatro*, Nietzsche aparece mencionado una vez más. Allí se nos dice, lamentándose, que el hombre reclama siempre conceptos y adjetivos, pues pretende infructuosamente que la vida se le entregue como “caratulada e inerte”. Sin embargo, es en vano porque los conceptos y adjetivos nunca van más allá de la superficie: “...ahí acaba el discurso, porque más debajo de eso no hay ni siquiera palabras que expliquen lo sustancial, que sería: ¿por qué pensamos? Ahí está el denso misterio en que se incuban, sin ruido y sin nombre, todos los gérmenes. Está lo que no sabemos: nuestra ignorancia dormida, según Nietzsche, sobre la espalda de un tigre: según Tolstoy, sobre el regazo de un ángel”.

Pero más allá de menciones explícitas como las citadas, hay a lo largo de todos los carteles muchas frases de resonancias claramente nietzscheanas, aunque sin hacer referencia a la fuente de inspiración. Por ejemplo, en *Libertad*, González Pacheco escribe que toda herida “si no nos mata, nos hace más fuertes”, frase que es prácticamente idéntica a la que Nietzsche popularizó en *El crepúsculo de los ídolos* (1888) y en *Ecce Homo* (1888).¹⁶ También en el cartel *Dos cartas* hay resonancias nietzscheanas

¹⁶ “De la escuela de guerra de la vida.— Lo que no me mata me hace más fuerte”, F. Nietzsche, *El crepúsculo de los ídolos*, Alanza Editorial, Madrid, 2010, p. 34. “[El hombre saludable] adivina remedios curativos contra los daños, saca ventaja de sus contrariedades; lo que no le mata le hace más fuerte”, F. Nietzsche, *Ecce homo*, Alanza Editorial, Buenos Aires, 1996, p. 24.

cuando nuestro autor anarquista escribe que “se vive en tanto se está dispuesto a perderlo todo”; esta idea parece evocar la enseñanza del *Zarathustra* (1882) de vivir peligrosamente.¹⁷ Y también en *¡Meta y meta!*, donde se dice que el anarquista es un ser que el mundo no acaba de comprender, pero que él se comprende a sí mismo y eso le basta, pues “sabe lo que quiere, y lo hace. Se dio una línea, y la sigue. Y por eso cuando siente, oye o ve que lo maltratan, le calumnian o le niegan, ni se encoge ni se asusta. Se enoja, sí, pero consigo, pues piensa: seguramente, lo que le metí a la vida no lo remaché como es debido. Hay que darle todavía. Darle siempre. ¡Meta y meta!”. Esta idea parece incluso tomada del diálogo entre Pirrón y El Viejo, de *El viajero y su sombra* (1879), pero también parece clara nuevamente la referencia al *Crepúsculo de los ídolos*, donde Nietzsche escribió: “Fórmula de mi felicidad: un sí, un no, una línea recta, una meta”.¹⁸

En un nivel menos explícito todavía, pero no menos nietzscheano, podemos encontrar ejemplos como los siguientes. En *¡A pulso, a puños!*, González Pacheco escribe que “el egoísmo no existe para los fuertes, los plenos, los verdaderos. Ninguna planta retiene para sí, avaramente, sus frutos”. En *¡Anarquistas!* dice que “el anarquista es un hombre de pelea, y no de componendas o sutilezas. Con él no hay arreglo nunca. No pacta ni desiste: lucha y afirma. Tipo nuevo en la historia, generador de otra especie de hombres, macho ardiente y poderoso que avanza, bramando amor, a poseer la vida”. En un cartel dedicado a la obrera portuaria anarquista Luisa Lallana, asesinada por la Liga Patriótica Argentina a sus jóvenes dieciocho años de edad en Rosario en 1928, González Pacheco escribe que “los anarquistas tenemos el entusiasmo de la vida” (*Luisa Lallana*). En *La libertad* se nos dice que “se gane o se pierda a este juego, lo terrible es no jugarlo”. En *Madres españolas* escribe que “...este asunto de crear es de instinto y de coraje. Sabiduría de sentir que la creación empieza más allá de todo límite social y estético. Y que ahí debe captarse y ponerse en movimiento a más allá todavía”. Y en *Los triunfadores* sentencia: “Derrotas pide el fuerte, no victorias”.

¹⁷ Cf. F. Nietzsche, *Así habló Zarathustra*, Sarpe, Madrid, 1983, p. 35.

¹⁸ Cf. F. Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos*, ed. cit. p. 41.

En fin, también la misma forma “carteles” es bastante nietzscheana, pues el rechazo a toda pretensión de constituir un sistema y hasta el estilo aforístico y alegórico de González Pacheco recuerdan al del pensador finisecular alemán.

Por lo demás, debemos aclarar que no resulta para nada esotérico de su parte hacer una lectura anarquista de este polémico e influyente filósofo de la voluntad y de la vida. Friedrich Nietzsche era una lectura recurrente en los círculos anarquistas de principios del siglo xx y había proclamado en su *Zarathustra* que el Estado era un monstruo frío, el más frío de todos los monstruos, aniquilador de pueblos.¹⁹ Sin embargo, la recepción de Nietzsche en González Pacheco no deja de ser sorprendente en algunos aspectos que resultan casi totalmente ajenos o contrarios a la tradición anarquista. Estamos refiriéndonos a la idea nietzscheana del “eterno retorno”, subyacente en la concepción que nuestro autor tiene por momentos del anarquismo, de la anarquía y de la revolución. Es cierto que no es rasgo frecuente en sus textos, pero sí es lo suficientemente notable para que le dediquemos alguna consideración.

Nietzsche postula la compleja y esotérica doctrina del “eterno retorno de lo mismo” en su *Zarathustra*.²⁰ No nos interesa aquí cuál sería la interpretación correcta de esa llamativa, polémica y cuasi mística noción nietzscheana; ni mucho menos si es correcta la aplicación que de ella parece hacer, consciente o inconscientemente, González Pacheco en sus carteles. Simplemente queremos sugerir que algunos de sus textos parecen evocar en cierto sentido esa idea de eterno retorno y que, al hacerlo, se producen algunas tensiones, si no contradicciones, en la construcción del ideal redentor definitivo de una sociedad libre de toda explotación económica y de toda dominación política.

En un cartel que se titula, precisamente, *Retorno*, González Pacheco dice que con las ideas anarquistas por momentos sucede que parecen perder “la virtud de alzada, de gallarda arremetida que deseábamos...”, pero aclara que “siempre fue así, sin embargo”, porque “la siembra de las ideas no puede eludir la ley que rige la vida. Y ley es que todo esfuerzo, llegado a su

¹⁹ F. Nietzsche, *Así habló Zarathustra*, ed. cit. pp. 66-69.

²⁰ La doctrina del eterno retorno es predicada por Zarathustra en la tercera parte del libro. Cf. F. Nietzsche, *Así habló Zarathustra*, ed. cit. pp. 173-261.

plenitud, recese, retorne a su antigua fuente, para otro esfuerzo. Y para otro. Pues la moral labradora no nos la dan las cosechas percederas, sino la tierra, la Eterna...”. Es decir, la “ley que rige la vida”, según González Pacheco, se resume en que “todo lo grande recesa. Todo lo grande retorna”; y por lo tanto, “suceda lo que suceda”, las ideas anarquistas “son grandes entre las grandes”, siempre, eternamente.

En *El torrente*, hablando de la Revolución Rusa, la idea del retorno de lo mismo vuelve a aparecer. Todo torrente, nos dice ahí González Pacheco, refluye siempre y las cosas vuelven a quedar como antes: una minoría burguesa frente a otra minoría rebelde. “Siempre ha sido así”, y por eso mismo “cada cual [debe] volver a su obra en silencio”, la minoría burguesa, a levantar nuevas murallas, y la minoría rebelde, a prepararse para el próximo ataque. Y en el cartel *Hoy*, escrito explícitamente contra la idea de evolución lineal, escribe: “Muchachos: no hipotéquéis vuestra libertad al tiempo. Trabajad para la vida. No es mañana ni pasado mañana cuando debéis rebelaros. ¡Es hoy! ¡Es ahora!”. O sea, el deber de rebelarse es siempre hoy, y de nuevo hoy, y de nuevo hoy... Siempre volviendo a empezar. Este postulado de que la anarquía está siempre presente, que resurge y resurge por más que la persigan, está también en el ya citado *¡Aquí estoy!*.

En la misma tesitura, en otro cartel se nos dice que “llegar” es una mentira; que nunca se llega a ninguna parte; que llegar es partir, o recién empezar de nuevo, y que “al bien, lo justo y lo bello que se aspira, que se sueña, que se quiere, ¡ay! a eso no se llega nunca. Eso está arriba o adentro nuestro, pero no como remanso o cumbre, sino como látigo o espuela” (*Llegar*). Y en *Cine argentino*, tras afirmar que vivimos tiempos en que hay que ser beligerante de “lo que más se ame o sueño; así sea lo más loco”, aclara que eso “no quiere decir que así obtendremos el triunfo” y que habla “como hombre a quien no interesan los frutos de ahora. Porque sabe que hoy, aquí y sobre la entera tierra, la vida está en las semillas”.

Y siguen los ejemplos: en *Aquí habrá revolución*, compara a la revolución con el ave Fénix, que siempre resurge de sus cenizas. Y en *Luisa Lallana*, más explícitamente aún que en *Retorno*, González Pacheco escribe: “¿Qué nos dicen?... ¿Que a

las estrellas las apaga el día, que la luz es un punto y la sombra el espacio, y que el invierno arrasa las galas de los jardines?... ¿Quieren decirnos con eso que las revueltas del pueblo son siempre, al final, vencidas?... Pero si se rehace y vuelve, no hay vencimiento, señores, sino al revés: la afirmación victoriosa de un gran destino. Su receso, su derrota, su ostracismo es el repliegue de la sangre al corazón, el aplomarse del árbol en sus raíces, el beber y el aspirar, en el silencio y la sombra, de esa savia, de ese humus, de esa fuerza de la vida a la que, por darle un nombre, nosotros denominamos Anarquía. Y cuando de ella se llena, sea primavera u otoño, sobre un surco de la pampa o sobre una calle adoquinada, canta o estalla, gloriosamente entusiasta”.

Es decir, según estos textos, González Pacheco parece concebir al anarquismo (que en él es lo mismo que decir “la revolución”) como una lucha eterna, siempre resurgente, aunque nunca victoriosa. Pero es obvio que, en estos términos, la Anarquía como ideal no puede ser más que una utopía inalcanzable, una suerte de anarquismo sin meta real, sin Anarquía posible. A lo sumo, la Anarquía como ideal solo puede postularse como aspiración eternamente movilizadora, pero nunca realizable en la práctica. Y en efecto, esto es lo que parece sostener nuestro autor cuando sugiere una distinción entre lo “realista” y lo “realizable”: la Anarquía sería *realista* porque moviliza, pero no es *realizable* porque es utópica; es más, para González Pacheco, la Anarquía es *realista* precisamente porque es *utópica*. Así lo dice en *El señor todo el mundo*: “Hemos llegado al momento en que lo único práctico es la utopía: todo lo demás conduce a desalentar y desalentarnos”. Y así también lo da a entender en *Durruti*: “El anarquismo es, primero que todo, una posición: el hombre libre. Por querer serlo es su lucha con el medio, mundo o trasmundo, metafísica o prejuicio que le niega o le oprime. Su doctrina, el comunismo anarquista, es un sentido, no un tópico; un resplandor de su sangre y no una entelequia sociológica”.

Para resumir, el anarquismo de González Pacheco parece ser un anarquismo donde el ideal de la Anarquía como sociedad plenamente libre e igualitaria no es una meta ni un destino, sino solo un horizonte que nunca se alcanza; incluso un horizonte que no significa avance o progreso o mejora social, sino mera idea-fuerza para motivar la rebeldía como rasgo existencial o vital, nada

más, ni nada menos. En efecto, si todo fluye y refluye; si todo fruto vuelve a ser semilla y toda semilla, fruto; si la circularidad es eterna; si todo retorna siempre igual, tanto la opresión como la rebeldía, entonces, la Anarquía se vuelve así una mera fe del individuo de carácter libre, esto es, del anarquista que, como Sísifo, asume una tarea siempre la misma y sin fin... Y uno estaría tentado a añadir: sin sentido. Se trata, en resumidas cuentas, de una visión trágica (en el sentido estricto y griego del término) del anarquismo; y lo trágico de estas posturas parece consciente en el propio autor, por ejemplo, cuando dice en *Gualeguaychú*: “Hay que apurar la tragedia hasta sus últimas consecuencias. Pero hay que alumbrarla con un ideal libertario, de claridad meridiana, santo y alto, universal y profundo: ¡con el comunismo anárquico!”. O cuando dice en *La condición humana*: “La condición humana es la feroz soledad en que estamos todos, unos hacia otros. Solo la acción nos une, nos alivia de vivir, posterga el tremendo interrogante. Pero esta es otra tragedia”.

Ahora bien, parece claro que esa ontología cíclica y trágica no solo resulta problemática para cualquier concepción del anarquismo entendido como filosofía social optimista sobre el porvenir humano o, al menos, sobre las posibilidades de mejora de la situación social y política actual, sino que también es abiertamente contradictoria con otros pasajes de los mismos carteles. Por ejemplo, en *¡Salud, oh, tiempos!*, González Pacheco escribe: “¿Quién duda del porvenir?... ¿Quién, en el umbral de la aurora, piensa en la noche? [...] ¡Salud, oh, tiempos, en que esta siembra de amor de los anarquistas dará pan de libertad a los futuros hombres!”. También en *Gualeguaychú* dice: “La hora es de acción y crimen, sí. Pero las horas sociales no valen por los horrores que marcan sino por los derroteros al destino que abren”. Y en *Los compañeros* exclama: “¡Ah, mundo nuevo, idea nueva, nueva estrella que hemos prendido en la conciencia del hombre, los anarquistas. ¡Qué desgraciados, qué ciegos sois los que no la veis brillar todavía!”. En fin, la idea de retorno recurrente, sostenida por González Pacheco en muchos pasajes, parece quebrarse o, al menos, quedar contradicha en muchos otros.

Y una vez más, si González Pacheco se muestra consciente de lo trágico de su concepción, no se muestra menos

consciente de estas contradicciones o tensiones entre fatalismo y voluntad, entre circularidad y novedad, entre determinismo y libertad. En *El hombre fuerte* les dice a sus camaradas que “...está escrito que caeréis. Siempre caísteis”, pues “así fue, y no de otro modo”; sin embargo, “igualmente está escrito que os guardéis de morir estando vivos. Si todo es fatalidad, también es fatal ser hombre. Fatalismo a fatalismo, vencerá el de mayor fuerza. ¡Hacedos fuertes!”. Y en su conferencia sobre el anarquismo, casi en un oxímoron, dice: “Deterministas a medias, fiamos en la voluntad sobre todo”.

Pero creemos que es en *Nidos de bombas* donde se hace más patente y explícita esa tensión entre la fatalidad de lo siempre cíclico y la voluntad de quebrarlo con lo nuevo. Ahí, nuestro anarquista criollo nos dice que “no hay novedad en el mundo”, que siempre “Dios sigue en las alturas y el diablo en los abismos”, y que “cualquiera de ellos que se asomara a la Tierra, no podría menos que volverse bostezando: –¡Ta, ta, ta; siempre la misma música!...” Sin embargo, aclara, eso es así solo “en la superficie”; es decir, en la cáscara externa todo siempre es igual: “Somos no más que ediciones nuevas de libros viejos: hombres, hombres siempre. Sueños y angustias nuestros: ¿qué? ¿No fueron soñados antes, gemidas miles, millones de veces?... Remontes hacia el empíreo, descensos a los infiernos, el cantar de los cantares y el clamor de los clamores, la rebelión de Espartaco y la renuncia de Cristo: ¿Qué... ¿No está todo en el mismo arco del destino sonando en la misma caja de la vida?”. Según esto, a lo largo de siglos de historia todo parece como lo pintaba Hegel, o sea, como una eterna y misma realidad bajo la policromía cambiante de lo contingente y aparentemente diverso: “No hay novedad en el mundo. El ideal se une con la fiereza, la voluntad se abraza con el ensueño. Job, el de las lamentaciones, canta, y Espartaco, el de la acción, medita”. Sin embargo, hay un punto en esa misma historia donde esa eterna y monótona música da un cambio de tono, de ritmo y de melodía. Ese punto de inflexión histórico, ese momento en que el fatalismo de lo cíclico estaría por romperse, o que al menos eso parece, es nada menos el tiempo presente de González Pacheco, cuando el oprimido ha cambiado su religión por las bombas: “Entráis al cuarto del pobre y halláis, bajo su jergón, su libro, y bajo su libro: ¿qué?...”

¿Un collar de amuletos, una estampa de Cristo, un frasco de aguardiente?... ¡No, pues; no! Halláis un nido de bombas”. Este oprimido ya no sería igual al de los tiempos pasados, sino que es un “hombre nuevo”. Nuestro autor criollo lo expresa así con su particular retórica: “¡Eh, tiranos! ¿Qué hombre nuevo se alza en vuestro esclavo viejo?... Toneladas de cartuchos bajo toneladas de literatura recogen diariamente los policías vuestros. Garras y alas, canciones y blasfemias, abrazadas, confundidas, juramentadas para este solo destino: ¡vivir libres o morir peleando!”. O sea: después de todo, sí hay algo nuevo en el mundo: “¡Eh, dios! ¡Eh, diablo! ¿Hay, o no hay, novedades en la Tierra?... ¿Asomad a ver esto!”. Sorprendentemente, esta “novedad” resulta análoga a la “buena nueva cristiana” que para los teólogos y religiosos representó la ruptura con un pasado pagano de infelicidad y perdición y el comienzo de un tiempo histórico lineal signado por un destino de salvación.

Y no menos sorprendente que esa analogía religiosa, de la cual González Pacheco es consciente aunque no explícito, es la subyacente analogía con la profecía nietzscheana de la muerte del hombre y el advenimiento inminente del *Übermensch*. Por ello mismo, las mismas tensiones o contradicciones entre el fatalismo del eterno retorno y el optimismo de la voluntad creadora también podrían rastrearse en Nietzsche. Y así como el filósofo alemán, previendo posibles objetores, hubiera respondido que no le importaban esas contradicciones siempre que estuvieran al servicio de la vida, nuestro anarquista, González Pacheco, respondería algo parecido: “Odios, críticas y disensiones externas, son nada; menos que nada también; son efectos. Qué va uno a hacer caso de ellos... Paciencia, paciencia y meta!...” (*Paciencia y meta*).

Ese tipo de respuestas ante eventuales críticas racionales o lógicas es del mismo tipo que ofrecen los religiosos de todas las confesiones ante cualquier objetor que le reclame coherencia discursiva. “Creo porque es absurdo”, decía Tertuliano, padre de la Iglesia latina, para subrayar el valor de su fe²¹; y a la

²¹ La cita famosa de Tertuliano se encuentra en *De carne Christi*, capítulo V, y su forma literal es *Credibile quia ineptum: certum est quia impossibile est* (“Es creíble porque es estúpido: es cierto porque es imposible”). Cf. www.documentacatholicaomnia.eu.

pregunta sensata y pagana de “¿Qué hacia Dios antes de crear al mundo?”, San Agustín respondía, aunque aclarando que era una broma y no era una respuesta buena: “pensaba castigos para quienes hacen ese tipo de preguntas”²²; y ya en plena modernidad, el enemigo declarado del anarquista Proudhon, el reaccionario católico Donoso Cortés, sigue poniendo a la fe por encima de toda racionalidad: “sin fe, el intelecto desvaría”, nos dice²³. No es preciso abundar en más citas eruditas; en realidad, la condena y estigmatización religiosa de la razón ya se encuentran en las primeras páginas del *Génesis*.

Claro que se puede hallar una diferencia entre el irracionalismo de la fe religiosa y el del vitalismo de Nietzsche o González Pacheco: este, en lugar de justificarse en la gloria y omnipotencia de Dios y su insondable sabiduría, siempre *más allá* de la prosaica y limitada razón humana, pretende justificarse en las fuerzas y exigencias vitales del hombre de carne y hueso, que siempre sobrepujan o desbordan, desde *más acá*, al frío intelecto. Sin embargo, el irracionalismo, o más aún, el antirracionalismo es tan patente en la fe religiosa como en la filosofía de Nietzsche y en el anarquismo criollo y vitalista de González Pacheco, lo que debería hacernos pensar, como anarquistas, en la viabilidad o posibilidad serias de construir doctrina y estrategia efectivas sobre este tipo de bases teóricas.

Esta cuestión nos lleva a otro rasgo de las concepciones libertarias de González Pacheco: su fuerte y declarado antiintelectualismo.

²² San Agustín, *Confesiones*, Publicaciones CETA, Iquitos (Perú), 1986, LXI, cap. 12; pp. 278-279. Agustín dice ahí que no va a dar esa respuesta bromista, pero de hecho la da. Es un claro ejemplo de la retórica religiosa y política de todos los tiempos, que consiste en decir que no se va a decir lo que se está diciendo, como cuando un político dice de su adversario que no va a decir que es un corrupto, como dicen muchos otros. Hoy diríamos que se trata de un artilugio retórico que consiste en emplear una contradicción performativa: decir que no se dice lo que se está diciendo.

²³ “La disminución de la fe, que produce la disminución de la verdad, no lleva consigo forzosamente la disminución, sino el extravío de la inteligencia humana”. Donoso Cortés, *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, p. 56.

7. Antiintelectualismo

Como acabamos de ver, no puede sorprender que, desde ese vitalismo nietzscheano, González Pacheco vea en la cultura en general un obstáculo para las fuerzas vitales creadoras. El anarquismo resulta así, en su concepción, una recurrente rebeldía antiintelectualista, incluso irracionalista.

Pero si no debe sorprender el antiintelectualismo nietzscheano, tal vez sí deba llamarnos la atención la sobreactuación por parte de González Pacheco del mismo rasgo. Él, como Nietzsche, y muy a su pesar, es un intelectual. Pero a diferencia del pensador alemán, no es solo un intelectual antiintelectualista, sino que es un intelectual que exagera ostensiblemente su antiintelectualismo, casi como una sobreactuación teatral. Este plus del antiintelectualismo de nuestro autor no puede deberse solo a las lecturas, correctas o no, de Nietzsche. Creemos que debe haber alguna explicación más personal, *ad hominem* digamos, que pueda dar cuenta de este rasgo tan presente en sus escritos; y la clave parece darla indirectamente Juan Suriano: en los círculos anarquistas obreros del Buenos Aires de aquellos tiempos se había generalizado un fuerte resquemor o desprecio por los bohemios intelectualoides y diletantes que se acercaban al movimiento revolucionario provenientes del esteticismo modernista.²⁴ Es claro, como subraya también Suriano, que González Pacheco fue una excepción entre toda esa moda anarquista ocasional y lúdica de los intelectuales modernistas que se acercaron al movimiento fugazmente, pues participó activamente hasta su muerte en 1949. Sin embargo,

²⁴ Así nos informa Suriano: “Una de las vertientes de vinculación intelectual al movimiento libertario provino del esteticismo antiburgués de un grupo de escritores ligados o cercanos al modernismo [...]. Estos lazos generalmente fueron poco duraderos [...]. Por otra parte, su presencia no era habitualmente bienvenida en el movimiento libertario, siempre desconfiado de las adhesiones fugaces y del protagonismo de los intelectuales: ‘En ellos no hay más realidad que el gran sombrero, la romántica melena y la corbata Lavallière. Nada más que exterioridades y exhibicionismo’ se sostenía desde un comité de relaciones de los grupos anarquistas, para agregar: ‘Son anarquistas porque no han podido ser otra cosa, porque siempre les había parecido que serlo no costaría más que decirlo’”. Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910*, Manantial, Buenos Aires, 2004, pp. 133-134.

ese clima de desconfianza generalizado dentro del anarquismo obrero contra los intelectuales de moda entonces puede ser la razón psicológica que explique la llamativa sobreactuación o exageración del antiintelectualismo de González Pacheco. Nuestro autor, consciente o no de ello, podría haber estado simplemente buscando diferenciarse de aquellos anarquistas *snoobs* y de ocasión.

Sea por lo que fuere, lo cierto es que el anarquismo de González Pacheco es acentuadamente antiintelectualista; más aún, irracionalista, diríamos. La categoría de lo burgués, antes que en términos económicos, es entendida en un sentido cultural, muy al estilo del modernismo literario de la época, pero de un modo tan amplio que queda prácticamente identificado con la razón y la cultura en general; la cultura y la razón, ya en sí mismas serían burguesas. Esto queda sugerido de manera bastante clara en textos como *Dolores o Intelectuales puros*. Y en *La igualdad pongo por caso...*, su tragicismo y su voluntarismo se conjugan explícitamente con su antiintelectualismo e irracionalismo. Ahí se nos dice que “son muy pocas las razones que nos ofrece esta vida que puedan determinarnos creyentes de otra mejor, más de acuerdo con los postulados del anarquismo” y que “no precisan grandes sumas de experiencia, ni muchos libros, para probarnos todo esto los escépticos”, pero que no obstante no hay que renunciar a la “difícil” tarea de introducir en el hombre “fe de combate en las entrañas, audacia bajo el cráneo y canciones de victoria en la boca”, aunque “nada, absolutamente, justifica nuestro ideal de igualdad”, pues “todo es burgués, privilegiado, y lo niega hoy”. Es decir, para González Pacheco, los valores e ideales anarquistas no tienen ninguna tradición teórica detrás ni conforman una doctrina social elaborada filosóficamente, sino que surgen espontáneamente de fuerzas vitales espontáneas: “Todo nos niega, según los libros que leen los que tanto saben. Pero es que ellos leen tan solo letras burguesas, con ojos aburguesados y tácitos. Por eso... Otros libros y otros ojos se precisan para leer anarquismo. Y otros valores también, más altos que esos con que nos aburren, hasta rendirnos los eruditos. El valor de la igualdad, pongo por caso, que no lo posee ninguno de cuantos por ahí lo niegan”.

Uno podría asumir que, en todo caso, nuestro autor podría dejar un lugar para una eventual cultura no burguesa, libre e igualitaria futura. Sin embargo, esta lectura sería incompatible con su concepción del fatalismo cíclico de la lucha entre oprimidos y opresores, lucha que, dado su antiintelectualismo, se puede traducir como un eterno y siempre resurgente enfrentamiento entre vida y cultura; y es en este sentido que, creemos, debe interpretarse un párrafo como el siguiente, tomado de su cartel dedicado a *Luisa Lallana*: “El pueblo es cosa más grande y más profunda que las más hondas y abarcadoras reflexiones de los sabios. Hay más estrellas en él que las que se ven con los telescopios, más misterios que los que pueden desvelar los poetas; más audacias libertarias que en todos los apóstoles futuristas. Hay en él lo que en nosotros: ¡el entusiasmo de la vida!”.

Pero González Pacheco no solo equipara la oposición “pueblo oprimido/burguesía opresora” a la oposición “vida/cultura”, sino que también las hace equivaler a la oposición “acción, rebeldía/reacción, preservación”. Por ello mismo, el anarquista, como hombre del pueblo oprimido, representante por excelencia de las fuerzas vitales, es esencialmente –según nos dice en *¡Anarquistas!*– “un hombre de batalla” para quien “la pelea es su juego: es la arena en que él destaca mejor su bravura fatal”. Es más: “Cuanto no sea la batalla le viene chico o le queda ridículo al anarquista. Vedlo en cenáculos de intelectuales o en tratativas de cualquier orden con los burgueses: un montañés con los pies encharolados o un arador con guantes no estaría más incómodo ni haría un papel más triste”. En este sentido, el anarquista solo puede existir en el marco de una sociedad opresora, o sea, en el marco de una cultura (cualquiera fuere esta), en lucha contra ella, como rebelde permanente, como la vida misma que busca romper los moldes culturales que recurrentemente la encorsetan. Si la Anarquía es el ideal buscado de una sociedad libre e igualitaria y el anarquismo es el movimiento hacia ese ideal; y si aquel ideal no es más que un horizonte que nunca se alcanza sino que solo sirve para motorizar un movimiento siempre cíclico y siempre el mismo, entonces, el anarquista no será nunca el hombre de la Anarquía, sino que será siempre el hombre del anarquismo, o sea, nunca será efectivamente el hombre de una futura sociedad libre e igualitaria, sino que será siempre y eternamente el hombre

rebelde alzado contra la también siempre y eterna opresión de la cultura, cualquiera fuere esta.

La conferencia de González Pacheco sobre *El sentido de la cultura* no deja dudas sobre su radical posición antiintelectualista. Es más, esa pieza retórica es casi un manifiesto teórico de rotundo antirracionalismo, donde el autor comienza distinguiendo dos maneras tajantemente opuestas de encarar las cosas políticas, religiosas y sociales: “desde la cátedra, como profesores, o desde la calle, como pueblo”. Si bien se admite como posible algún caso en que confluyan ambas actitudes en un solo hombre de sabiduría completa (y acá González Pacheco acaso esté pensando en Piotr Kropotkin), se subraya la excepcionalidad de ello. El mismo González Pacheco se excluye de toda excepcionalidad al respecto y dice pertenecer a la segunda categoría: la de “la calle y el pueblo”. Luego prosigue el discurso reafirmando que “la hasta hoy llamada cultura es una mutilación y no un robustecimiento de nuestra naturaleza”, idea que ya adelantamos recién al analizar algunos de sus carteles. Según el orador, la cultura de las cátedras oficiales u oficiosas no sirve para mover “a los pueblos hacia una rebelión, no de tapas y de letras, sino de fondo humano, hacia la justicia”, y nunca puede enseñar “más que aquello que conviene al Estado”. La cultura nada tiene que ver con la lucha revolucionaria, pues “esperar a hacerse cultos es perder la esperanza” y sin esperanza no puede haber lucha revolucionaria. Claro que el lector o el oyente más o menos *racional* (ya no digamos intelectual o culto) podría preguntarse, con todo derecho, cómo tener esperanza si todo es siempre cíclico y lo mismo. Pero una vez más, este tipo de objeciones ni inmutaría a nuestro anarquista criollo y vitalista; para él, “el hombre de la tierra” lo que espera “no es un literato, sino un revolucionario”, en tanto que, por el contrario, la cultura no puede ofrecer al oprimido más que “la cárcel, en un sentido u otro”, lo que quiere decir: o bien como animal domesticado, o bien como animal enjaulado.

Tal vez deberíamos atenuar su anticulturalismo dejando a salvo algunas esferas del arte, pues según él, el verdadero artista es respetado por el pueblo porque surge del dolor y de la desventura, y llamativamente pone a Nietzsche como ejemplo de tales artistas verdaderos (*El individuo en el arte*). En ¡Abajo el

burgués! González Pacheco nos dice que el arte, como cualquier folleto de propaganda, es un arma contra la explotación y la opresión, pues “es el pan del alma, el sueño sin el cual no hay vida humilde que aliente”, y que “nace del desinterés y solo pueden gozarlo los desinteresados”. Claro que no todo arte ni todo artista son auténticos; solo se los ama cuando se les exige “una responsabilidad social, un sentido orientador, una consciencia a sus causas y sus hechos” (*Los poetas*). Por lo demás, hay artes y artes; por ejemplo, en *Estatuas* se nos dice que la estatuaria fue siempre oficial y estatalista (por lo que no sería un arte auténtico), en tanto que el teatro —se nos dice en *Posición*— es el arte que está más cerca, adentro, del pueblo. Claro que no todo el teatro es bueno (o sea, Arte, según su definición), sino solo el que expresa “lo esencial” y “está escrito con la sangre y desde la sangre”. En su conferencia *Sobre el teatro* dice que ese es el teatro que querría hacer si antes no hubiera que hacer la gran obra de la sociedad. Entonces, pareciera que González Pacheco no solo opone arte a ciencia, sino que dentro de la misma esfera del arte, opone el Arte (el bueno como él lo entiende, propagandístico y visceral) al arte (el malo, como él también lo entiende, o sea, no comprometido y formalista).

Es natural, entonces, que el anarquismo comunista de González Pacheco se presente no solo libre de toda teorización o reflexión, sino incluso refractario a ellas. Para él, el comunismo anárquico “es un principio moral, fecundo y cálido, entonces, antes que un sistema inerte de economía política”. Eso nos dice en *Comunismo*, agregando: “¡Qué dialéctica, ni un *cornio!* Se llega a él como se llega a una gracia del espíritu: labrando en nuestros instintos hasta el día que nos brote, como a un áspero peñasco un rostro de santa o santo, un nimbo, una luz, un grito de simpatía social”. En *El programa* es más tajante todavía respecto de la simplicidad del programa libertario según él lo entiende y profesa: “solo un programa queremos: hervir aún más, hervir hasta quedarnos sin gota, hervir hasta volarnos de nuestros trébedes hechos campanas. Y astillarnos y rompemos llamando al pueblo a la libertad. Ese es nuestro programa. ¡El gran programa!”. Y aunque parezca más moderado o tímido en *De la igualdad*, en el fondo su posición antiintelectualista sigue siendo la misma: “No todo es sociología en el anarquismo. De ser así, no podrían ser anarquistas más que los

especializados en ese tema. Y no. Aparte lo que uno sepa y, aun mismo, lo que uno sienta, la anarquía también es una prolongación de ese instinto de igualdad presente en todos los núcleos sociales desde el principio del mundo”. Esta postura parece más sensata y acorde a la tradición anarquista de Proudhon, Bakunin, Kropotkin y Malatesta, o sea, que el anarquismo es a la vez producto de un sentido instintivo de rebeldía y libertad más la consciencia teórica y reflexiva sobre ello. Pero creemos que González Pacheco vuelve a exacerbarse de antiintelectualismo y antirracionalismo cuando agrega: “En mí es instinto. Independiente de cuanto pueda saber o sentir”.

En cuanto a la persona de los intelectuales en particular, González Pacheco excluye toda posibilidad de que puedan ser considerados como “compañeros”. En *Amigos y compañeros*, dice que, a lo sumo, el intelectual, artista o científico, puede ser amigo, de esos que a veces “bajan a nuestros locales a ilustrarnos sobre la revolución, de buena fe”, pero que nunca serán “compañeros nuestros”, pues ellos nunca piensan en pelear y siempre “están aparte y arriba”, no como los que “estamos abajo”. Pero incluso esa supuesta amistad con ciertos intelectuales, que nuestro autor admite en ese cartel, es ya descartada rotunda y llanamente en la conferencia titulada *Anarquismo*. Ahí se nos dice que el intelectual que se acerca al anarquismo es un “destacado” o un “advenedizo”, porque, o bien proviene “de la chusma” y solo “trae apetitos y astucia”, o bien proviene “de la burguesía” y solo trae “escepticismo y terror; no del físico, del cobarde, sino el del equilibrio frente al vehemente, el del control del espíritu frente al desenfreno del instinto”. En ambos casos, provenga de donde provenga, el intelectual, aunque se diga “amigo” del anarquismo, se presenta siempre como nefasto: “¿Quién habla de paz, entonces?... ¿Quién no ve que la tragedia no es la sangre o la barbarie que la Revolución desata o derrama, sino pararse frente a ella, escamotearle el destino y derivarla a futesas de oportunidad o cultura?... ¡Protestamos que puedan ser anarquistas!”. Es más, ni siquiera es un “amigo” en serio, sino algo peor: “No es un canalla descreído ni un adversario de la revolución, tampoco, sino algo peor: un amigo a medias. No la combate en sus fines ni en sus posibilidades para mañana; la discute hoy, negándonos la capacidad a nosotros”.

Y remata: “Vienen del conocimiento, que es lo estático, y no de la fe, que es lo dinámico; traen imposibles, cuando lo que hay que traer aquí son energías. Y no nos matan, no, pero convencen a muchos –¡a tantos!– de la inutilidad de todas nuestras atropelladas”.

Como se ve, nuevamente aparecen acá las oposiciones ya conocidas de nuestro autor, ahora bajo la forma “fe/conocimiento” o, lo que sería lo mismo, “lo dinámico/lo estático”. A esta altura, nos creemos habilitados para ordenar todas sus oposiciones en dos columnas contrapuestas:

Pueblo / Burguesía
Oprimidos / Opresores
Anarquismo / Estado
Vida / Cultura
Arte [el verdadero] / Ciencia
Acción / Preservación
Fe / Conocimiento
Instintos / Razón
Anarquista [el verdadero] / Intelectual [aunque se diga anarquista]

Es claro que estos sucesivos pares de opuestos no son meramente conceptuales, sino que conllevan una carga axiológica, valorativa digamos, donde los términos de la primera columna constituirían *lo bueno*, mientras que los términos de la segunda columna constituirían *lo malo*. Y no es menos claro que González Pacheco se ubica en la primera columna, de cuyos términos hace la apología. Ahora bien, aunque González Pacheco habla siempre de la personalidad o el carácter, y no de ideas o concepciones, creemos que puede resultar interesante comparar sus oposiciones con otras más características de la tradición anarquista.

En efecto, Mijail Bakunin también construye su concepción del anarquismo sobre dicotomías que son a la vez conceptuales y axiológicas. Al leer sus principales obras teóricas, como *Dios y el Estado*, o *Socialismo, federalismo, antiteologismo*, o *Consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino*, no resulta difícil

extraer los sucesivos pares de opuestos que de modo bastante explícito articulan su concepción libertaria²⁵. Más o menos, podrían esquematizarse en las siguientes dos columnas:

Materialismo filosófico / Idealismo filosófico
Cosmovisión monista / Cosmovisión dualista
Ciencia / Religión
Razón / Fe [superstición]
Hombre / Dios (“fantasma divino”)
Anarquía / Estado
Libertad / Autoridad
Igualdad / Explotación
Orden de abajo a arriba / Orden de arriba abajo

Bueno, hay muchas otras oposiciones concatenadas en el pensamiento de Bakunin (v. gr. inmanencia/trascendencia; federalismo/centralismo; etc.). Pero esas dos columnas bastan para nuestro propósito, que es mostrar la distancia que hay entre la idea bakuniana del anarquismo y la de González Pacheco, al margen de la admiración personal que el anarquista criollo profesa por el ruso. En las dicotomías de Bakunin también la carga valorativa positiva se encuentra en la primera columna, en las que se ubica el propio pensador revolucionario. Sin embargo, si comparamos ambos sistemas categoriales, veremos inmediatamente la fundamental e insalvable diferencia entre la visión del anarquismo que tienen uno y otro. Si bien es cierto, como dijimos, que González Pacheco habla de la personalidad anarquista, en tanto que Bakunin habla del pensamiento y la filosofía del anarquismo y la Anarquía, es innegable la visión diametralmente opuesta que cada uno tiene de la razón, la ciencia y el conocimiento. Es cierto que Bakunin también rechaza la utopía autoritaria de un posible gobierno de los sabios o de los científicos (si no lo hiciera no sería anarquista), pero nunca cae en el error de confundir el intelecto, la ciencia o la razón con los intelectuales, los científicos o los pensadores, y mucho menos con

²⁵ Cf. Mijail Bakunin, M., *Dios y el Estado*. Altamira, Buenos Aires, 2000; y *Obras*, Vol. III (incluye: *Federalismo, socialismo y antiteologismo* y *Consideraciones filosóficas*). Júcar, Madrid, 1977.

todos los intelectuales, todos los científicos o todos los pensadores. Y lo mismo podríamos decir de Proudhon (quien apenas aparece mencionado una sola vez y marginalmente en los carteles), de Kropotkin o de Malatesta. Una vez más constatamos acá que el anarquismo de González Pacheco no pasa de ser, en términos teóricos (por lo demás, muy discutibles), más que una simple apología hiperbólica, retórica y entusiasta del carácter individual rebelde, vitalista e irracionalista; y por ello mismo —como decíamos en el punto 2 de este ensayo— no puede o no quiere ver en ninguna de las grandes figuras fundadoras del pensamiento anarquista más que sus personalidades desbordantes, dejando de lado todas sus ricas contribuciones al pensamiento social y a la filosofía política universal.

8. Idealismo

Aunque a esta altura de nuestro ensayo ya no sería necesario decirlo, aclaremos sin embargo, para evitar cualquier confusión a un lector descuidado, que cuando hablamos del idealismo de González Pacheco no lo hacemos en ningún sentido que lo vincule a los sistemas filosóficos racionalistas o dialécticos como los del idealismo trascendental kantiano o los del idealismo absoluto hegeliano. Nada más lejos de ellos que los escritos de nuestro anarquista vitalista y antiintelectualista.

Si hablamos del “idealismo” de González Pacheco, simplemente lo hacemos usando el término en su sentido vulgar o popular, digamos, tal como se difundió en toda América Latina a principios del siglo xx y que genéricamente podríamos considerar como una reacción de lirismo espiritual contra el sensualismo, el utilitarismo y el positivismo dominantes en el siglo anterior. También se le llamó “arielismo”, tomando como referencia al *Ariel*, influyente libro que el autor uruguayo José E. Rodó publicó en 1900. Y en esa misma línea de lirismo espiritual se puede ubicar al viraje que dio José Ingenieros en su pensamiento a partir de la publicación de *El hombre mediocre* en 1913, libro que también tuvo gran influencia en toda Latinoamérica. Tanto *Ariel* como *El hombre mediocre* están dirigidos a la juventud, donde la idea de juventud debe entenderse tanto en su sentido

biológico como en un sentido anímico independiente de lo biológico; es decir, debe entenderse en un sentido deliberadamente ambiguo en que lo juvenil resulta asociado a la abnegación personal por un ideal superior que embellece, distingue y ennoblece la existencia del individuo que lo abraza. De ese modo, y con una prosa lírica, encendida y esteticista, aquellos textos sugieren que la juventud (la verdadera) es siempre idealista, y el idealismo (no importa la edad que se tenga) es siempre juventud.

Los *Carteles* de González Pacheco acaso no reúnan todas las características del arielismo, pero sí ostentan algunos de sus rasgos sobresalientes; específicamente: el idealismo (en el sentido popular, no académico, del término), el juvenilismo y la ya señalada vaga simbiosis entre ambos. Claro que estos rasgos aparecen en Pacheco bajo la peculiaridad que le brinda su posicionamiento como anarquista, de manera que por momentos será el temperamento anarquista el representante por excelencia de esa simbiosis conceptual. No obstante, nosotros trataremos de presentar por separado ambos aspectos del anarquismo pachequeano: acá veremos solo algunos aspectos de su idealismo, y luego, en el punto siguiente, diremos algo sobre su juvenilismo.

En *¡Salud a la libertad!*, González Pacheco define al ideal como la suma de una idea y un sentimiento. Esta es la única definición más o menos precisa que podemos encontrar en sus textos y está en completa sintonía con su profesado antiintelectualismo; en efecto, mientras que el intelectual hace de la idea solo cultura, sin hacer avanzar la conducta de nadie y divorciando lo psíquico de lo cultural, la superioridad del anarquista sobre aquel radicaría precisamente en el sentimiento: su idea es “por sobre todo, *ideal*: vida sentimental íntimamente exquisita”.

Al margen de esa aislada definición explícita, la caracterización del “ideal” en general se hace siempre de modo esteticista, retórico, metafórico. “Y si el Ideal es un arma, nosotros, los idealistas, hemos de entrar en la vida como en campaña; peleando para adelante. La paz es para mañana. Para pasado mañana.” (*La guerra*). “Los hombres con un ideal somos como pies oscuros que llevarán una estatua resplandeciente al sol, cuesta arriba. ¡Más alto, más lejos siempre!” (*Jornadas*). “Todo ideal es un encantamiento. No hay vida intensa sino dentro de esa atmósfera bravía o melancólica. El que tiene un encanto, tiene un secreto. Y este

es quien talla y ahonda su expresión de vena llena y fecunda; de ser, que hasta después de la muerte, estará presente y vivo entre sus compañeros de idealismo. ¡Siempre, siempre!” (*¡Siempre!*). Y el “ideal” no es solo presentado sucesivamente como un “arma”, una “estatua resplandeciente” o un “encantamiento”: en *El pensamiento anarquista* es considerado un “fuego encendido”; en *Los Caminos* es “senda”; en *Acción directa* es “herramienta”; en *¡Cumbres, cumbres, compañeros!* es “pico montañoso que se eleva al cielo”; en *Tierra arada* es “campo labrado”; en *En marcha* es “isla surgida en el agua”; en *¡A pulso, a puños!* es “vida empuñada”; en *Ideas son triunfo* es precisamente eso: “triunfo”; en *Compañero, mi compañero* es “cuasi locura”; en otras ocasiones el ideal es “un viajero” o un “tren que marcha entre los prejuicios” (*El Viajero* y *La docta Córdoba*, respectivamente). En fin, el etcétera es larguísimo.

Eso en cuanto al “ideal” en general. En cuanto al ideal anarquista en particular, González Pacheco lo expone frecuentemente con un lenguaje de claras connotaciones religiosas. Por ejemplo, en *El pensamiento anarquista* nos dice que “la exaltación es lo actual. Es el deseo de proselitismo sofocado; agua que se derrama del vaso. Siempre una nota de fuerza, un aire vivo, igual que ese que desatan, sobre las letras inertes y el bloque frío, los artistas superiores”. Y también nos advierte ahí que “el anarquismo requiere de esos estados de las consciencias ahora. Si ha de invadir los dominios de la vida, necesita sacudirla y exaltarla. Sacudirse y exaltarse”. En el cartel *En marcha* nos describe la tarea anarquista como una suerte de peregrinación existencial, austera, marcial y sufrida (casi una mezcla de peregrinación y cruzada podríamos inferir): “La anarquía es una marcha. Marcha que hace el anarquista, peleando contra un sistema, que le resiste peleando. *Marcha* sin paz. Marcha, y no por las alturas, y a la vista de los tontos que vitorean desde el llano; sino abajo y por cañadas que solo dolor arrastran. Marcha sin gloria. *Marcha* que no lleva ni a patrón, ni a gobernante, ni a obispo; a nada que explote a nadie. Marcha sin plata. ¡*Marcha*, sí! Marcha del hombre que sabe hacia dónde marcha”. En *A Sacco y Vanzetti, nuestro saludo* vemos una vez más la ponderación de la fe: “Lo mejor de los hombres es su coraje y su fe: aquel es manto que arropa a los que tiemblan; esta es sandalia para los pies llagados”.

En *¡Hoy en las calles!* podemos encontrar una apología del martirio asociada a una suerte de peculiar resurrección alegórica: “¿Qué muerte más gloriosa que morir en el seno del combate, rodeado por el formidable estrépito del proletariado universal peleando?... Sería nacer para ellos. Y para nosotros”. Y en *Ellas* la esperanza religiosa es equiparada a la esperanza revolucionaria, de tal modo que casi no habría diferencia de forma entre un cura y un anarquista: “Una esperanza se necesita siempre. La predica el fraile, la despertamos nosotros. Dios, la justicia”.

Palabras y conceptos claramente teológicos, como “exaltación” o como “fe”; o figuras de evidente sentido religioso, como “marcha”, que tal como la emplea nuestro autor parece evocar la idea de iglesia peregrina en la Tierra, o como “muerte gloriosa” y “resurgimiento”, que evocan las nociones cristianas de martirio y resurrección; en fin, todo este vocabulario, según parece, nos remite a una asimilación entre el idealismo anarquista de González Pacheco y la vivencia religiosa profunda y mística de algunos santos, anacoretas y mártires cristianos. De hecho, así lo dice expresamente en *Ellas*: “Pensad qué sería de vosotros, católicos o anarquistas, si os borrarán del oriente a que marcháis tanteando, esos locos de destellos inefables que os iluminan de vez en cuando la senda. Dios, la justicia. La mano que os tachara eso, os tacharía también a vosotros de la tierra; os rasaría del suelo para aventaros, bestias aullantes, alimañas asustadas, otra vez a la caverna, al pantano, a la roca originaria”.

También, en el cartel *Revolución social*, González Pacheco habla de “rezo” por la revolución redentora que habrá de llegar. Y en *Nidos de bombas* es evidente el símil entre la buena nueva cristiana con la buena nueva anarquista que vendría a romper la postulada circularidad del tiempo histórico. Y la idea religiosa de la “buena nueva” aparece nuevamente bien explícita en *Cartas mojadas*. En el mismo sentido, la esperanza es para González Pacheco lo que define al hombre, lo que siempre queda y nunca muere (ver el cartel *Esperanza*). Incluso, por momentos algunos de sus carteles adquieren una fuerte tonalidad panteísta de carácter místico, como en *Tierra arada* y, más terminantemente, en *Madre tierra*, donde escribe: “Cada vez que salgo al campo, oro, así, así arrodillo mi espíritu y rezo. Claro que, como al

poeta de Asunción Silva, tampoco a mí me ha contestado nada hasta ahora la tierra. Ni me preocupa”.

En resumidas cuentas –creemos– este vocabulario religioso que emplea González Pacheco de modo consciente, a pesar de su profesado ateísmo y anticlericalismo, muestra que concibe al anarquismo en términos religiosos o cuasi religiosos, pero en todo caso, claramente místicos. Su idealismo es, en realidad, un misticismo, muy en línea con su antiintelectualismo y anti-racionalismo. Por eso decíamos al comienzo de este apartado que su idealismo no puede estar más alejado de los idealismos filosóficos, sean estos de tipo kantiano o hegeliano. No obstante, tiene algo en común con ellos. En efecto, llamativamente, González Pacheco es una clara muestra de aquello contra lo que advertía en sus obras teóricas su admirado Mijail Bakunin: el carácter religioso y místico de todo idealismo, sea académico o popular²⁶. Solo que en el idealismo académico ese carácter religioso o místico suele estar oculto en lo profundo de la prosa filosófica, mientras que en el idealismo popular está en la superficie del propio discurso y a la vista y oídos de todos.

En este sentido, llama la atención que González Pacheco invoque la autoridad de Bakunin para impugnar al marxismo por sus pretensiones científicas. Llamativamente, en un cartel titulado *Los marxistas* (y en otro titulado *Asesinaron a Trotsky*), nuestro autor niega que el aspecto autoritario del marxismo provenga de su inconsciente trasfondo religioso mesiánico, sino que lo atribuye a sus pretensiones científicas y sociológicas. Y para ello cita una supuesta frase de Bakunin dirigida a Marx: “Tú sabes más que yo, pero yo soy más revolucionario”. Desconocemos si esta frase es cierta y, en todo caso, no sabemos de dónde la toma González Pacheco, pues no consigna referencia alguna. Pero creemos que desde un punto de vista doctrinario, su posición amerita algunos comentarios.

Primero que nada, no puede negarse que su posición no sea coherente con su declarado antiintelectualismo. Sin embargo, es totalmente incorrecta en cuando al pensamiento del anarquista ruso que tanto admira, pues Bakunin no era un detractor

²⁶ Al respecto, pueden verse una vez más los textos ya citados de Mijail Bakunin: *Dios y el Estado* (ed. cit.), *Federalismo, socialismo y antiteologismo*, y *Consideraciones filosóficas* (los dos últimos títulos en *Obras*, Vol III, ed. cit.).

del pensamiento científico, sino todo lo contrario. Es cierto que Bakunin advierte contra la idea de un hipotético gobierno de los científicos, pero nunca confunde, como hace González Pacheco, a las ideas con las personas, o sea, en este caso, a la ciencia con los científicos. Por su tendencia a resolver todo reduciéndolo al carácter de las personas, no puede sorprender que nuestro anarquista criollo admire la personalidad de Bakunin y desatienda su pensamiento, como no puede tampoco sorprender que en su rechazo a la pedantería de los intelectuales o de los científicos rechace a la vez a la racionalidad y a la ciencia.

En efecto, y en segundo lugar, lo cierto es que Bakunin, como toda la tradición anarquista del siglo XIX de la que se nutrió parte considerable del pensamiento sociológico naciente, lo que impugnaba del marxismo no era su carácter científico, sino sus pretensiones de tenerlo, es decir: su utilización de un lenguaje científico para encubrir un trasfondo mesiánico, religioso y, por ende, autoritario. Y es precisamente Mijail Bakunin quien más ha insistido en la tesis de que el prejuicio mismo de autoridad tiene sus raíces en la misma idea de Dios, y que el origen mismo de la institución gubernativa y estatal es religioso; en tanto que todo progreso de la razón humana ha consistido en ir corroyendo ulteriormente ese prejuicio y esa institución. Y en esto, Bakunin no hace otra cosa que continuar, radicalizándolas, tesis que ya se pueden encontrar en Pierre Joseph Proudhon, el iniciador del anarquismo como corriente teórica y a quien González Pacheco, no sabemos por qué, nunca menciona en sus carteles.

No queremos profundizar más en este asunto, que nos llevaría a la importante y candente cuestión del carácter teológico secularizado, no solo de los conceptos, sino también de las prácticas de la política moderna.²⁷ Simplemente queremos subrayar que, a diferencia de lo que dice González Pacheco, lo que el anarquismo le ha criticado desde siempre al marxismo, no son sus análisis sociológicos ni económicos, sino sus resabios religiosos inconscientes encubiertos que lo llevaban a justificar estrategias políticas y estatistas de acción. Al respecto, recordemos rápidamente la

²⁷ Para una presentación más o menos panorámica y apretada del tema, nos tomamos la libertad de remitir a Aníbal D'Auria, *El hombre, Dios y el Estado. Una contribución en torno a la cuestión de la teología-política*. Libros de Anarres, Buenos Aires, 2014.

advertencia temprana que Proudhon le hacía ya a un Marx todavía desconocido por el gran público. El 17 de mayo de 1846, Proudhon le escribía a Marx desde Lyon: “Busquemos juntos, si usted quiere, las leyes de la sociedad, el modo como se realizan esas leyes, el progreso según el cual llegamos a descubrirlas; pero, ¡por Dios! Después de haber demolido todos los dogmatismos a priori, no caigamos en la contradicción de su compatriota Martín Lutero, el cual, después de haber derrocado a la teología católica, se puso de inmediato, con grandes esfuerzos de excomuniones y de anatemas, a fundar una teología protestante. [...] Aplaudo de todo corazón su pensamiento de producir un día todas las opiniones; hagamos una buena y leal polémica; demos al mundo el ejemplo de una tolerancia sabia y previsoras, pero, por estar a la cabeza del movimiento, no nos hagamos jefes de una nueva intolerancia, no nos figuremos apóstoles de una nueva religión, aunque esa religión sea la de la lógica, la religión de la razón”.²⁸

Es cierto (ya lo dijimos) que Proudhon no parece ocupar ningún lugar de importancia entre los anarquistas que González Pacheco hace “suyos” en la colección de carteles titulada *Los míos*. Por eso, para concluir este apartado, tal vez no esté de más una referencia a Bakunin, el admirado anarquista ruso de González Pacheco, que sostenía ideas similares a Proudhon en este punto, o sea, muy diferentes de las que el anarquista argentino parece atribuirle al citarlo en su interpretación crítica del marxismo.

Tras la ruptura de la Primera Internacional de Trabajadores, entre noviembre y diciembre de 1872 Bakunin redacta su “Escrito contra Marx”, importante pieza del ideario anarquista donde se leen pasajes como los siguientes: “La Internacional no admite *censura* ni *verdad oficial* en cuyo nombre pudiera ser ejecutada esa censura; no las admite, porque nunca hasta ahora se presentó como Iglesia ni como Estado, y precisamente porque no lo hizo ha podido asombrar al mundo con la rapidez increíble de su expansión y de su desarrollo”. Es decir, Bakunin

²⁸ Esta carta de Proudhon a Marx puede leerse completa en la introducción de Diego Abad de Santillán a Pierre J. Proudhon, *Sistema de las contradicciones económicas. O Filosofía de la miseria*. Editorial Americalee, Buenos Aires, 1945, pp. 13-15. Esa introducción de Abad de Santillán lleva por título “Algunos materiales acerca de las relaciones de Proudhon y Marx”.

interpreta aquí, como siempre hizo en todos sus escritos, al Estado como un sucedáneo de la Iglesia y al patriotismo como un sucedáneo de la religión. Luego afirma que “no puede haber, por ejemplo, filosofía seria que no tome como punto de partida, no positivo sino *negativo* (convertido históricamente en necesario, en tanto que negación de los absurdos teológicos y metafísicos), al *ateísmo*”, pero que sin embargo ni siquiera esa modesta definición teórica y filosófica podía ponerse como dogma de la Asociación Internacional de Trabajadores: “¿Pero alguien puede creer que si se hubiese inscrito esta simple palabra, “ateísmo”, en la bandera de la Internacional, esta asociación hubiera podido reunir en su seno siquiera unos cientos de miles de adherentes?”. Fue gracias a la amplitud y pluralismo teórico y a la elusión de toda ambición política de gobierno que “a la llamada para la lucha económica, acudieron masas de trabajadores de diferentes países para alinearse bajo la bandera de la Internacional”. Pero Marx quiso darle a la organización una ortodoxia política, como un dogma religioso, lo que constituía un motivo de espanto para los trabajadores revolucionarios asociados: “Y Marx se imaginó que iban a quedarse, e incluso que iban a acudir en cantidades aún más formidables, cuando como nuevo Moisés, inscribiera sobre nuestra bandera las expresiones de su decálogo político, en el programa oficial y obligatorio de la Internacional”. Para Bakunin, si ya hubiera sido perjudicial darle a la organización una seria base filosófica fundada en el ateísmo, mucho más lo era, como Marx pretendía, darle un programa político estatalista, pues “el Estado, como la Iglesia, por su misma naturaleza, es un gran sacrificador de hombres vivos” y “para que esta abstracción omnívora pueda imponerse a millones de hombres, es preciso que sea representada y sostenida por un ser real, por una fuerza viva. Pues bien, esta fuerza viva, siempre ha existido. En la Iglesia se llama clero, y en el Estado, clase dominante y gobernante”. En el Estado popular profesado por Marx, –sigue diciendo Bakunin– por popular que fuese, seguirá habiendo una clase privilegiada: la de los gobernantes, cuyo poder será mucho mayor que el del Estado burgués, porque ya “no se contentará con gobernar y administrar a las masas políticamente, como hoy lo hacen todos los gobiernos, sino que administrará económicamente”. Por lo tanto, en ese Estado

popular marxista habrá, como en todo Estado, pero peor aún que en el Estado burgués, opresión, fantasmagorías ideológicas, policía, fuerzas militares y represión. Por ello, concluye Bakunin, “que a fin de cuentas el Estado popular, tan recomendado por Marx, y el Estado aristocrático-monárquico mantenido con tanta habilidad como poder por Bismarck, se identifican completamente por la naturaleza de su fin, tanto interior como exterior”.²⁹

En conclusión: González Pacheco sostiene que el autoritarismo marxista proviene de su carácter intelectual y científico, a la vez que niega que provenga de una teología-política mesiánica subyacente. Tiene derecho a opinar así (aunque no lo demuestre ni brinde un solo argumento al respecto); pero no tiene derecho a citar a Bakunin en favor de su tesis. Como se ve en las largas citas transcritas de Proudhon y de Bakunin, lo que ambos grandes teóricos del anarquismo criticaban de Marx y de su posición no eran sus análisis científicos, tanto sociológicos como económicos, sino precisamente lo contrario: el dogmatismo cuasi teológico recubierto de un vocabulario pretendidamente científico, con que Marx pretendía justificar su programa político de conquista del poder estatal. Para Bakunin, como para Proudhon, todo autoritarismo político, incluido el marxista, hunde sus raíces en alguna fantasmagoría religiosa, sea esta consciente o no, secularizada o no. Ni Proudhon ni Bakunin (y mucho menos Kropotkin) eran refractarios a la ciencia, sino, en todo caso, a su falsificación ideológica con fines políticos de dominación o explotación. De hecho, el anarquismo, como el socialismo en general, son hijos del materialismo filosófico antiidealista del siglo XIX. Y si como decíamos al principio de este apartado, el idealismo arielista de González Pacheco se halla muy lejos de los idealismos académicos kantiano o hegeliano, mucho más alejado se encuentra del materialismo filosófico de Bakunin.

²⁹ Mijail Bakunin, “Escrito contra Marx”, en *Estatismo y anarquía. Selección de textos*. Colección Austral, Madrid, 1998, p. 321 y ss.

9. Juvenilismo

El juvenilismo es otro aspecto presente en muchos de los carteles de González Pacheco, y es este otro rasgo característico del arielismo de su tiempo. En este sentido, la juventud se halla siempre asociada a la rebeldía, al desinterés, al coraje, al idealismo y al genio. Por eso, cuando nuestro autor escribe en *Hachas de piedra* que “La razón es de los jóvenes”, ello no debe entenderse como que los jóvenes son racionales, sino que su actitud de entrega desinteresada a un ideal es el modo de vida correcto para todo hombre que se precie de tal.

Acaso el cartel donde ese juvenilismo aparece con mayor nitidez sea uno que lleva por título *Muchachos*: “Y si es bella la juventud porque se da y se siembra, más bella es cuando se alza a un ideal de justicia y aparece entre los viejos para imponer sus sueños, edificar sus quimeras. Entonces completa en sí el sentido de la vida, porque une al candor la audacia, a la ternura el empuje. Podrán doblarla o batirla, pero su paso se queda como un rastro de perfumes y de cantos”. Es decir, la juventud entregada a un ideal justo aún en ella la inocencia y el coraje; aunque fracase en sus anhelos, siempre deja su huella, como un aroma o una música que perdura tras la ausencia. Es más, en esa unión de “candor y audacia”, que es la juventud, radica la genialidad misma: “¿Qué otra cosa son los genios más que niños grandes, muchachos viejos? Creen en todo lo noble y salvan de un vuelo todo lo feo. Asimilan como las plantas todo y se vuelven flores. ¿Y en quién pondremos los ojos si no es en ellos?”. Una vez más presenciamos un recurso retórico esteticista donde los conceptos se resignifican por sutiles deslizamientos semánticos: juventud más ideal de justicia equivale a candor más audacia, que a su vez equivale a personalidad del genio, que a su vez es belleza, lucha y sueños: “Muchachos, muchachos: atropellad al destino, guerread la sombra, daos besos o pegaos por lo que creáis bueno o malo. Haced, intentad hacer a vuestra imagen y semejanza la vida. Eso es ser jóvenes”. Y por último, ser joven es no ser mediocre, seco ni estéril: “No temáis soñar de más, ser demasiado locos o audaces. Mirad alrededor, qué triste, estéril, cobarde es todo. Empapadle vuestros alientos, voltead vuestros frescos puños sobre tanta cosa seca: textos, conciencias, costumbres. Sacudid a los que duermen y a los que velan; todos son viejos. Sembrados, sin tasa ni previsión, a voleo.

Hay que renovar la tierra esclava y burguesa, con cantos y hechos subversivos y anárquicos, muchachos. ¡Muchachos!”.

En los habituales esquemas dicotómicos de González Pacheco, es natural que, en simétrica oposición a la juventud, la vejez resulte asociada a la aburrida cordura, al nihilismo, al escepticismo, a la prudencia, a la falta de lirismo, a la falsa sabiduría, al cinismo, al desencanto, al pesimismo. Así se lo hace en el cartel titulado *La mueca póstuma*, donde también las ideas de juventud y de vejez quedan liberadas de la edad cronológica del individuo: “Y envejecidos son, tengan veinte años o cien, los que tocaron la nada en todo. Son osamentas”.

Todo este complejo juego semántico es algo confuso, pero no difícil de desenredar. En principio, según nuestro autor, la juventud (en sentido biológico) es bella, pero esa belleza que le es propia se acrecienta cuando el joven abraza algún ideal de justicia natural, cosa frecuente entre los jóvenes. Pero aún ya superada la etapa biológica de la juventud, es posible seguir pensando y actuando como joven, o sea, se puede seguir siendo joven anímicamente, sintiendo “noble envidia” por quienes aún inician su lucha. Así, al menos parece entenderse el siguiente pasaje de *Yo también tuve veinte años*: “Entonces, lo juvenil en nosotros se reduce a esto: a la firmeza o a la audacia de la acción o el pensamiento. Y si el que piensa o acciona juvenilmente es un joven, mejor todavía: más lindo. Aunque me golpee o me niegue, a mí, más que amargura o dolor, me produce noble envidia: me revuelca, pero sobre mis nostalgias. —¡Ah chiquito! ¡Yo también tuve veinte años!”.

Entonces, para pasar en blanco todo esto, digamos que pueden diferenciarse al menos tres sentidos en que González Pacheco emplea el término “juventud”. En primer lugar, obviamente, está el sentido literal biológico, pongamos por caso la etapa de vida que llega a su punto de esplendor a los veinte años de edad. Pero, en segundo lugar, está el sentido enfático, o sea, esa misma juventud que actúa abrazando algún ideal de justicia, que es lo que siempre ha de esperarse de los jóvenes. Y en tercer lugar, está el sentido metafórico, referido a quienes ya hace tiempo pasaron los veinte años de edad pero siguen “pensando y accionando juvenilmente”, es decir, aferrados a su rebeldía y a su fe en un ideal de justicia.

Pero aún no hemos hablado de la relación entre anarquismo y juventud en González Pacheco. Hemos visto que en el sentido enfático, la juventud se caracteriza por su rebeldía y su fe en un ideal de justicia, pero este ideal es todavía inespecífico, genérico. Los jóvenes pueden errar en su elección del ideal, lo que muchas veces significaría la malversación de la juventud misma, su desperdicio. Es decir, si bien para González Pacheco la juventud, en el sentido enfático, es valiosa en sí misma, también se cuida de no anteponerla nunca al anarquismo ni elevarla por encima de él. Más bien es al revés: para González Pacheco, cuando la juventud se pone al servicio de un supuesto ideal de justicia que no sea el anarquista, “solo puede servir al tiburón demagogo y al clasista camaleón”. En efecto, en *Yo también tuve veinte años*, nuestro autor les dice a los jóvenes: “Estáis para la anarquía, que es un ideal y un sentido, y no una edad o un enjuague. Estáis para el anarquismo, que debéis hacer más fuerte, más audaz y más rotundo si es que, de verdad, sois jóvenes. ¡Para esto tenéis que estar!”. O sea: no se trata que los jóvenes “pesquen lo que caiga” como ideal a abrazar; no es lo mismo hacerse anarquistas que volverse instrumentos de demagogos y clasistas, y esto es lo que pasa cuando los jóvenes “pescan pejecitos” como el socialismo, el bolchevismo o el catolicismo, en vez de abrazar el enorme y sublime ideal de la Anarquía.

González Pacheco nos da sus ejemplos modélicos del marriage entre juventud y anarquismo (de jóvenes anarquistas, digamos), tanto en el sentido que hemos llamado enfático como en el que hemos denominado metafórico. En el primer sentido, ejemplo arquetípico es Simón Radowitzky, “niño héroe y primer novio de la anarquía” (*Radowitzky*), pero también lo es aquel otro niño héroe anónimo del que se nos habla en *El héroe*, y que, ajeno a toda especulación de estrategia bélica y con la bandera en alto, saltó de la barricada y determinó la victoria en un enfrentamiento en Barcelona. Y en el otro extremo, es decir, en el sentido metafórico de juventud, el ejemplo arquetípico es León Tolstoy, “el viejo de corazón infantil”, pero también lo son aquellos pocos viejos anarquistas que van quedando, pero que se “emocionan” porque entienden que ha sido “de sus manos” que “nuestra juventud se echó a volar” (*Los viejos nuestros*).

10. Criollismo

En Argentina, el criollismo fue una suerte de movimiento cultural y literario con orígenes en el siglo XIX y que tuvo influencia hasta las primeras décadas del siglo XX. Probablemente tuvo su nacimiento en las novelas gauchescas policiales de Eduardo Gutiérrez, y especialmente en su *Juan Moreira*, que del folletín pasó al circo y adquirió enorme popularidad incluso entre los sectores iletrados. En su famoso estudio sobre el tema, Adolfo Prieto atribuye el criollismo a diversos factores. El primero es la atracción elegíaca que ejercía el mundo gaucho, todavía vivo pero en vías de rápida desaparición, y la angustia que generaba la modernización en marcha. Un segundo factor apuntado por Prieto fue la necesidad de las masas de inmigrantes de integrarse a su nuevo ambiente cultural y adquirir un sentido de nacionalidad argentina. Y un tercer factor fue el interés de las mismas élites patricias por resaltar su propia legitimidad criolla frente a los elementos extranjeros advenedizos que traían consigo la protesta social y las ideas internacionalistas.³⁰

Parece obvio que el criollismo de González Pacheco no puede ser explicado por ninguno de los dos últimos motivos. Sin embargo, acaso sí se relacione con el primero. Pero sobre todo, creemos que es un rasgo propio de su personalidad auténticamente criolla, y además creemos que es un rasgo de lo que antes hemos denominado su “anarquismo idiosincrásico”. En todo caso, cuando hablamos de su criollismo, solo queremos significar dos cosas. Una, que opera en sus escritos una reelaboración de la figura del gaucho y de su mundo en clave ideológica: libertaria-anarquista, en su caso. Y la otra, que su estilo discursivo está poblado de giros populares gauchescos. Ambos rasgos lo aproximan a su contemporáneo, también anarquista, Luis Woolands (alias Juan Crusao), autor del folleto libertario *Carta gaucha* (1922).³¹

³⁰ Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 2006.

³¹ El texto de Juan Crusao, “Carta Gaucha”, puede encontrarse en la compilación de folletos anarquistas incluida en el trabajo realizado por el Grupo de Estudio sobre el Anarquismo, *El anarquismo frente al derecho*. Colección Utopía Libertaria, Libros de Anarres, Buenos Aires 2007, pp. 255 y ss.

El criollismo rioplatense construyó diversas imágenes ideológicas, estilizaciones digamos, del mundo y la vida del gaucho. En líneas muy generales, y a riesgo de resultar algo esquemáticos, aunque no equivocados, podríamos decir que al menos hay tres principales. La primera fue la que podemos llamar popular o “moreirista”, centrada en la imagen del gaucho valiente y arisco, capaz de enfrentar él solo a partidas enteras de “milicos”, pero también matón profesional al servicio de los aparatos políticos; el gaucho como individuo rebelde, pero con un pie en el delito y otro pie en la vida política como recursos ambos de supervivencia. Su figura arquetípica fue la de Juan Moreira, legendario gaucho malevo, cuya vida real fue novelada por el exitoso folletín de Eduardo Gutiérrez y popularizada luego a través de la representación teatral en el circo criollo de los hermanos Podestá. La segunda construcción ideológica del gaucho es la que podemos llamar lugoniana, reaccionaria o nacionalista, y también podemos decir que surgió en parte como reacción contra la anterior. Esta versión reaccionaria del gaucho lo presenta como el símbolo de los valores más elevados y nobles de la nacionalidad, inspiradores del famoso poema del siglo XIX, *Martín Fierro*, del estanciero federal José Hernández. Hacia 1912, Leopoldo Lugones consideraba amenazados los supuestos valores principales de la argentinidad, tanto por la democratización del sistema electoral alentada por el presidente Sáenz Peña y la posibilidad cierta de que la popular Unión Cívica Radical accediera al gobierno, como por las ideas internacionalistas y revolucionarias que proliferaban por entonces entre las masas inmigrantes y que ya se extendían también entre algunos sectores criollos. Esta segunda construcción ideológica del gaucho, como decíamos, toma como arquetipo al gaucho del poema hernandiano, obra elevada a la categoría de “libro nacional” por Leopoldo Lugones en 1912 en unas famosas conferencias que luego se publicaron bajo el título de *El payador*.

Desde el anarquismo también hubo una construcción ideológica del gaucho, y esta sería la tercer versión, no tan exitosa en su momento como la primera, ni tan perdurable en el tiempo como la segunda. Si bien en este caso el material es más escaso y disperso, creemos que la imagen anarquista del

gaucho, es decir, la estilización de su mundo y de su vida en clave anarquista, se encuentra mejor sintetizada en la *Carta gaucha* de Luis Woolands, alias Juan Crusao. Claro que en esta construcción anarquista del gaucho y su mundo hay alguna referencia aislada a Fierro como víctima y perseguido del Estado, pero el discurso de fondo de este texto es radicalmente diferente, opuesto en verdad, al del poema de José Hernández. Dicho esto, es natural que la visión del mundo gaucho de González Pacheco sea similar a la de Woolands, a pesar de la forzada interpretación libertaria que nuestro autor ofrece de José Hernández y de su poema gauchesco.

En el punto 5 de este ensayo, al hablar del esteticismo de González Pacheco, ya nos hemos referido a la original pero forzada interpretación que González Pacheco hace del “hacendado legislador” José Hernández, como la encarnación del propio gaucho Cruz del poema, es decir: según González Pacheco, tanto José Hernández como su personaje, el sargento Cruz, serían hombres que en medio de la lucha cambiaron de bando para ponerse del lado de los oprimidos y perseguidos. Al margen de esta sorprendente lectura que pretende ver un justiciero en un estanciero que se lamenta por la pérdida de mano de obra, lo cierto es que si se compara la visión del mundo gaucho de González Pacheco con la de Luis Woolands, se ve fácilmente que ambas no solo coinciden entre sí, sino que son diametralmente opuestas a los valores e ideas que pretende transmitir el famoso poema de José Hernández.

En efecto, si el gaucho de José Hernández es religioso, xenófobo, racista y respetuoso de la autoridad (a condición de que esta sea criolla), el gaucho de González Pacheco y de Woolands es todo lo contrario: en ambos se proclama que en la sociedad actual los gauchos están tan excluidos como los gringos, y que gringos y gauchos deben ser hermanos. Y en ambos, se enseña el antiautoritarismo, el internacionalismo y el ateísmo. Es más, en ambos se ve también cómo el criollo toma consciencia de su situación a partir del contacto con algún gringo. La historia del gringo que trae las ideas sociales anarquistas al paisanaje es tanto el centro del folleto de Woolands como el de la conferencia titulada *Santa Cruz*, en la cual González Pacheco narra en

clave autobiográfica su primer contacto con el ideal libertario³². En términos muy parecidos al del gaucho de Woolands, nuestro autor nos dice allí que él era como todos sus co-poblanos, “feliz y sin ideales, como una bestia”, hasta que llegó al pueblo un hombre, un hombre especial que muchos veían como “un bárbaro”. Entonces, agrega González Pacheco, “un raro estremecimiento sacudió a todos”, y los estancieros explotadores (“matarifes de gentes”) alzaron sus gritos de cólera: “¡Este es un gringo anarquista; habrá que echarlo!”, decían, mientras “siguieron desollando, carneando, faenando esclavos”. El extraño, “se movía como un diablo”, sin detenerse ni inmutarse por los insultos que recibía: “Subía a las sierras y bajaba con centenares de picapedreros que echaban al aire cantos como adoquines. Iba después a los campos y en las propias pulperías, teatro de juego y pendencia, deciales discursos a los paisanos. Volvía al pueblo y frente a la misma iglesia negaba a dios y desafiaba a controversia a los curas. Y todavía escribía en los diarios locales; metía artículos de polémica, clamadores de una libertad que nadie le demandaba, anunciadores de una catástrofe que ninguno presentía”. La conferencia de González Pacheco es de 1922, y aclara que lo que está narrando sucedió hacía unos veinte años, o sea, hacia 1902, y que poco tiempo después subió él mismo por primera vez a una tribuna para proclamar también el ideario anarquista. Su “salto al ideal” partió de aquel instante en que las palabras del extranjero le hicieron tomar consciencia de su “angustia”, de una “angustia terrible que movía y flagelaba mis veinte años igual que veinte huracanes”. Como se ve, la iniciación de González Pacheco en el anarquismo es vivenciada casi como una revelación religiosa. Y así culmina su relato de 1922: “Pronto van a ser veinte años que yo subí por primera vez a una tribuna. Quiero evocar, en esta hora dolorosa para el proletariado de esta república, la imagen de aquel viajero —¿quién era, de dónde vino, en qué rincón de la tierra descansa o se agita aún?— que suscitó en mí el aliento, que no me dejará más, de libertad y justicia. Ante su recuerdo vibro otra vez, se agolpan mis cuarenta años como cuarenta huracanes sobre mi frente”

³² Esta conferencia iba a pronunciarse en un acto en la provincia de Santa Cruz en virtud de las masacres obreras y campesinas llevadas a cabo por el ejército argentino durante la presidencia de Hipólito Yrigoyen. Como el acto fue prohibido por la policía, el texto fue luego publicado en *La Antorcha* el 17 de enero de 1922.

No debe sorprender, desde esta experiencia vital y determinante, que el criollismo de González Pacheco adquiriera la particularidad que le brinda su ideario anarquista, lejos de todo chauvinismo nacionalista o patriótico. En el epígrafe a la colección de carteles titulada *De la querencia*, nuestro anarquista criollo dice que los patriotas vuelven fea y absurda a una cosa que debería ser sencilla, simpática y bella: el amor “al rinconcito donde nacimos y nos hemos criado”. La patria, ese rinconcito, “no es un ideal, ni un descubrimiento ni una esperanza”; es algo más débil de simple: “es la querencia, el barrio o el pago”. Y los patriotas son locos ridículos que “nos quieren compatriotas suyos, cuando apenas somos prójimos o, a los más, vecinos”.

Este interesante intento de esbozar un anarquismo al mismo tiempo criollo e internacionalista, lleva a González Pacheco a encontrar sugerentes y acaso forzadas analogías, como por ejemplo cuando en un cartel titulado *Salud y R.S.* asimila un tradicional saludo gaucha, “güena salud y mal instinto”, al tradicional saludo libertario de “salud y Revolución Social”. O también cuando, en el cartel titulado *La Mancha*, ve en esa región española un equivalente de la pampa argentina, y en las figuras literarias de Don Quijote y Sancho Panza, la versión hispánica del gaucha Martín Fierro y el Viejo Vizcacha. Ese cartel está escrito desde España y la conclusión que extrae González Pacheco de su viaje es que no fue más que “una vuelta al pago”. Digamos de paso que en *Consigna gaucha* nuestro autor cree encontrar en el alma belicosa de los españoles el origen de un supuesto lema gaucha: “las armas son necesarias”. En fin, en varios carteles los motivos gauchescos también son tomados para alegorizar sobre la militancia anarquista, como en *El domador*, o en *El pico blanco*, o en *Los caballos*.

González Pacheco advierte contra las variadas distorsiones de la figura legendaria del gaucha que han difundido tanto literatos como científicos. Según nuestro autor, no es verdad que el gaucha tenga un modo de vida incompatible o contrario al agricultor; si bien ambos son diferentes, se trata de diferencias complementarias: “El gaucha es un libertario. El labriego un justiciero”, y solo se puede ser libre entre justos, y justo entre libres. Al menos así lo sostiene en un cartel titulado, precisamente, *El gaucha*. Es más, para González Pacheco, y en abierta polémica contra las ideas

difundidas por los llamados “socialistas científicos”, el gaucho es un elemento revolucionario latente, dormido, que requiere ser despertado. Y acá entra en juego otra figura querida por nuestro anarquista criollo, el linyera, ese bohemio de los campos, “romancesco y belicoso, de esencia libertaria”, cuya sola presencia hace que “los paisanos vuelvan a sentirse gauchos”. Es decir, el linyera es el mensajero que despierta al gaucho de su sueño indolente y dócil en que lo ha metido la civilización y lo vuelve a su esencia rebelde. Así lo dice en *El linghera*: “Todavía no saben todo, pero ya presienten mucho: que el linghera es un trovador rebelde; algo así como brazo de Moreira con la garganta de Santos Vega. Un gaucho nuevo, con más arbitrio y más voz; más completo”.

Por otra parte, la figura del burgués, que a lo largo de los *Carteles* es caracterizada de muy diversas maneras, pero casi siempre en términos culturalistas más que económicos, también encuentra su caracterización en lenguaje criollista. Según González Pacheco, el burgués es lo opuesto a Martín Fierro. Si ese gaucho tan literario como legendario, enrolado forzosamente en el ejército de frontera, entraba en todos los combates pero nunca figuraba en ninguna lista de pago, el burgués, su contrafigura (según nuestro autor) es quien no “entra en ningún barullo pero entra en todas las listas” (*El burgués*).

Además, como anarquista argentino, el mismo González Pacheco se comprende a sí mismo en varias ocasiones como gaucho. Así, en *Nadie se muere en la víspera*, antes de partir para la guerra en España, se auto arenga del siguiente modo: “Si sobrevivimos a esto, habremos ganado vida, humanidad, realidades. Y si nos matan... gauchos somos, que es decir, fatales. Nadie se muere la víspera. ¡A España vamos!”. O en *Antillí*, cuando evoca la dupla que hacían con su amigo ya fallecido: “...el hombre fino, pura idea, y el gaucho bárbaro, pura garra. ¡Abran cancha, maulas!”. O en *Guerreiro*, cuando cierra su homenaje al anarquista mexicano Práxedes Guerrero con el grito de guerra “¡Vamos los gauchos!”.

Por último, hay también toda una serie de carteles que no son otra cosa que breves relatos, casi cuentos, inspirados en hechos reales que bien podrían servir de esbozos de folletines al estilo de los clásicos criollistas de Eduardo Gutiérrez.

En el cartel *Santos Vega*, cuyo título alude directamente al legendario gaucho cantor popularizado por el poema de Rafael Obligado y llevado también al folletín por Eduardo Gutiérrez, se habla del vínculo fuerte entre cada “pago” y su “payador”, tomando como ejemplo a un tal Ireneo, cantor y hombre libre –pájaro en una palabra– que ameniza fiestas y rondines, querido y bien recibido en todos los ranchos. Un día el estanciero del lugar empezó a presionarlo para que siente cabeza como peón con trabajo fijo, pero Ireneo prefirió irse del pago antes que dejar de cantar y perder su libertad a cambio de un salario.

El mismo personaje, Ireneo el payador, aparece en un rol secundario de la más famosa obra teatral de González Pacheco, *Las víboras*. Y acaso sea el mismo personaje que aparece en otro cartel titulado *Un consejo*, cuya trama resulta muy similar a la de la obra teatral mencionada. En este cartel, Ireneo sale a recibir a nuestro autor cuando está llegando al pago después de muchos años de ausencia; en medio de la bienvenida le cuenta que el viejo López (acaso un político estanciero poderoso) le está atrás a su mujer. Ireneo está pensando en poner una queja escrita al comisario, un escrito que le ha redactado algún abogado político opositor, pero duda de hacerlo. González Pacheco le da entonces el siguiente consejo en forma de alegoría: “¿Ves ese tero?... ¿Ves cómo lo acosa al toro, lo insulta a gritos, le clava los espolones donde puede?... ¿Sabés por qué es?...”. Ireneo le responde que sí, que sabe por qué el tero actúa así: está defendiendo su nido, como buen gaucho. Entonces González Pacheco remata: “Defiende el nido... Y lo defiende de un toro... ¡Y has de ser menos que un tero! ¡Y has de acudir a los cuervos, hombre! ¡Qué no se diga!”.

En *El cuchillo* se pinta en tercera persona –en diálogo con un veterano de la prisión– la estampa y fuerza anímica de un preso en Ushuaia, “centro, filo y punta” de todos los motines, rebelde indoblegable que siempre se rehusó a trabajar en el presidio. El veterano que le cuenta a González Pacheco quién es ese hombre se lamenta de que esté ya por salir, pues las autoridades del presidio finalmente han logrado sacárselo de encima consiguiéndole la libertad. ¿Y por qué se lamenta el viejo? ¿Por envidia de la libertad inminente del bravo gaucho a quien ni la prisión logró domar? No. El viejo se lamenta de que los demás presidiarios ya no tendrán el ejemplo motivador de ese “acero” suyo (de todos

ellos, los presos) que siempre les había servido de inspiración y aliento para sus sublevaciones. Sin él (sin *el* cuchillo), los demás presos quedarán como “cuchillos rotos”. El facón o cuchillo, es sabido, era el principal y casi exclusivo instrumento técnico del gaucho, su arma de pelea, su herramienta de trabajo y su utensilio para la comida. En este cartel de González Pacheco, el cuchillo aparece encarnado en la figura de un gaucho preso, pero siempre rebelde, indomable e íntegro, que sirvió siempre de aliento a los demás presos para que también ellos fueran “acero” filoso.

En *Jesús Moreira* se pinta a otro personaje del presidio de Ushuaia. No conocemos su nombre real, pero González Pacheco lo rebautiza fusionando los nombres de Jesús, el Cristo, el “de la fantasía”, y de Juan Moreira, el gaucho “de la leyenda” popularizada también por el novelista Eduardo Gutiérrez. El preso del cual habla nuestro autor en este cartel, es descrito como “un lindo animal de guerra... que se había empeñado en ser un buen animal de paz”, buen compañero y respetado por todos los demás presos. Jesús Moreira siempre terciaba en los conflictos entre los otros internos, enseñando que “no hay que pelear entre hermanos”. Era capaz de detener en el aire, con su propio brazo, el hachazo artero de algún recluso contra otro, metiéndose siempre en el medio para evitar peleas entre “hermanos” de sufrimiento. Pero una noche un preso lo apuñaló mientras dormía al grito de “¡Tomá, por metido a redentor!”. Y así murió Jesús Moreira, interno N° 28 del presidio de Ushuaia, inmolado como el bueno de Jesús, y a traición, como el valiente Juan Moreira.

En *Taperas*, un viejo gaucho, Juan Mena, vuelve a su pago después de pasar veinte años encerrado en la cárcel de Sierra Chica por haber matado a un “melico”, herido a un cabo y hecho huir al comisario en una sola pelea. Apenas baja del tren se le aparece un sargento que le dice ser su hijo. Mena se siente insultado y le enrostra que miente, que no puede ser el “tata de un sargento de polecía”. Incluso quiere pelearlo, pero está desarmado y se retira desconsolado a buscar su viejo rancho del que seguramente solo quedan taperas. Al otro día, el gaucho Juan Mena se arroja a las vías del tren: “Tapera sobre taperas...”.

En fin, hay algunos otros carteles de este tenor. Podríamos agregar *Hilacha* o *El tigre* o algún otro. En todos ellos, como en los reseñados brevemente, la anécdota sirve para ilustrar algún concepto anarquista, como la acción directa, o la visión desinteresada de la vida del hombre libre, o el rechazo instintivo del gaucho a la autoridad.

11. Bohemia

Veamos ahora brevemente algo sobre un último aspecto del anarquismo de González Pacheco: la bohemia. Es importante observar que la bohemia no fue solo un rasgo de la personalidad de González Pacheco, como si se tratara meramente de algo privado o particular suyo, sino que es presentada expresamente en *Carteles* como un modo de vida ejemplarmente anarquista y revolucionario. El tema de la bohemia como modo de vida ejemplar nos devuelve una vez más a la reducción que nuestro autor hace recurrentemente del anarquismo al culto del carácter anarquista; y veremos que, en última instancia, lo que González Pacheco está haciendo, consciente o inconscientemente, es identificar el carácter anarquista que él considera ejemplar con el culto de la personalidad del propio González Pacheco. Esto, claro está, nos permite recordar la cuestión que dejamos planteada sobre el final del punto 2 de este ensayo: a pesar de la coherencia personal con que nuestro autor mantuvo toda su vida el ideal anarquista, ¿no se percibe acaso, no decimos una contradicción, pero sí una suerte de tensión entre *lo que dice* y *lo que efectivamente hace cuando dice lo que dice*? O para plantearlo del mismo modo que lo hicimos antes: la postura de González Pacheco es que la personalidad anarquista no debe anteponer nada a la revolución (y no hay motivos para dudar de su sinceridad cuando dice tal cosa), pero creemos que sus lectores (o sea, nosotros) tenemos derecho de preguntarnos si es eso efectivamente lo que hace: ¿no estará poniendo González Pacheco, inconscientemente, el ideal de la revolución al servicio del desarrollo pleno de su propia e individual personalidad, bella y romántica? Este último y breve apartado sobre el lugar que la bohemia ocupa en sus concepciones libertarias, tal vez arroje algo de luz al respecto y nos permita luego pasar directamente a la conclusión de nuestro ensayo.

En primer lugar, digamos que la bohemia es presentada como un rasgo positivo, no solo a diferencia de como la presentaban ciertos círculos académicos y periodísticos burgueses, sino incluso a contracorriente de lo que parecía creer una gran parte del movimiento anarquista, especialmente de extracción anarcosindicalista. En efecto, en su conferencia sobre el escritor y dramaturgo uruguayo Ernesto Herrera, González Pacheco se detiene a aclarar que bohemio “no es el que pintan los folletones del diario ni el que comentan de sobremesa los comilones”, o sea, “abulia, pereza o desistimiento de la lucha por la vida”. Según nuestro autor, cuando así se pinta al bohemio es por candor o por mala fe, confundiendo la vida con los placeres burgueses de “la buena comida, la buena cama o la buena fortuna”. Para González Pacheco, por el contrario, “el bohemio es el sentido de la libertad puesto al servicio de un destino de artista, de sabio o de revolucionario”, y que, para cumplirlo, “lo primero que hace, que debe hacer, que hizo Cristo y que hizo Sócrates, es romper las ligaduras de todas las convivencias vulgares y sedentarias; ponerse al margen de lo que llaman *sociedad*”. En este sentido ser bohemio es una cucarda, una distinción del hombre libre y libertario. En *¡Bohemio! ¡Bohemio siempre!* nos dice que “ser bohemio quiere decir estar solo contra todos. Haber quemado las naves que iban a anclar en el puerto de la fortuna o la gloria. Echarse a la mar braceando, sin tablas y sin objeto. Reír, pensar y batirse porque sí: por no ser triste, bruto o cobarde. ¡Por la sola vida, vaya!”.

Pero en segundo lugar, González Pacheco da también un estereotipo superficial, indumentario, del bohemio. Al bohemio se lo puede reconocer por sus ropas y accesorios, como por ejemplo las “greñas como ramas arrastradas por el barro” de Antonio Loredó, o por ejemplo “las melenas frondosas, las voladoras corbatas y los aludos sombreros”, tres características que según nuestro autor “hacen una sola cosa ondeante, como una bandera de guerra a muerte a la burguesía”. O sea, ser bohemio es a la vez una renuncia deliberada a la fortuna y a la gloria y un modo determinado de mostrarse, de vestirse y de adornarse.

Por ello, y en tercer lugar, si el mote de “bohemio” es un adjetivo con que González Pacheco distingue positivamente a ciertos hombres, especialmente artistas como Ernesto Herrera

o Antonio Loredo, también es un mote con que se distingue a sí mismo. Y eso es lo que queremos resaltar acá: es un mote positivo que también se lo adjudica a él mismo: “Le canto a mi propia estampa sonora y atrabiliaria como un cartel futurista. Me canto a mí, bohemio siempre. A esta altiva facha mía, desgajada y polvorienta como un árbol del arroyo, efugio de pájaros y pilletes” (*¡Bohemio! ¡Bohemio siempre!*).

Hay todavía un cuarto punto para mencionar sobre la bohemia tal como la entiende González Pacheco. Nos referimos a la versión rural del bohemio, su “hermano” el linyera: “Es el bohemio de la ciudad trasladado al campo. El mismo tipo romancesco y belicoso. El mismo hombre, libertario por esencias, de pie, al margen de las vías, como el otro de pie al margen de las sanciones burguesas” (*El linghera*). Según nuestro anarquista criollo, cuando el linyera llega, el paisano vuelve a sentirse gaúcho, es decir, rebelde y libre. Y así como los oprimidos de la ciudad quieren al bohemio (o deberían quererle), los trabajadores del campo empiezan ya a querer al linyera, “trovador rebelde”, que es como el “brazo de Moreira con la garganta de Santos Vega”, un “gaúcho nuevo” más libre, más locuaz y más completo. El linyera “cumple lo que otros escriben, vive la propaganda que otros propagan”, es nuestro compañero, y más aún, es “nuestra palabra hecha carne, la Anarquía nuestra vivida al aire y al riesgo. ¡Salud, hermano!”.

En resumen, para González Pacheco, frente a la burguesía, o sea, frente a los explotadores, los opresores y los intelectuales, dueños del Estado, el capital y la cultura, se alzan el bohemio y su hermano, el linyera, como “palabras vivas”, como los más auténticos anarquistas, que se vuelven voces de los explotados, los oprimidos y de la existencia misma en su más desnuda vitalidad. Y González Pacheco ha intentado (y acaso también ha logrado) ser él mismo esa “palabra viva”, ese “ideal encarnado”. Recordemos nuevamente su frase: “Canto a la bohemia... Canto a mi propia estampa sonora y atrabiliaria como un cartel futurista”.

12. Conclusión y reflexiones finales

Hemos dicho al comienzo que González Pacheco no es lo que podría llamarse un pensador, al menos no lo es en el sentido filosófico del término. Difícilmente se puedan encontrar en sus escritos argumentos racionales, filosóficos o científicos en favor de la anarquía y del anarquismo. Sus carteles ni siquiera pretenden reflexionar sobre ellos, ni brindar argumentos en su favor, ni aportar nuevos temas a su acervo teórico. A excepción, tal vez, de su particular interpretación de la lucha anarquista como un “eterno retorno” de lo mismo, que supone una concepción cíclica de la historia que pone en jaque a la misma idea de Anarquía como aspiración social algún día conquistable, no hay aportes teóricos de fondo al pensamiento anarquista. La finalidad de González Pacheco no parece ser teorizar sobre el pensamiento anarquista, sino más bien arengar, exaltar, motivar a la acción a quienes ya poseen, como “un don”, el sentimiento o el instinto de la anarquía. Ahora bien, esto no significa, de ningún modo, que González Pacheco no sea un intelectual a su propio pesar; lo es, como lo han sido muchos intelectuales antiintelectualistas. Y lo es, no solo por haber sido autor teatral (lo que ya lo ubicaría como “intelectual”, en el sentido común popular del término), sino también como escritor anarquista. Después de todo, González Pacheco como escritor anarquista también ostenta cierta originalidad, si no en las doctrinas ni en el programa social del anarquismo, sí en su estilo. Por lo demás, como ya dijimos, su interés como escritor se dirige más al carácter y a la personalidad anarquista que a las ideas filosóficas que el anarquismo defiende.

A lo largo de este ensayo hemos intentado diseccionar analíticamente los rasgos de este carácter anarquista que González Pacheco no solo promovía, sino que también ostentó en su propia vida, como escritor y como revolucionario. Así, hemos descompuesto ese tipo de carácter, que nuestro autor pretende elevar a modelo de la personalidad libertaria, en diversos aspectos o elementos que, no obstante su diferenciación analítica, se encuentran entrelazados: romanticismo social, esteticismo, vitalismo, idealismo, antiintelectualismo, juvenilismo, criollismo

y bohemia. No pretendemos agotar en estas categorías todos los rasgos que el anarquismo de González Pacheco pueda tener; pero sí mostrar que todas ellas son más cuestiones de estilo y de forma; a lo sumo, de proselitismo. Y ahí radica toda su originalidad, o al menos, lo principal de su concepción libertaria.

Para decirlo brevemente: para González Pacheco pareciera que la idea anarquista, la doctrina o pensamiento libertarios, digamos, no es algo distinto de los anarquistas, y que uno no se hace anarquista por abrazar un cuerpo de ideas sociales, morales, políticas y existenciales; más bien al contrario: esas ideas no son tales, sino emociones y sentimientos naturales que ya preexisten en quienes aman instintivamente la justicia; en todo caso, la doctrina o las ideas son teorizaciones innecesarias, e incluso, dignas de desconfianza para el verdadero anarquista, cuyo anarquismo radica centralmente en su carácter personal.

Es cierto que algunos carteles parecen (reiteramos: *parecen*) contradecir esta interpretación radicalmente antiintelectualista y antifilosófica del anarquismo de González Pacheco, pero hay que tener cuidado de no apresurarse al interpretarlos. Para González Pacheco, la idea anarquista es simple y no se requiere mucho para comprenderla. No niega que el anarquismo tenga una doctrina ni una filosofía; simplemente parece creer que esa doctrina y esa filosofía son un asunto ya terminado y redondeado, sin mayor lugar para discusiones, argumentaciones, correcciones, evoluciones o enriquecimientos teóricos. En su cartel *Kropotkin*, nos dice que los anarquistas no necesitamos “hacer filosofía” porque ya la tenemos, “tenemos filosofía”, y esa filosofía que los anarquistas ya tenemos, como una cosa completa, consiste en algo muy simple: “Como en política, la asociación de los hombres primitivos obedeció a un principio de defensa, en moral obedeció a una inclinación de sus espíritus. Y toda, toda la lucha del anarquista, desde que surgió a rugir y conspirar en la tierra hasta hoy, no ha tenido otro objeto que probar eso, frente a los que eso niegan y en la negación amparan la desigualdad, el crimen y el robo: que hay una ciencia inmanente de la vida, férvida y militante, que tiende en cada ser a mayor bien propio y a menor sacrificio del prójimo. Y que tanto como está ese sentido de la justicia desarrollado en nosotros, somos filósofos, tenemos una filosofía”. Y en *Acción directa* nos dice:

“Tenemos una doctrina, un plan de convivencia social y hasta un arte también, los anarquistas. Pero tenemos, a más, a quienes todo esto militan, encarnan, viven. Y estos son los que levantan las huelgas, pueblan las cárceles, pelean y mueren por la anarquía: mujeres y hombres, generalmente ignorados”. Y en *Vivir su vida* escribe: “Qué nuestro ‘grano de arena’ refulja como un lucro en la tierra. Que cada luz que nos brote, sea una albricia, antes que para ninguno, para nosotros. He ahí la filosofía. ¡Vida vivida!”. Y en alguno de sus *Fragmentos* nos dice que “...no es política lo que hacen los anarquistas, sino filosofía”.

Según estos últimos pasajes trascriptos, el anarquismo sería un movimiento de “filósofos” que buscan demostrar con su propia militancia libertaria que el ideal de justicia que ellos mismos encarnan y defienden obedece a una ciencia inmanente de la vida. *Pareciera* entonces que, después de todo, el antiintelectualismo de González Pacheco no es tal; es más: ser anarquista es ya-siempre ser filósofo. Pero como advertimos, no hay que apresurarse al interpretar estos pasajes como refutaciones o atenuantes de nuestra lectura. En efecto, su interpretación correcta, creemos, debe hacerse a la luz de otra reducción pachequeana que atraviesa todos sus carteles y que se hace explícita en su conferencia sobre Ernesto Herrera: “pensar es emocionarse”. Como se ve, entonces, esos pasajes, lejos de refutar o atenuar nuestra lectura antiintelectualista de González Pacheco, más bien la confirman. Para él, filosofar, pensar, no es reflexionar ni argumentar, sino emocionarse; o sea, lo contrario de filosofar o pensar en el sentido habitual y común del término.

—o—

En fin, en este ensayo hemos querido, principalmente, presentar analíticamente ciertos rasgos generales que animaron la ferviente prosa libertaria de González Pacheco, y también, como dijimos, que animaron su propia vida. Si de entre todos los carteles que escribió hay alguna imagen que pinta en conjunto su propio carácter romántico, esteticista, vitalista, antiintelectualista, juvenilista, criollista y bohemio, es la siguiente: “He aquí una imagen campera, cuya evocación me gusta: la del gaucho domador.

Como él le cierra las piernas a un potro chúcaro, así ha de cerrar el hombre, siempre sobre algo arisco, los broches de su vida. Como nacer y crecer; eso es preciso”. Esta imagen del anarquista, y de él mismo como tal, se encuentra en el cartel titulado *El domador*, en el que además dice: “Luchar, no intimidarse, y vencer. Que lo que en la mano tengas –idea o revolución–, lo apriete tu voluntad como pinza de cangrejo. Que te corten la muñeca, te cercenen la cabeza y te rebanen todo, pero no largues. Eso es ser fuerte”. Y remata: “Luchar, no intimidarse, y vencer. Como el gaucho domador. En esta imagen campera de una vida alta y alerta, desperezada y fortacha, hay toda una filosofía de afirmación que me gusta”.

Creemos que ahora ya estamos en condiciones de ofrecer, a modo de conclusión, un atisbo de respuesta a un interrogante que dejamos planteado en el punto 2 y que hemos reiterado en el punto 11. Hemos dicho que el culto del carácter, junto con la forma y el estilo enfático y encendido de sus escritos, es donde había que buscar lo peculiar que, como anarquista, podía tener González Pacheco; y en base a ello quisimos sembrar la sospecha sobre una tensión latente entre su pensamiento y su personalidad: él dice reiteradamente que la personalidad del anarquista no debe anteponer nada a la revolución, pero como lectores nos preguntábamos si lo que hace González Pacheco no es anteponer recurrentemente el desarrollo y la expresión de su peculiar personalidad romántica y vitalista a todo ideal social anarquista y revolucionario. Esto no significa poner en duda su sinceridad y honestidad libertarias, incuestionables para nosotros. González Pacheco fue un anarquista convencido y consecuente hasta su último suspiro vital. Simplemente queremos plantear si ese anarquismo pachequeano, donde se confunden en una misma cosa el anarquismo como ideal social revolucionario y el anarquismo como culto del carácter personal no lleva a conclusiones sorprendentemente paradójicas, a tensiones existenciales o, incluso, a contradicciones teóricas. En otras palabras: ¿detrás de toda su sinceramente declarada subordinación al ideal anarquista no se hallará el tipo de “egoísta involuntario”, del que hablaba Max Stirner, egoísta que encubre inconscientemente su anhelo de significación y realización personal tras un ideal al que se aliena como un poseso? Tal vez el fundamento de esta duda que lanzamos requiera de alguna explicación.

Max Stirner es de esos autores verdaderamente *únicos*, que pasan a la historia del pensamiento con un *único* libro. Si bien publicó en vida algunos artículos y otros escritos “menores”, Stirner es esencialmente el autor de *El único y su propiedad* (el título original en alemán es *Der Einzige und seine Eigentum*, y fue publicado en 1844). Esta obra, que es uno de los textos fundacionales del anarquismo e influyó mucho sobre las corrientes anarco-individualistas de Benjamin Tucker (*Instead of a book*, 1897) y de Emile Armand (*El anarquismo individualista. Lo que es, puede y vale*, primera edición en español de 1916), sigue siendo poco leída y poco discutida, cuando no mal interpretada. No es este el lugar para hacer una presentación en forma de su pensamiento, pero digamos brevemente que lo que Stirner desarrolla es una filosofía de la existencia, y que la “propiedad” de la que habla en su libro no es la institución jurídica sino la propiedad que el individuo puede ejercer sobre sí mismo liberándose de las obsesiones mentales (religiosas, políticas, etc.) que, por el contrario, se “apropian” de él privándolo de su unicidad como individuo. Mientras el individuo verdaderamente único no funda su causa en nada más que en sí mismo, los demás lo hacen siempre en alguna causa suprema y sagrada a la que se aliena, sea esta dios, la patria o, incluso, la revolución. En este sentido, para Stirner todos somos “egoístas”, solo que algunos lo son de manera consciente (los únicos, dueños de sí mismos) y otros lo son de modo inconsciente, involuntario, son “egoístas que no quieren ser egoístas”. Es claro que Stirner no está hablando del egoísmo en el sentido vulgar de mezquindad monetaria y material (este tipo de egoísta también sería un “egoísta involuntario”, pues se subordinaría al dios dinero o a la sacralidad de la fortuna material). Los “egoístas involuntarios” que se someten a una idea fija que pretenden sagrada y a la que pretenden servir y por la cual se sacrifican, también lo hacen porque *quieren*, y por lo tanto, lo hacen también por placer egoísta: el placer de disolverse y anularse a sí mismos. Son *posesos*. Y al revés, fundar mi causa en nada significa que conscientemente soy mi propio creador, mi propia tarea y mi propia meta, lo que de ninguna manera significa que no pueda luchar por un ideal social: simplemente significa que ese ideal que adopto no es mi

amo, sino que yo nunca me agoto en él ni me inmoló por él, pues *es mío* y puedo desprenderme de él cuando quiera. Yo me *apropio* de él, no él de mí.

Creemos que tras esta breve presentación del anarquismo existencial de Max Stirner se puede entender perfectamente el sentido del siguiente pasaje suyo: “Lo sagrado solo existe para el egoísta que no se reconoce a sí mismo, el *egoísta involuntario*, para *él*, que siempre se ocupa de lo suyo y, sin embargo, no se tiene por el ser supremo, que solo se sirve a sí mismo y al mismo tiempo cree servir a un ser superior que no conoce nada superior a él y, no obstante, se entusiasma con lo elevado, en suma, solo existe para el egoísta que no quisiera ser egoísta, y se humilla, esto es, lucha contra su egoísmo y, sin embargo, solo se humilla ‘para elevarse’, es decir, para satisfacer su egoísmo. Como quiere dejar de ser egoísta, busca por todo el cielo y la tierra seres elevados a los que servir y por los que sacrificarse; pero por más que se esfuerza y martiriza todo lo hace por amor a sí mismo, y el desacreditado egoísmo no se separa de él. Por eso le llamo el egoísta involuntario”.³³

Entonces podemos repetir nuestra sospecha con más seguridad: ¿no es acaso González Pacheco uno de esos “egoístas involuntarios” de los que habla Stirner, o sea, alguien que “lucha contra su egoísmo” buscando algo elevado a lo que “servir” y por lo que “sacrificarse”, pero que en el fondo de su inconsciente “todo lo hace por amor a sí mismo” sin superar el mal afamado pero siempre ineludible egoísmo? Creemos que sí, lo que de ninguna manera implica un juicio moral sino existencial.

Y esta evaluación de González Pacheco a la luz de la filosofía anarco-existencial de Max Stirner nos parece tanto más adecuada cuando recordamos que la obra del anarquista criollo no es centralmente una teorización sobre el anarquismo y la anarquía como cuerpo de ideas sociales o políticas, sino como una manera de ser, como un culto del carácter del individuo libertario. En este sentido, si se valora su obra en su justo plano, es decir, como la apología de un cierto tipo de carácter, de un modo de ser, de un tipo de personalidad, es claro que su modelo de hombre libre, rebelde y libertario está en las antípodas del de Stirner. En estos

³³ Max Stirner, *El único y su propiedad*. Valdemar, Madrid, 2004, p. 69.

términos la comparación entre ambos resulta inevitable y el anarquista ejemplar de González Pacheco, y González Pacheco mismo, resultan para el único stirneriano, para el egoísta voluntario, para el dueño de sí mismo, un inocente “egoísta involuntario”, un “poseoso”, un alienado de sí mismo, nada diferente en lo esencial de un feligrés religioso o de un militante político.

No se trata aquí de contraponer como excluyentes el anarquismo individualista al anarquismo socialista, colectivista o comunista. Para nosotros, como para Malatesta esas supuestas oposiciones son más retóricas y superfluas que reales, pues no son doctrinas o filosofías necesariamente opuestas entre sí, sino solo diferentes pero complementarias, como veremos de inmediato.³⁴ Simplemente quisimos mostrar con esto que las recurrentes y sucesivas reducciones que González Pacheco hace del anarquismo al carácter anarquista, del carácter anarquista a la emotividad revolucionaria, de la emotividad revolucionaria a la vida misma, de la vida misma a la militancia obsesiva y *full time*, etc. son lisa y llanamente errores o equívocos. Y que por más efectistas y entusiastas que esas reducciones puedan ser si nos dejamos llevar por la fuerza retórica del discurso esteticista, romántico, vitalista y antiintelectualista de González Pacheco, creemos sin embargo que nos conducen –a nosotros, a los mismos anarquistas– a una gran confusión de cosas distintas que merecerían ser separadas y teorizadas seriamente sin temor alguno de ser tildados de “intelectuales”.

Antes de pasar a unas reflexiones finales sobre esas cosas diversas que deberíamos teorizar sin tener vergüenza, despedámonos de González Pacheco reiterando que nuestro juicio no es moral, pues su moral individual como anarquista, como compañero y como persona se halla para nosotros fuera de toda duda. Al margen de nuestras reservas y diferencias acerca del modo en que González Pacheco concebía al auténtico anarquista, y más allá de la sospecha existencial, no moral, que podamos mantener sobre la tensión entre la prioridad declamada que hace del anarquismo por sobre el culto de la propia personalidad y la inversión que de hecho hace de esa misma consigna, lo cierto, lo indudable para nosotros, es que nunca defraudó ni renegó

³⁴ Ver al respecto Errico Malatesta, *Anarquismo y anarquía*. Tupac, Buenos Aires, 2000, pp. 21-22.

del anarquismo, en el que se mantuvo “fijo”, como le gustaba decir, como un “gaucho domador” con la piernas apretadas a su bagual, hasta el último segundo de su vida.

—O—

Adenda

Tal vez no sea este el lugar apropiado, pero queremos hacer, al menos a modo de *adenda*, unas breves reflexiones finales sobre dos o tres puntos en que nuestras diferencias resultan profundas con el tipo de anarquismo que profesaba González Pacheco.

Primero. No creemos, como creía González Pacheco, que la idea anarquista sea simple y fácil de comprender. Al menos no lo es siempre ni para todo el mundo. Para nosotros, esa convicción de González Pacheco si no es enteramente falsa, sí es bastante equivocada y peligrosa para la propia propaganda y difusión práctica del anarquismo, pues dadas las condiciones de la vida social y cultural (tanto de la actual como de la de tiempos de González Pacheco), el prejuicio de autoridad está tan arraigado a través del “sentido común” religioso, económico y político, que hasta las ideas más sensatas y simples se vuelven complejas y difíciles de comprender y aceptar. Tanto es así que, al contrario de lo que indicaría la sensatez racional, la fuerza de los prejuicios naturalizados invierte constantemente la carga de la prueba y somos los anarquistas quienes nos vemos constantemente desafiados a demostrar que la idea de Dios es una fantasmagoría, que el Estado es una limitación del hombre y que el capitalismo es una construcción histórica contingente y superable. Lo que en verdad resulta naturalizado, lamentablemente, es el prejuicio de autoridad en todas sus formas, y renunciar a la racionalidad y a la argumentación teórica, o despreciarlas, es despreciar o renunciar innecesariamente a un arma más de lucha por la Anarquía, un arma imprescindible, tanto o más que cualquier otra.

Segundo. Por eso mismo, tampoco podemos aceptar la violenta reducción que González Pacheco hace del pensamiento a las emociones. Pensar no es emocionarse, como él dice. Y si es un error característico de la academia divorciar al pensamiento de las emociones,

también es un error, no menos peligroso y grave, confundirlo enteramente con ellas. Y en todo caso, el anarquismo no es solamente un asunto de temperamento o carácter. Creemos que es fundamental no confundir el temperamento libertario con el anarquismo: aquel es una cuestión de emociones; este es, además de una cuestión de emociones, una cuestión de reflexión. Como hemos escrito ya en otra ocasión siguiendo a Furth: “Mientras el temperamento libertario ha existido siempre, y puede aparecer y surgir en cualquier lugar y momento, el anarquismo es un paso más adelante: es una *reflexión radical sobre la libertad*. El temperamento libertario es así una condición necesaria pero insuficiente para el anarquismo”.³⁵

Tercero. Y por eso mismo tampoco podemos aceptar las reducciones que González Pacheco hace entre pensamiento anarquista, conducta anarquista y carácter rebelde (y tampoco podemos aceptar sin reservas cómo entiende específicamente al carácter rebelde anarquista). Creemos que el anarquismo comprende, al menos, tres cosas diferenciables, aunque compatibles entre sí. Intentaremos exponerlas brevemente.

En primer lugar, el anarquismo es un conjunto de ideas sociales que, a su vez, pueden diferenciarse en tres planos:

1. Un diagnóstico crítico de todo orden social fundado en el poder político centralizado y en la explotación del hombre por el hombre (lo que incluye a las sociedades actuales, estatistas y capitalistas);

2. El ideal de un orden social libre de toda autoridad política y de toda explotación económica;

3. La implementación de ciertas prácticas y estrategias de acción colectivas orientadas por el objetivo de alcanzar ese ideal, o sea, de pasar de 1. a 2.

Este aspecto del anarquismo es tal vez el más difundido, es decir, el de una filosofía social radicalmente antiautoritaria y una práctica política que aspiran a la construcción de un orden social centrado en el ejercicio directo de la libertad y la cooperación mutua sin mediación partidaria ni gubernativa estatista. En este sentido, el anarquismo es un programa social a futuro, un programa

³⁵ Grupo de Estudio sobre el Anarquismo, *El anarquismo frente al derecho*, Libros de Anarres, Colección Utopía Libertaria, Buenos Aires, 2007, p. 12. Cf. También R. Furth, *Formas y tendencias del anarquismo*, Tupac, Buenos Aires, 1988.

que postula a la Anarquía como un ideal a construir, alcanzar o anhelar; pero en todo caso, un ideal que está por delante en el tiempo, al menos por el momento. Podemos llamar “acratismo” a este primer aspecto del anarquismo, que se resume en el famoso apotegma “Ni dios, ni patrón, ni Estado”.

En segundo lugar, el anarquismo también es una doctrina ética, una moral de la igualdad y la libertad válida en todo momento, no solo a futuro. En este sentido, se hace referencia a una moral práctica, a un criterio de comportamiento hacia los otros, aquí y ahora, que bien resume el apotegma de Albert Camus: “ni víctimas, ni verdugos”. A este segundo aspecto del anarquismo le podemos llamar “ética anarquista”.

Finalmente, y en tercer lugar, el anarquismo también puede ser –y es– una filosofía de la existencia centrada en la realización plena y singular de la individualidad, libre de todo dogma teórico, moral, religioso, científico, etc. Esta filosofía de la existencia puede resumirse en el también famoso apotegma de Max Stirner: “He fundado mi causa en nada”. Tradicionalmente se ha llamado “anarquismo individualista” a esto, pero este giro ha llevado a muchas equivocaciones y malentendidos. Por ello, preferimos denominar “anarquismo existencial” a este tercer aspecto del anarquismo.

Estos tres aspectos del anarquismo pueden conjugarse en una misma persona; incluso, para nosotros, eso sería lo deseable. Pero no siempre, ni generalmente, se da así. Por eso creemos, a riesgo de resultar simplones o esquemáticos, que es útil y didáctica esa triple distinción, pues es claro que también se puede ser alguna o algunas de esas tres cosas sin ser las tres al mismo tiempo: hay ácratas que no son anarquistas existenciales y viceversa; y hay personas que practican una moral anarquista pero que descreen de la posibilidad de concreción del ideal social ácrata; en fin, se puede ser cada una de esas tres cosas de manera separada o se pueden reunir dos o los tres aspectos. Pero nos atrevemos a opinar que el sentido existencial del anarquismo es el más profundo, porque, aunque sea empíricamente posible (y hasta frecuente) ser ácrata u ostentar una moral anarquista sin asumir un anarquismo existencial, creemos que este puede resultar la base más sólida para fundar teórica y prácticamente tanto al ideal social ácrata como a la moral libertaria, de modo que estos no corran riesgo de tornarse, respectivamente, una religión laica ni una ética intolerante.

SELECCIÓN DE
CARTELES
DE GONZÁLEZ PACHECO

Advertencia

Los siguientes carteles están escogidos en función de nuestro ensayo sobre *El anarquismo de González Pacheco*, estudio que antecede a esta selección. Por ello están ordenados aquí de modo correlativo a los sucesivos puntos que hemos tratado ahí. De cualquier modo, en todos los casos consignamos al pie la referencia a la edición completa de la que fueron extraídos: R. González Pacheco, *Carteles*, Biblioteca de Cultura Social, Ediciones La Obra, Buenos Aires, 1956, dos tomos.

(Introducción)

CARTELERIAS³⁶

De un tiempo ahora, los burgueses se han empeñado en hacernos una competencia que nos revienta. Mercaderes y políticos nos invaden las paredes también. Las llenan con sus carteles.

Sin plata para costearnos grandes tiradas de diarios, todavía teníamos a ellas para meter nuestras letras. En cualquier pequeño hueco dejábamos nuestros sueños, como quien deja un puñado de clavos. Sabíamos que quien los viera una vez no se los arrancaba más, ni con tenazas, del recuerdo.

Por ejemplo: pasaba un preso, tirado de una cadena, como un perro, pero al volver una esquina le salía al paso esta palabra nuestra: “¡libertad!”, y ya no iba solo más, huérfano del todo, hacia la cárcel. Volvía del taller, moribundo de cansancio, el esclavo del salario, pero al entrar al suburbio leía en un rinconcito: “¡anarquía!”; y era un abrazo de amigo, una caricia de amada, una flor húmeda y roja caída entre sus manos secas y oscuras. Dormía en el portal del rico, el miserable, y a la alta hora en que los niños tornan al lecho borrachos, se sentía despertar como por un aleteo de pájaros: eran papeles, carteles, negras letras que revoloteaban por asentarse, como sobre una bandera, en la pared que teñía la aurora: “¡comunismo!”

Así era, hasta hace poco, la cosa... Y nosotros, convencidos de tener un público que, por apuro o cansancio o poca luz, no podía deletrear sino lo grande, lo primordial, lo prístino, le dábamos, de lo nuestro, lo primero y lo último, lo que es más virtual que el arte y más fuerte que la filosofía: esencias, resinas, síntesis. Sí; para ese lector anónimo que tufa mugre, resopla angustia o masca enconos, bajábamos a las napas de la vida y surgíamos luego con pepitas de oro virgen, puñados de mineral y vasos de agua. Nuestros carteles eran para ese solo.

³⁶ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 27.

Porque un cartel –sabedlo, burgueses bárbaros– no se hace ni con ingenio ni con ciencia; ni con gritos ni con músicas. No se pinta ni se escribe. Es lo vivo, lo palpitante, lo cálido. ¡Se pare! Debe hablar de dolor, cuando hable, no con la boca, sino con las heridas; y no ha de pedir justicia, cuando la sueña, sino que debe salir a hacerla, ¡a cumplirla!...

Pero, decíamos: ya no va quedando sitio para los nuestros. Todo el que hay resulta poco para los de los políticos y mercaderes. Hasta aeroplanos remontan para arrojarlos desde las nubes. ¿Qué hacer, entonces?...

Presos: escribir con vuestras uñas en las piedras de las celdas: “¡Libertad!” Mendigos: grabad con mugre sobre los pulidos cedros de las puertas de los ricos: “¡Comunismo!” Obreros: acompasad las caricias de vuestras manos a la materia rebelde, como una madre al hijo que duerme, con este canto: “¡Anarquía!”

Y, finalmente, camaradas carteleros: no es el Espacio lo que interesa, sino el Tiempo; más vale lo que más dura, no lo que más abarca. Darle al pueblo pepitas de oro virgen, puñados de mineral y vasos de agua: esencias, resinas, síntesis. Y reiros luego de todas las cartelerías burguesas.

*LA MUECA PÓSTUMA*³⁷

Nihil en cápsulas para valetudinarios y proyectos: “ecco” el escepticismo, aún en su forma más respetable, la que presume de sabiduría. Hombres que han venido a ser sus caricaturas póstumas, parapétanse en sus esqueletos como en una torre, con la autoridad de su desencarnación, hablan despectivamente de lo que ellos llaman lírica: que es siempre lo que no aporta pan ni vino a sus vejezes. Que es solo músculo y flor de una pasión vigorosa, juvenilmente cargada de sol y jugos.

Solo envejecen los viejos, decía Barrett. Y envejecidos son, tengan veinte años o cien, los que tocaron la nada en todo. Son osamentas.

³⁷ Ibid, p. 171.

Desencantados de cuanto crea para su gloria la plenitud, relieren todo fervor a ingenuidad o ignorancia. Ni el amor ni el entrevero, ni el hierro ni el beso tienen resonancias ya en sus nervios roídos o destemplados. Y así somos, para ellos, locos o idiotas prendidos a la fugacidad de la lucha o del placer como al resplandor de un astro.

Son ricos venidos pobres. Hablan, pues, como fundidos. De estos poseen la experiencia, muy respetable, por cierto. Pero un fundido será siempre un derrotado para el que no puede ser nada más que humo de pajas esta vida que yo canto y que el ideal me decora, como la aurora a la tierra: cada día con nuevas luces.

¿Sabio?... ¿Escéptico?... No, queridos; muchas gracias. Lo dejo para después; cuando haya doblado el cabo. La mueca póstuma.

*HIGOS PINTADOS*³⁸

Antillí: esta es mi “Ushuaia”; el rincón más frío de la Argentina, adonde somos echados todos aquellos para quienes la patria no es madre, sino madrastra. Estos son mis recuerdos. Te los dedico.

Seguramente, no tienen lo que yo busco en los otros: calor de entraña o de surco. Pero tenía que contarlos... Resígnate a recibirme, en vez de un plato con higos, estos higos pintados en un plato.

Por lo demás, tú lo sabes: yo no soy un escritor. No sé si no puedo; sé que no quiero. Intelectual de oficio... ¡Ah, no! Por nuestra anarquía, todo; hasta escribir. Profesionalmente, nada. La profesión anula al hombre.

Hermano mío: Lo que sobran son palabras, y lo que faltan son hechos. Vida en rama o vida en fruta. ¡Gestos! Los gestos hacen la historia, si el que los tira, se tira también tras de ellos: a remacharlos.

No dramatizo. Este es un país de aluvión, con más casquijo que tierra, más grava que humus. No bastará la simiente para restarle aridez; será preciso entregarle, sobre las ideas, la sangre.

³⁸ “De Ushuaia”, en *Carteles*, tomo I, p. 197.

¿Por qué saldríamos vivos de aquel infierno?... Muertos de frío, o fusilados, hoy seríamos para el pueblo algo más que ex presidiarios. Su esperanza, tal vez: su bandera, quizás...

Volvamos la hoja; pasemos. Para deseos frustrados basta con estos recuerdos. Estaban en mí, quemándome; hasta que los manoteé y los arrastré a estas páginas. Pero no se arrastra el fuego. Verás al leer: mucho que debió ser luz, encendido dolor, protesta ardiente, se me quedó en el tintero, o se me hizo humo.

Cada cosa en su día, amigo. Y las emociones, como las flores: del tallo al pecho. O como las frutas: de la rama al plato. De no, son esto, y no más: higos pintados.

(Culto del carácter)

¡PACIENCIA Y META!³⁹

Por lo común, no es la causa que nos preocupa, sino el efecto. Lo externo antes que lo interno. Nos producimos, en bien o en mal, según sean brisas de frondas o vendavales de piedras que nos conmueven. Para acabar de decirlo: somos todavía bastante, bastante bestias.

Sin embargo, el triunfo de eternidad, ese que se eslabona en los siglos, avanza penosamente, y es el punto –¡único punto!– de referencia que permanece como un legado a los hombres a través de todos los cataclismos, es el de la razón, siempre. Todo cuanto le ganamos a los instintos oscuros, no lo perdemos en fuerza, no, señor. La fuerza, la verdadera, es paciente, metedora, como el genio. El genio es paciencia. El arte mismo es paciencia. Y así late en todo lo que producen la mano, el corazón o la médula de alguna vida; late una causa.

La causa, la causa ha de preocuparnos, pues. Siendo ella buena, sentida y elaborada en los años, deja no más que coleen, se desgañiten gritando, te lapiden en la calle, los efectos. A hombres de talla anarquista que han recogido la tea de los geniales, la bandera de los mártires, un ideal de redención para todos –¡para todos!– no debe desvelarles sino un solo pensamiento, una única idea: ¡llevar adelante y adelante, con los pechos, los puños y la cabeza, el legado de la vida!...

Odios, críticas y disensiones externas, son nada; menos que nada también; son efectos. Qué va uno a hacer caso de ellos... Paciencia, paciencia y ¡meta!...

³⁹ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 34.

Bakunin es una masa de vida explotadora al cincel, pensamos. No hay piedra capaz de contenerlo en su esencia. Estallaría del pecho; se le abriría astillada la cabeza.

¿Y el bronce?... El bronce se haría un puñado de fuego, se caldearía como un horno, hasta abrirse. Bakunin es una llama de vida incontenible. Como un grito de la tierra.

¿Comparaciones?... Poned la divinidad de Cristo, la cinta de inmensidad que lo nimba, su fragancia de martirio, y será, cuando mucho, su reverso. ¡Cuando mucho! Frente a frente, talladura a talladura, no tiene igual, creemos. Bakunin es como una ola de pueblo, de agua de vida, mesturada de casquijos milenarios, que se quedó estatua en pie. Hombre en el dintel del mundo.

Nadie dijo de él lo justo. Nadie describió su “modo”, su gesto, su musculatura ideal. Se ha dicho: atravesó la Siberia tumbando osos. Escribía como si hachara en un bosque. Castelar, rey del discurso, reculó como un lacayo, al oírlo, de rodillas... Se ha dicho lo que se dice del mar, del viento y del fuego... Pero esculpid eso en piedra, fijadlo en tela, vaciadlo en bronce. Imposible. Se parte, escapa, explosiona. Como un grito de la vida...

Es virtud de la grandeza disasociar las ideas. Bosques, cumbres y llanuras nos vuelan los pensamientos, como sombreros. Vuelan hasta las cabezas. Se sienten a pura carne, en la masa del instinto...

¡Bakunin!... Y vemos osos tumbados, pueblos en marcha, reyes que se le arrodillan. ¡Bakunin!... Y nos vuelan las ideas como sombreros. El cráneo también nos vuela. ¡Bakunin!... Y se ve una ola de vida, mesturada de casquijos, que se inmoviliza en Hombre, en Ideal, en grito: ¡Viva la Anarquía!

Grabad, esculpid, pintad la Anarquía, artistas. ¡Es Bakunin!

⁴⁰ “Los míos”, en *Carteles*, tomo II, p. 109.

He aquí un hombre que se ha ganado el derecho de hablar a la humanidad y que esta le oiga. Sin ser un genio, su palabra se autoriza universalmente. Y es que todos saben que un solo interés mueve su lengua en la tribuna, su pluma en el periódico, su pie sobre la tierra: la justicia.

No posee más que el Ideal y este le basta para estar en todas partes como en su casa y hablar a todas las gentes como a hermanos. Herrero, deja su lima, rodea a sus camaradas de trabajo y les dice su pensamiento libertario. Vendedor de refrescos en la calle, para su carro, lo trepa y conglomerera transeúntes para cantarles sus sueños. Fugitivo de la cárcel o la horca, no se esconde para temblar o rectificarse: escribe un folleto, planea una acción, se concentra para un nuevo ataque. Cincuenta años de esta vida han llegado a identificarlo con su palabra. Él es lo que habla: un comunista anárquico. Y viejo y vagabundo y solitario, es grande como la idea que lo alienta, fuerte como el fierro de las armas, joven como el Ideal.

Y no es un santón ni un ídolo. Nadie le ve apareciendo entre astros, rodeado de resplandores, sobre una cumbre. Es más veraz que todo eso y más efectivo. Es un compañero de los hombres. Es el compañero Malatesta.

Y ved todavía, qué raro... Todo aquello que desvela y desvive a los caudillos, a él no le inquieta. Es un jefe sin soldados y sin táctica, para quien no hay victorias ni derrotas; para el que todo es una sola batalla... Sale de su suburbio de Londres, o del cuarto del camarada de Ancona, o del barco que le trae de una excursión por América, y dice lo que debe decir, en cualquier calle y a cualquier hora: ¡comunismo anárquico! Y esto le basta para arrebatarnos a los tiranos y a los canallas sus multitudes embaucadas.

Esta es su obra y él mismo es esto: un hombre que alza la visión del pueblo y que aparece siempre apuntando al ideal más alto. La humanidad lo ve. Los revolucionarios lo amamos.

⁴¹ Ibid, p. 121.

En estos últimos tiempos, Malatesta ha caído a Italia. Vuelve indultado, septuagenario, pobre. Llega en momentos de triunfos bolcheviques y de derrotas burguesas. Podría callar, retirarse, hacerse a un tibio rincón para morir en paz... ¡Ha peleado tanto!

¡Pero, no, no! ¿No veis que es Marx, el calumniador infame, su táctica dictadora, el socialismo de Estado, lo que amenaza imponerse?... ¡Hay que luchar todavía!... Y ahí está luchando, luchando por el comunismo anárquico.

¡Gran viejo nuestro! ¡Compañero de los hombres! ¡Compañero Malatesta!

*KROPOTKIN*⁴²

Generalmente, se ha tachado al anarquismo de no tener una filosofía. Un anarquista, así fuera un Bakunin, un Reclus o un Malatesta, ha sido siempre visto, más que como hombre que mueve ideas, desata fuerzas espirituales, pone de pie realidades hasta su llegada inéditas, y todo ello con un fin dentro de su concepción de la vida, como un simple rebelde, inquieto y romántico. En general, como poco serio para ser sabio, parcialmente informado para sociólogo y, sobre todo, excesivo, hartamente excesivo en sus amores o sus odios para ser comprendido en la categoría de los filósofos.

Sin negarles el genio o la bondad o la audacia, se les ha colocado en la fila con los ilusos, resplandecientes pero dispersos, poderosos por esencias pero estériles e ineptos como sistematizadores. Se ha dicho de ellos lo que podría decirse del árbol que se carga de frutos, pero que no entiende de su clasificación en el catálogo; del ave que llena el aire de notas, pero que es incapaz de ordenarlas en el pentagrama. No tiene mostrador, no tiene música, no tiene filosofía, en una palabra.

Y esto, dicho hasta el cansancio, y desde todas las cátedras, por esos sapos con anteojos que son los sabios oficiales, ha sido coreado luego, y desde todas las charcas de la literatura oficiosa, por los filosofastros alquilones: periodistas, pedagogos, diletantes. Más aún: ha hecho cantar a los propios nuestros, anarquistas, una palinodia entrecortada de hipo: ¡ay, no tenemos filosofía! ¡Hay que hacer filosofía!

⁴² Ibid, p. 123.

¡Tenemos filosofía! ¡No hay que hacer filosofía! Como en política, la asociación de los hombres primitivos obedeció a un principio de defensa, en moral obedeció a una inclinación de sus espíritus. Y toda, toda la lucha del anarquista, desde que surgió a rugir y conspirar en la tierra hasta hoy, no ha tenido otro objeto que probar eso, frente a los que eso niegan y en la negación amparan la desigualdad, el crimen y el robo: que hay una ciencia inmanente de la vida, férvida y militante, que tiende en cada ser a mayor bien propio y a menor sacrificio del prójimo. Y que tanto como está este sentido de la justicia desarrollado en nosotros, somos filósofos, tenemos una filosofía.

Kropotkin es un ejemplo de esto, pleno y jugoso. Se lee y se lee, y lo solo que de él queda a través del farragoso mundo de citas, comprobaciones y datos que aporta, es su amor a la vida, su comprensión, lejos de dogmas, sistemas y doctrinas, del destino del hombre. ¡Qué bueno es, cuánto bien hace! De su cerebro, como de la presencia de una mujer hermosa o de un acto heroico, vuela el entusiasmo, bajo un río de sonrisas. Nos baña y nos inflama. Y comprendemos, al fin, aquel grito de Gorki ante Tolstoy: ¡Venid a ver qué ser más radiante y más fuerte ha nacido en la Tierra!

¿Y no es filósofo?... ¿Y no tiene una filosofía?... ¡Atrás, sapos con anteojos, cantores de palinodias gangosas! Es la vida y tiene el ideal que de ella brota: ¡la Anarquía!

I

Barcelona. Plaza Cataluña. Hall del Hotel Victoria. Y Felipe Alaiz, nuestro mejor escritor. Y Juan García Oliver, “nuestro” mejor político.

¿Y nosotros? Nosotros, entre estos dos, hechos unos energúmenos. ¡Qué papelón esa noche!

Todavía nos reímos. ¡Eh, Juanito! Eso fue cambiar ideas... Nunca más lejos dos seres que tú y yo, que allí estábamos tocándonos. ¡Diablo de vida! A veces te pone cara a cara con un hombre nada más que por que sientas que estás de espaldas. Así nos puso a nosotros. Y manoteando. Y gritando. ¡Qué risa!

Alaiz se desesperaba, al punto de imaginar la coartada: –Se nos hace tarde, viejo. Y hay que comer todavía –Y a Oliver: –¡Apa! ¡Salud!

Para manducas estamos... Cuanto a los presentimientos, como no fueran los de la ociosidad enojosa, por estéril, de todas las discusiones... Y, sin embargo, la presentimos.

No la habíamos visto nunca, ni conocíamos su libro: “Viví mi vida”, que hojeamos luego en París, en el que están sus retratos de niña, de adolescente y de mujer hecha. Y, a pesar de esto, no bien franqueó el comedor la identificamos: –¡Esa es la Goldman!

Y es que el que ve un viejo nuestro, después se orienta entre mil. Todos tienen este empaque entre cordial y severo; un juego de luz y sombra, sonrisa y gruño. Lo tenía Lorenzo, lo tiene Faure; esta que entraba es así: una bravura mansa. Es Emma.

Chiquitina, arrugadita, cansada. Un cansancio hasta en la ropa, que parece estar pidiéndole que la deje descansar. Pedido inútil, que esta incansable andariega, si oye, desdeña. Desde el mentón imperioso, bajo los ojos cordiales, se empuja, inexorable. –¡Vamos!– Y hay que ir.

Alaiz va hacia ella y la acompaña a sentarse. Después regresa a nosotros, contento el mozo de la alegría de la vieja: –Viene de visitar unas colectividades de campesinos. –¡Está encantada!

⁴³ Ibid, p. 141.

—¿Encantada también de “esto”?

—¡Ah, no! De nuestras politiquerías, no. De “esto” protesta. ¿Quieres oírla?

No quisimos. Nos pareció un sacrilegio hurgar la llaga que los obreros del campo habían cubierto de bálsamos. Venía de sahumar sus manos en el fruto de cincuenta años de siembras suyas. Era quizá —sin quizás—, la única noche en su vida de pesadilla y desvelo que iba a acostarse encantada, a soñar encantos y a despertar remecida en el encantamiento de un mundo de criaturas libres, trabajando alegres.

No, caro Alaiz; no queremos. Salúdala por nosotros, los anarquistas de la Argentina. Y despídenos también del encantador Juanito. ¡Chao! ¡Encantados!

1937

II

Una gran vida es siempre una gran lucha. Solo los que no pelean por hacer bien o por ser ellos mejores pueden vivir sin pena e irse de entre nosotros sin melancolía. Un verdadero hombre, Reclus o Malatesta, una mujer verdadera, la Michel o la Goldman, encendidas ternuras o centelleantes acciones, ¡qué tristeza apagarse!

Inútil fuera que, tomándoles las manos carbonizadas de incendios, les musitáramos que han cumplido su deber y que este ha dado los frutos que ellos querían. Aunque así sea, no es eso. ¡Queda tanto por hacer! Y ellos se van... Y esto, que lo habrán sufrido todos los que vivieron una gran vida, Emma Goldman debe haberlo agonizado. Se ha ido cuando la tierra tiembla de la barbarie en marcha y se empapa de sangre hasta más debajo de donde acuestan los muertos. ¡Qué angustia no vivir aún para luchar contra esto!

Hace mes y medio sufrió el primer ataque de la parálisis, en Toronto (Canadá). Estaba en plena pelea por la liberación de los presos sociales Bartolleti y Joachin. En locales y plazas, ante un proletariado, si no adverso, indiferente, defendía a dos compañeros. De esa acción la retiraron inválida, herida de muerte en su vieja carne.

Y hace unos días se fue. Murió la gran luchadora. “Emma la roja”, cubierta de tierra negra, “vive su vida” siempre; es lo que ella quiso ser: una bandera anarquista. Pero, aunque pudiera oírnos afirmarle esto, no se consolaría. ¡Y menos que nunca ahora, que hay tanta vida a empujar, tanta angustia que sufrir!

1940

(Romanticismo)

*SOLDADOS DESCONOCIDOS*⁴⁴

Hay en todo ser, oculta, una corriente de simpatía y de ideal. Es la que, en horas supremas, moja los ojos, o canta, como en una caracola, en el cerebro, o rompe, como en un acantilado, braveando, en el corazón. Es el río de la vida que besa, empapa, fecunda la costra humana.

De ahí que, igual que ciertas tierras, separadas por la distancia y el clima, producen no obstante idénticos frutos, haya, a través de las clases y la historia, hombres que nos dan de sí los mismos gestos e ideas idénticas. Que son como los soldados de una milicia civil que pelean sin verse ni oírse, pero con la vista puesta en un común horizonte. Hermanos y compañeros desconocidos unos de otros.

El viejo río de la vida mojó sus plantas, como, a una tierra maldita, un manantial subterráneo. Y los tornó así fecundos, audaces, bellos, en medio de un ambiente estéril, cobarde, feo. Y son los genios, los mártires, los revolucionarios.

¿Será a ellos a quienes honran los gobernantes de Europa ahora?... ¿A estos soldados de una milicia insurrecta, subversiva, sin disciplina ni jefes?... ¡Ah, no, no! A ellos nunca los glorificarán aquellos. No puede ser; su sementera es de ideal, de libertad, de justicia, en un mundo cultivado para el odio, la ignorancia y la violencia. A ellos se les caza, se les quema o se les befa. Su hogar no es el palacio, sino la celda; su tumba no es el panteón, sino la zanja; su apoteosis no es de himnos, sino de escarnios. Los reniegan, los descalifican y los desconocen aquellos.

Y, sin embargo, a través de la tierra y de la historia, oímos sus voces que vibran siempre; percibimos sus ideas como relámpagos en una selva; siguen siendo como franjas de verdura sobre comarcas estériles. Son lo único real que existe, que queda, que se perdura en los siglos: estos soldados desconocidos.

⁴⁴ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 71.

Trabajos, sueños, pasiones debieran ser en la vida las flores de más penetrante aroma, de más intensa y más rica policromía. Hombres, mujeres y niños poblarían así la Tierra, de plano a plano, igual que tallos que balancearan al aire, como cabelleras cálidas, sus tiernos, suaves o poderosos amores. De agua y de barro somos, como los cañaverales y los robles: ¿por qué no hemos de esperar que nuestra existencia actual, triste y árida, pueda también algún día erguirse al sol y la luna, florecida de fragancia y de belleza?

El mundo en flor... Ved que no hablamos ahora de mutilar los instintos, dirigir el crecimiento de las mareas de las almas, estilizar o torcer los oscuros móviles de la naturaleza humana. Tarea que hasta nos parece inútil, por otra parte. Por más que se haga y se diga, la Tierra no será nunca sitio propicio a dioses ni ángeles. De agua y de barro somos.

Hablamos de remover en los hombres la costra estéril de la cobardía, la astucia, la esclavitud. Que nada de eso oprima al terrón fecundo. Que entre más bien en sus vidas, como la sal de las tierras de aluvión entra por las raíces de los más altos y rectos y fragantes pinos.

Al principio todo estuvo para la flor en nosotros. Mirad los niños. ¿Qué veis si no tentativas de actos intrépidos, de bellos gestos, de una liberad balbuceante e impaciente?... Se los compara a menudo con las flores; pero es una exageración, nos parece; son botones, son pimpollos.

Flores, gloriosas flores serían si la sociedad a que más luego se acogen o los somete no fuera lo que es: burguesa, reaccionaria, propia más para domesticar fieras que tratar gentes. Vedlos apenas bandean la pubertad, cerrados, mustios, resecos; cuando no esclavos, mentirosos y cobardes.

El mundo en flor es un sueño, todavía; esto es cierto. Pero hay una realidad que nadie puede negar: son los hombres florecidos de esperanzas, ideales, visiones grandes. Genios, rebeldes, artistas.

⁴⁵ Ibid, p. 99.

Trabajadores, obreros: floreced también vosotros. De agua y de barro sois, como los cañaverales y los robles. ¿Por qué no habéis de querer que vuestra triste existencia se yerga al sol y la luna florecida de fragancia y de belleza?... Luchad, pelead, insurgid, con vuestra dignidad de productores en alto, como una maza en el puño. Esa será vuestra flor; la roja flor sobre tallo oscuro con que ayudaréis vosotros al florecer del mundo.

*EL SEÑOR DE TODO EL MUNDO*⁴⁶

Es inútil que busquemos fuera o dentro de nosotros, en los hechos o en las tácticas: no se encuentra otra salida a la sociedad presente que por la puerta ferrada de la revolución. Es el dilema. O pasamos por ahí o continuamos golpeando los muros con la cabeza.

Hemos llegado al momento en que lo único práctico es la utopía; todo lo demás conduce a desalentarnos. Ya veis las huelgas: por más que amplíen su radio, si no se acompañan de sangre y fuego, no preocupan ni a los burgueses. Estos saben que el fin es la tratativa o el sometimiento tácito de los obreros. Resisten, capean el temporal y, en último caso, trabajan ellos.

Por su parte, los huelguistas van viendo, cada día más, que es un sacrificio sin porvenir que se les exige. Vencedores o vencidos, saben que el fondo real de las cosas no se mueve a favor suyo. Sienten, también, que como gimnasia está bueno ya, que en vez de tonificarles les agota tanto ejercicio.

Va, pues, resultando estéril y retardada cualquiera acción que no se enderece a un cambio fundamental de la sociedad presente. Solo ella tiene el porvenir abierto, el camino firme y limpio de sorpresas, como una calle alumbrada hasta más allá de donde alcanza la vista. Las otras van a morir al cansancio y al pesimismo.

Es inútil que busquemos... El pueblo no quiere holgar ni oír discursos, sino batirse, hacer cuanto antes su guerra. Dadle motivos heroicos, bases de una libertad definitiva y le veréis poniendo su fuerte puño y su planta audaz en los sitios de mayor peligro. ¡No va a regatear su sangre, no!

⁴⁶ Ibid, p. 69.

Hemos llegado al momento en que lo solo real es la utopía. Nadie de nosotros sabe cuándo ni de qué manera va a estallar la revolución social. Pero otra cosa sabemos: que no será decretada ni por los sindicatos ni por las federaciones. Estos andan, hace tiempo, golpeando los muros con la cabeza.

La iniciativa va a corresponder a UNO. A uno que tiene más espíritu y más genio que Voltaire, según Bakunin. A EL SEÑOR TODO EL MUNDO.

EL HÉROE⁴⁷

Esta barricada nos desencanta. Es en la Rambla de las Flores. Se tirotea con *pacos* y comunistas, pero con tal parsimonia que, más que cambiando tiros, parece que estuvieran cambiando ideas. Nadie se arriesga; todos se cuidan. Es como un juego a quien mata más y muere menos.

Este modo de pelear lo vimos luego en Madrid, en la famosa Cuesta de las Perdices; y lo encontramos lógico. Pero en Barcelona nos parece absurdo; nos desencanta. Allá es la guerra, mecánica y de desgaste; aquí es la revolución, apasionada y urgente. Aquella es una trinchera; esta es una barricada.

Fuego que viene y que va, sin los hombres que se queman, no es una pelea revolucionaria. Para serlo, le falta eso: el inútil heroísmo, que puede ser un suicidio, pero sin cuya grandeza matar, o que nos maten, es siempre un crimen. ¿Cómo justificar ante la conciencia, o dios, el tremendo sacrificio, si no es corriendo también el tremendo riesgo? En esa fuga hacia la locura está la salvación de nuestra alma. En ese desequilibrio, nuestro equilibrio.

Y así lo planteamos a alguien y es para peor. En lugar de contestarnos, nos interroga:

—Tú, ¿tienes armas?

Y, ante nuestra negativa, se nos ríe:

—Anda, con este. No tiene encima ni una pistola de matar gatos... Vuélvete a América, viejo. Mala hora es esta, en España, para turistas.

⁴⁷ “De España”, en *Carteles*, tomo II, p. 88.

En la chunga o la *cachada* está también la respuesta. Comprendemos. No se trata de cobardía o de coraje, sino de perder o de ganar. ¡La sangre no es agua, Cristo! Hay que economizarla. ¿Cómo no lo comprendimos? ¡Romanticones que somos!

Y al desencanto de antes, se le agrega la vergüenza de ahora. Y vamos a arrinconarnos, cuando... Un niño cruza la calle, entre el fuego que va y viene; trepa el mortal parapeto, desenvuelve un banderín rojo y negro, y lo hace flamear, gritando:

—¡Visca la revolució, me cachi en Deu!

Es lo sagrado y lo obsceno, que se juntan para un solo golpe a todos. El manotón que arranca las ligaduras de la prudencia. El empujón a la victoria o la muerte. Apasionados o locos, saltan a todos los riesgos, para vencer, o ser vencidos, los hombres. Como revolucionarios.

Cuidarse es bueno; pero entregarse es bello. Aquello se comprende; eso se siente. Y el pueblo vive de sentimiento. Por eso bastó que un niño —pequeñín, de doce años, a lo sumo, descalzo, astroso, mocososo— flameara una bandera y un grito y... ¡al diablo la comprensión, la economía y la estrategia! Y a la conciencia, o a dios, la razón de matar o de ser muertos. Faltaba el héroe.

RAFAEL BARRETT⁴⁸

Hay un momento inefable en un relato de Wagner sobre sus relaciones con Bakunin. Fue una noche en su cuarto. El gran oso conversador y andariego estaba planeando una campaña anarquista. Con su talla tamaña, la garra crispada y la palabra golpeando las paredes y el techo, tranquea tras sus proyectos, como un domador en una jaula, tras una fiera que le huye. Los grita, los acorrala, los hace rugir. Y, de pronto, enmudece, suspenso. ¡Qué ocurre?... Es que nota que su oyente parpadea; que la llama de la lámpara le está quemando los ojos...

Y el relato continúa: Bakunin habló hasta el alba; hizo punto con el sol. Pero con la mano izquierda puesta como pantalla sobre aquel foco de luz que hería a su amigo... Y así es como pudo Wagner oírle horas y horas, sin parpadear, esa noche. Y contarle años después, para hacernos parpadear de una tierna emoción a nosotros...

⁴⁸ “Los míos”, en *Carteles*, tomo II, p. 128.

No es pura garra la anarquía. Corazón por medio, tiene también una mano blanca, piadosa, fraterna. Barrett fue la ternura de Bakunin.

Pero no fue un cristiano. Ninguna bravura nuestra le arrodilló el pensamiento o le dictó un reproche amargo. No fue esclavo ni de la misericordia ni del miedo. Fue un señor siempre, y de todo. Señor de la idea y del arte. Señor del coraje alegre y de la voladora esperanza. Si velaba el resplandor de un incendio, o ponía sordina a un estampido anarquista, era para dirigir sus llamas a las raíces del mal o por mejor destacar su belleza o su justicia. En voz baja, a media luz... Fue el otro tono de la anarquía.

Leer a Barrett es como entrar a su cuarto, sentarse y oírle. Intimidación sin pose. Sabe bien todo y se expide sin esfuerzo. Pero sabiendo tanto, más que enseñar, revela. No es dómine, sino apóstol. Dueño de su pensamiento, como de un barco hecho a todas las borrascas, no os conduce a su bodega, sino a su proa; no a lo que pesa en él y lo lastra, sino a lo que en él se afila y se hunde en las negras olas. Ese fue su arte.

Su filosofía, él lo ha dicho: es la actitud de un hombre que confiesa sus entrañas; que retrata la marcha de su firmamento interno. Pero tan fiel y tan antidoctoralmente que nadie, como no sea un irreducible esclavo, puede llamarle maestro. Hay que llamarle hermano.

Como a Bakunin no se le podría llamar sino compañero. Este, con veinte contradicciones, tallaba una afirmación filuda y poderosa. Él, con el hecho más parvo, el más somero accidente, sugería veinte caminos hacia otras tantas bellezas dulces y absortas. Fue su otra mano: tanto como aquella fuerte, la suya fina; sabía, tanto como aquella grande; atizadora tenaz, pero de otras llamas que las negras y rojas de las revueltas; de las azules y frescas de la esperanza.

Trabajamos afuera; él trabajaba adentro. Vemos los frutos podridos; él veía también las raíces enfermas. Por eso, mientras nosotros poblamos la superficie de blasfemias y canciones, él jadea abajo, lívido y pensativo. Pero cuando la marea de justicia que empujamos, se hincha contra una muralla, la abrasa con un incendio o la vuela de un bombazo; cuando, en fin, aparecemos señores del entrevero o el sacrificio, él no se esconde o nos niega; se yergue y se responsabiliza, señor de cualquier peligro. A nuestro lado, corazón por medio. Fue la otra mano de la anarquía.

(Internacionalismo e idiosincrasia nacional)

ESPAÑA⁴⁹

Las “fronteras naturales”, igual que la “sangre pura”, son metáforas políticas; tropos que nos harían reír, si a otros no los hicieran matarse. Como este, que ahora le cuelgan a Hitler: Jesucristo no es judío, porque es hijo de Dios. Y Dios es ario...

Lo grave de todo embuste es que es la deformación de alguna realidad siempre. No hay razas, pero hay pueblos que, a través de la más larga existencia y la más movida historia, perduran en una suerte de cohesión de especie. Por debajo de las superestructuras que los dividen en clases, viven un solo temperamento. Y ello, no por un milagro de herencia o de ética, sino por algo más estrictamente físico. Lo telúrico, que colora nuestra piel y remece nuestra voz, nos da la temperatura de las ideas y el color de las pasiones. Todo será un mismo hierro, pero en diferentes puños. Hay lo ingénito español, que no es lo ruso o lo chino.

España ha sido ganada por los más opuestos regímenes de fuerza o liberalismo, desde los romanos a los franceses; hacia ella canalizaron las más diversas culturas, desde la mora a la hebrea; sobre su campo acamparon clanes, civilizaciones y barbaries. Y todo fue como el agua, el aire o la luz; elementos con que nutrió, cada vez más, lo español. No hubo injerto ni cultivo que obnubilara o matara esta flor de sus sustancias: la exaltación española.

Desde sus propias entrañas, tozudos hombres geniales se han alzado a transformarla. A lanzadas o a caricias han pretendido acuñarle un nuevo cuño, otro ser, una imagen de otra postura y otro calibre. Y no pudieron tampoco. El mineral de su vida se hacía cruz, espada o pluma, pero conservando siempre el fuego, el timbre y el filo del mineral peleador: el de Cortés o Cervantes, de El Cid o Santa Teresa. Todos sus héroes lo han sido por su rotundo fervor para el mal o para el bien. Machos, hasta las hembras.

⁴⁹ “De España”, en *Carteles*, tomo II, p. 53.

Un pueblo así, que vivió siempre tan en grande, tan en sí mismo y tan invariable, tenía, al fin, que escindir-se, alzándose a la grandeza que hoy vive: bárbaramente tendido hacia los extremos de la dictadura y de la anarquía; tironeando hacia la gruta ancestral y haciendo pie en una playa desconocida. Y entre ambos bandos, la quemazón de sus respectivas naves para ni soñar siquiera con un retorno a la paz, si antes no logra uno u otro su botín de tiranía o libertad. (¡Salud, Azaña y Lerroux, Largo Caballero y todos los marinantes posibilistas! ¡Vais a arder bien, camaleones!).

Porque, ¡no y no! La España viva y eterna nunca podrá ser la anfibia, mitad agua y mitad fuego, que quieren hacérsela republicanos y bolcheviques. Es esta que cumbrea ahora; que presintió Bakunin, pulsó Fanelli, amó tanto Malatesta y se puso a trabajar de gañán en gañán, de sangre a sangre, Salvochea. Este es el pueblo español, sobre el que hasta lo divino tiene que ser popular, sencillo y fuerte para absorber amores y maldiciones. Pues si no hay otro en la tierra que haya puesto más fe en Dios, tampoco hay otro que lo haya mandado más veces al gran coño.

Es que allí todo es llano, hasta las cumbres. Era yo un muchacho cuando visitaba el viejo Anselmo Lorenzo. Ante su blanca presencia, tan alta en todo sentido, a mí se me desmesuraban las distancias. Y le trataba de usted. Un día no pudo más, y me dijo: –Tú no me quieres, amigo. Si me quisieras, me tutearías...

El español trata de tú a la vida, porque la quiere. No había, pues, más que enseñarle a quererla libre y justa para que quisiera a la anarquía. Este anarquismo con que ahora ilumina el orbe: recto y rotundo, de conquistas y de hogueras. Españolazo.

¡España, España! Decían, por denigrarte, que África empezaba en tus Pirineos. Era un socorrido tropo, pero, como todo embuste, en base a una realidad. Sí. Eres fuego, pasión, fuerza. Siempre lo fuiste. Y por eso, como ayer para engrandecer los mapas, hoy hay que contar contigo para engrandecer las almas. Ayer con tus capitanes. Y hoy con tus anarquistas.

Barrett había observado ya esto: la Argentina tiene un anarquismo propio. Traído el plasma, no interesa ahora de dónde, no rebrotó como injerto, sino que entró en la corriente de nuestra sabia; fue la gota de sangre de la salud, más que el diagnóstico de la dolencia; fue vida, más que doctrina. Al pasar por nuestros nervios la Anarquía suena más fresca, se hace vivaz y romántica, se colorea como un muchacho entusiasta. Y no es cuestión del lenguaje únicamente. Este es la flor del espíritu, o el grano de una mentalidad, más o menos creadora o abarcativa —no discutimos—, pero distinta y nueva, ¡sí, afirmamos!

Pero si la Argentina puede decir: mi anarquismo es mío, México, en cambio, podría contracantar: mis anarquistas son mexicanos. El mismo plasma caído en los dos extremos del continente, sobre dos tipos indígenas, pero de psicología opuesta, hizo del de aquí escritor y propagandista, del de allá montonero y mártir. Del campo a la ciudad vino el gaucho; de la ciudad a los campos marchó el indio; el uno sacó un periódico y el otro manoteó un rifle. Y aquí se llamó Antillí y allá Práxedes Guerrero.

Las consecuencias: aquí haremos barricadas cualquier día —las hemos hecho; allá coparán las cumbres cualquier noche —las han copado; aquí devolveremos las fábricas a los obreros, allá la tierra a los campesinos. Y finalmente; aquí a toda filtración legalitaria o ideologismo bastardo, primero que en cualquier parte, le pararemos el carro; allá al tirano más fiero, al más bragado caudillo le pararán las patas. Son dos formas de una misma guerra que deben darse la mano y marchar juntas para la libertad integral de América.

Práxedes G. Guerrero dio el primer paso a esta alianza del campo con la ciudad, del rifle con el periódico, del sublime coraje con la esperanza inmortal. A sellar este pacto venía cuando le derrumbaron de un balazo. Venía el indio. ¡Vamos los gauchos!

⁵⁰ “Los míos”, en *Carteles*, tomo II, p. 126. El nombre correcto y completo del anarquista mexicano era José Práxedes Gilberto Guerrero. Hemos optado por dejarlo tal cómo está en el cartel de González Pacheco, aunque aparece ahí reiteradamente mal escrito.

(Esteticismo)

ESTATUAS⁵¹

La gente de pluma (parda) que cuenta el país piensa estatuar a Darío. Quiere alzarlo como elemento concreto y material, en un punto, a él, que fue rumor y esencia sobre un mundo. Sacarlo de la pura realidad que era su espíritu y elevar, como inmortal, la mentira fugaz de su esqueleto.

¡Qué! ¿Aún no había muerto del todo que tanto os apresuráis a pegarle ese tiro de gracia? Porque una estatua es el golpe más certero a la obra de un hombre. Se estatúa lo que se alcanza y se pasa; lo que ya cumplió su fin de cosa eficaz, activa o bella en la tierra. Y se baja como flor, se recoge como vela, se embalsama como momia. ¡Ahí está!

Es el entierro de su alma. Los propios preliminares de esa apoteosis son, ni más ni menos, los ajetreos de los deudos que encajonan y trasladan el difunto al hoyo. Tal como estos se apresuran a descolgar de las perchas todas sus prendas, aquellos corren tras los acentos del otro, que también cuelgan de las ramas del recuerdo de los hombres. Y una vez elevado en su plinto es peor que una vez pisoneado en el suelo. De ahí sí que ya no se mueve; mármol, piedra o bronce, permanecerá suspenso como un símbolo de esterilidad melancólica.

La estatuaria era una industria oficial. Sus patrones alegóricos no eran siempre novedosos, pero en cambio le eran propios. Los caballos que piafan sin acabar de ponerse en marcha, el arado que no traza surcos, el lector que lee años y siglos la misma página, simbolizan el Estado cabalmente. ¿Quién más que él pretende clavar a un punto todas las fuerzas y hace, no obstante, el grosero simulacro de que las lanza adelante?

Pero el tiempo fue pasando este zurdo privilegio a las manos de los amigos y los admiradores de los próceres. Forman una comisión, que es, también como un gobierno, con presidente, ministros y diputados (secretarios y vocales), que corren con la tarea de monumentalizarlos. Y estos son los que apagan la lámpara de su cámara, recogen sus acentos de los últimos rincones y

⁵¹ “Del arte y los artistas”, en *Carteles*, tomo II, p. 158.

bajan, hecho materia, cuanto era espíritu de ellos en la memoria de los hombres. Y se solazan de su obra como Sanchos cazadores después de haber limpiado de aves un bosque. ¡Antipáticos!

Sí, sí, caramba. Los manes blancos y dulces de Rubén gemirán rondando el mármol. Tal vez si hablaran dirían, parodiando a Reclus: ¡estatuas no! Un pino, un rosal, cualquiera cosa fragante o sonora plantad en su nombre.

En cuanto a nosotros, pobres de toda pobreza, más que su efigie os agradeceríamos un rimero de sus versos. (Claro que no las odas a la Argentina o a Mitre). Que nos lo enviarais gratis. Que en nuestro pecho, en vez de un bloque, una glorieta le alzaríamos con nidos entre las flores.

Pero no lo haréis, no hay miedo. Vais a intentar –ojalá que ello sea en vano– recoger todos sus cantos y sus suspiros para inmovilizarlos y enmudecerlos. Que quede limpio el espacio, que ahora os toca a vosotros, aves de picos ganchudos y plumaje pardo: Lugones, Larreta, Rojas... (siguen las firmas).

*DE HOMBRE A HOMBRE*⁵²

La humanidad es como una cordillera de piedra basta y oscura. El trabajo de la Idea, nuestro trabajo, consiste en traer a la luz, darle relieve y carácter, a cada uno de sus bloques. Y el triunfo, el coronamiento, podrá cantarse aquel día en que todo el peñascal integre una sola llama, chispeadora y conmovida, sobre su engarce de tierra.

Un hombre es una faceta de la montaña. Una línea de la estatua de la vida; una letra del poema de los siglos. Debemos tratarlo, entonces, con la misma simpatía que a un tema de arte o justicia.

Civilizarse no es más que abrirse a los hombres. Fluir de sí, en onda airosa y caliente, en pugna de ave por recorrer los espacios. Y volverse luego, pleno, henchido de panoramas, saturado de universo, al mismo punto. Para volar otra vez. Y otra...

La maldad es solo una circunstancia sobre la tierra. Es la cáscara en el bloque, la uña en el tigre, la inconsciencia en nuestro

⁵² “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 43.

hermano. Desbastado eso, lo que queda a flor, sangrando, es un pedazo vital: línea de estatua, letra de verso, fuerza en pie.

Sobre eso debemos hacer que irradie toda su luz nuestra Idea. Ella le dará carácter, brillo y destino a cada uno. Tal se los dan hasta a la piedra el artista, hasta al fierro los herreros...

De hombre a hombre, pues, camarada, realiza tu propaganda. Y trata a tu propagado con la misma simpatía que a un tema de arte o justicia. Verás, si así te dispones, cómo tu esfuerzo descubre, enfilea y planta de pie, letras y líneas y estrofas del gran poema anarquista: ¡compañeros!

EN MARCHA⁵³

Esta es la consigna eterna, la voz que vuela de todos los puntos de la tierra: ¡en marcha! Beso en el labio, idea en la frente, fuerza en el músculo, todo no es más que un pie sobre un camino: ¡en marcha! Llore o cante, haga bien o mal, tanteo el obstáculo o sálvelo de un brinco, pero ¡marche, marche, marche!

La moral de la vida es de una bella impulsión viril. Su memoria no registra contemplativos e inertes. Más fácil es que recuerde a un impuro hombre de acción, criminal o loco, que a un sensiblero de esos, a un vacilante de esos que no se mueven por no pisar los insectos. Ella dice: agua cristalina, corra por cauces de fango; sueño de virgen, despierte abrazada al macho, santo idealista, marche en la cuerda de los presidiarios. Caiga a su nivel huyente lo que no sirva; vuele, trezado a su fe, lo que merezca salvarse. ¡En marcha!

Esta es la voz de la vida, la viril consigna eterna. Y esto es moral y bello. Asegura a la humanidad sus constantes progresos. Bien o mal, hacia atrás o adelante, lo que importa al destino es el juego expansivo de sus resortes vitales. ¡Voluntad, audacia, marcha!

No hay caminos, ni guías ni mapas para este viaje del hombre. Al país al que él va no hay trenes ni barcos, carromatos ni aeroplanos. No hay nada más que la marcha. Marche, trabaje, llore o cante, al fin verá surgir, como una isla del mar, chorreando fango, plateado de escamas, el mundo de sus ensueños.

⁵³ “De los caminos”, en *Carteles*, tomo II, p. 28.

Pues la tierra prometida, el paraíso legendario no está fuera, sino dentro de nosotros. Lo conquistaremos con nuestra fuerza trenzada a nuestra fantasía. ¡En marcha!

A Chile vamos, pero no como plácidos burgueses, empaquetados. No a contemplar los paisajes, sino a ver de suscitarlos. Es adentro de los hombres donde queremos que surjan las cordilleras, se desaten las cascadas, crezcan los bosques y revoloteen las aves. Y para esto no es a través del mapa que hay que viajar, sino a través del pueblo.

¡En marcha, en marcha! Mientras los anarquistas marchen, caminen, anden, el ideal vive, las islas surgen del agua, las verdades florecen en el aire. Compañeros de la Argentina: hasta luego, entonces. Y ¡viva la Anarquía!

*¡ABAJO EL BURGUÉS!*⁵⁴

Pocas tareas tan bellas como la tuya, hermano autor. Tus materiales son hombres, como dicen que son los de los dioses. Pero tú puedes más que ellos, puesto que, una vez creados, los rectificas o los desmontas, los maniobras a tu antojo.

Procedes, más o menos, en esta forma: vas a la selva social, tronzas un árbol, te lo echas al hombro y te vuelves con él a tu casa, a trabajarlo. Desde luego que, según tu designio o tu gusto, elegiste la madera: roble o sándalo, caoba o pino. Sobre eso corre o taja tu herramienta; tallas gentiles figuras o cuadras rectas y fornidas vigas; trabajas, trabajas... Un día, por fin, das por terminada tu obra, y entonces ves qué santo júbilo, qué clara cordialidad fluye y se expande de ella, qué honda simpatía humana nació allí, bajo tu esfuerzo. Ves más aún, lo mejor, el sentido mismo de tu vida de artista; ves esto: que tu salario, el salario que hace noble, alegre, encendida de entusiasmo tu existencia, no es de fama ni de pesos, sino de ideal y de ensueño.

¡Caramba, sí! Escribir para el teatro es un divino juego. Juegas con fichas vivas –hombres, mujeres, niños–, las fuerzas más maravillosas de la tierra. Vives en una embriaguez

⁵⁴ “Del arte y los artistas”, en *Carteles*, tomo II, p. 151.

de la que despiertas agotado, a veces, pero con la visión de la Amada siempre: ¡la obra, tu obra! ¿Y qué le importa al terrón que se lo coma el árbol, si en cambio lo ve crecer, florecerse, llenarse de aves?...

Así piensas y así quieres mientras mantienes en ti, fresco y abierto, como una boca al cielo, tu caudal de voluntad creadora. ¿Quién podría torcer tu destino, envenenarte el agua, mellar tus hierros?... ¿No eres un bello espectáculo, como hermano de la mata florida, del árbol con frutos, de la madre con su niño en brazos?

—¿Quién?... ¡El burgués!... Pues tú tienes tu burgués, ni más ni menos que el obrero propiamente dicho. Es el amo de tu vida porque es dueño de los pesos. Y él sabe muy bien que el Arte, como cualquier folleto de propaganda rebelde, es un arma contra su prepotencia y su latrocinio. Y si no lo sabe, lo ve: lo ve colar por sobre de su cabeza, cerniendo posibilidades de una vida más bella que la suya, más justa que la que él sofoca y gobierna. Y te excluye, te escupe, te echa lejos de la escena. Y si quieres volver, ya sabes qué debes traerle en vez de bien o belleza: basura, fango, caro a su hocico y su panza.

No hay para qué engañarse. Mentira que sea el pueblo que busque lo subalterno y descastado en el teatro. El arte es el pan del alma, el sueño sin el cual no hay vida humilde que aliente. Nace del desinterés y solo pueden gozarlo los desinteresados. ¡Hombre, no! ¿Por qué han de querer los pobres su vino con agua, su azúcar con mezclas, sus postres con venenos?... ¡Es el burgués el que quiere todo eso!

Es él el que no se encanta con bellas figuras y nobles ideas. Es a él al que no le alcanzan las claras notas que fluyen de las obras con que han refrescado el mundo, como un desierto con fuentes, los trabajadores y los artistas. Contra él hay que ir, pues, hermano.

Ir al bosque de la vida, voltear el árbol, echarlo al hombro y volver con él a casa, a trabajarlo. Hacer tablones o cuñas, capiteles o tirantes. Y parar la obra, plantarla. Y si el burgués no la paga, que no la pague. Que nuestro salario no es de sucios y hediondos pesos, sino de ideal y de ensueño. ¡Abajo el burgués!

El arte es un beso, dice Guyau. Quiere decir con ello que, como este, tiene la virtud esencial de enardecer, iluminar la materia. Los más pesados y espesos bloques se hacen ligeros y claros si la belleza los toca, el cincel los besa. Su volumen se torna intensidad; su pesadez estremecimiento. El mal, que es lo feo, crece en la sombra, como crecen, en la ignorancia, el prejuicio y el miedo. El bien, que es lo bello, es la herramienta que echa abajo la costra bestial, tornea el hierro agudo, hace sonreír las piedras.

El arte es un beso. La idea es un ala. Aquel aclara la vida. Esta la agita y la dirige. Y así son dos veces bellos y fuertes aquellos hombres que, sobre el barro inicial, la oscura sustancia, sienten besarse, como juveniles bocas rojas, estas dos inquietudes: el arte y la idea.

Y no hablamos aquí de artistas o ideólogos con obra o con libro a la vista. No de los que escriben y todo lo dejan dicho, sino de los que viven y algo dejan hecho, nos ocupamos nosotros. Seguramente, más arte ha escrito D'Annunzio que Malatesta; pero quien sepa mirar y mirar bien, con mirada derecha y varonil, verá que nuestro viejo es más bello que todo mármol y todo poema.

Es un ala entre el pueblo. Como él debemos ser. Más o menos, esa es cuestión de fuerza, de voluntad, de nervios; pero alas siempre. Somos agitadores de ese viento de gloria y dolor que es el destino del hombre. Viento que a veces se duerme en la frente del genio; viento desgarrado y aullante en los hospitales; triste y desabrido viento del conventillo; sabroso y loco viento del llano y la cumbre -viento del mundo, de la vida, de la tierra: alas dentro de él, compañeros, ¡alas pide! ¡Aletazos démosle!

⁵⁵ Ibid, p. 157.

Hablar es darse a los otros en una suprema ley de traslaciones. Asir el ruido que pasa, como un pañuelo en el aire, y marcarle nuestra cifra roja y calidad. Entregarnos en el habla lo mismo que en obras de arte; cada vez más terminados, más propios e íntimos.

Pero para esto es preciso tener la lengua en la entraña como una herramienta atada al puño. No desatarla si no es para trabajar, para ennoblecerse hablando. Solo así el trabajo rinde palabras limpias y claras, como de agua, extendidas como cielos, o prietas, duras, torneadas, como carne de pezones.

De estas reclamamos, ahora, a cuantos hablan o escriben. Queremos voces que tengan modeladura vital como obras plásticas. Que abran calles, horizontes, perspectivas. Y que sean a la retórica lo que los higos al natural son a los higos pintados.

Palabras vivas pedimos. Esas que fueron amadas de Sócrates y de Nietzsche. Aquellas de las que dijo Barrett que tienen cada una en sí mucha más vida que un libro. ¡A ver, quién las tenga, dígalas!

⁵⁶ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 102.

(Vitalismo)

EL TORRENTE⁵⁷

Y parecía una fuerza que no iba a pararse más. Abrió la marcha a empellones, desgarrando las lianas del miedo, y avanzó, pisando su propio lodo, en dirección a una playa de arenas doradas. ¡Bello espectáculo! Semejaba, más que un mar, un despeñadero de aguas en que las ondas eran torsos de hombres; las crestas, brazos crispados, y el mugido caudaloso y casto, un solo grito de redención y victoria... Era el pueblo que avanzaba; su dolor y su esperanza que se crecían marchando.

Era un torrente, en verdad. Multitud de olas y muchedumbres de ansias. Arroyo y río y mar surgido de quién sabe qué sombrío y lejano barranco.

Y llegó a los muros mismos de los palacios en un envión de mareas que teñían de rojo sangriento el sol y de reflejos de espadas las estrellas. Y astilló con sus puños los vidrios y golpeó con sus palmas las puertas. Sacudió hasta los cimientos las murallas que le atajaban el paso... Era el pueblo que luchaba; su esperanza y su dolor que se crecían peleando.

Cien asaltos, mil asaltos llevó contra aquella muralla de fierro y de piedra, de esclavitud y de crimen, que le cerraba el camino y el cielo. ¡Lucha gigante! Sobre el plano de la tierra no se vio cosa igual en ningún tiempo. Era la hora, el minuto de que depende el destino, el grano de arena que, en el reloj de la Historia, decide de la vida o de la muerte. Manos y ojos, deseos y miedos estaban como imantados hacia aquel espectáculo: ¡Sí! ¡No!... ¡No!... Era el pueblo que cedía, el torrente que refluía a su cauce.

¿Quién no lo vio más o menos de esta suerte, cuando se puso en marcha desde Rusia?... Todos, patronos y obreros, gobernantes y anarquistas lo vimos de esa manera: como río, como mar, como diluvio brotado de abajo. Y luego, como torrente que refluía a su cauce.

Se fue, se perdió, se hundió en los barrancos sombríos. Y ya de él no queda apenas que el suelo empapado en que resbalan los pies y charcas, baches de donde las salpicaduras parten

⁵⁷ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 76.

como salivazos. Desperdicios de pasiones, detritos de odios, resacas de ansias; nada más.

El torrente ha refluído a su cauce. Muchedumbres encendidas en un ideal libertario, ¿dónde están?... Porque esos grupos dispersos que bravean todavía no son ellas. Son los que bravearon siempre: montoneras corajudas y porfiadas, que no se rinden ni vuelven la espalda nunca. Revolucionarios de todos los tiempos; ¡compañeros!

El torrente, el verdadero torrente, aquel que se crece andando como un río que llamara a las vertientes del suelo con su paso, ese ha refluído a su cauce. ¡Cuánto se alegran de ello los amos y sus voceros! Miradlos y oídllos, mientras tapan y revocan las grietas y los buracos de sus castillos, cómo cantan: ¡el torrente ha refluído a su cauce!

Y bien, sí; bueno. Si el torrente ha refluído a su cauce, quedamos donde estábamos, burgueses: frente a frente, una minoría rebelde. Con esta única ventaja de vuestra parte: que estáis adentro y parapetados, y nosotros afuera y al descubierto.

Pero siempre ha sido así y no es para que os alegréis tanto ni para que nosotros descorazonemos nada. Mejor es que cada cual vuelva a su obra en silencio: vosotros a reconstruir las murallas que atajan el paso de la justicia; nosotros a los sombríos barrancos, a hinchar las olas del pueblo, erguir las para un futuro próximo ataque. Porque sí, sí, ya sabemos: el torrente ha refluído a su cauce...

*EL MESÍAS*⁵⁸

Lo mejor de la vida del hombre se le ha ido esperando revelaciones. Siempre hubo un hueco lleno de sombra y misterio donde ubicar algún ser providente y salvador. Las religiones sirvieron bien esta debilidad y la explotaron; arquitectos del vacío, crearon el cielo, donde todo ensueño trunco halla su jardinero: la planta seca en su pie reverdecerá en la altura. Esperemos...

Y aún aquellos que lograron arrancarse esa ilusión, como una muela cariada de la mandíbula trituradora de errores, no

⁵⁸ Ibid, p. 75.

están indemnes tampoco. Les quedó un baldío en la boca y ahí se agazapa la débil esperanza. Les infecciona la sangre, les sube o baja la temperatura de la voluntad. Y oscilan, como un péndulo, del loco ideal a la desesperación demente.

Seguimos siendo mesiánicos. Deísmo o materialismo no son más que el revés y el derecho de la antigua medalla. Depositar un exvoto a los pies de dios o en los cuernos del diablo es variar la dirección de la mano, pero no el móvil. En el fondo es igual cosa, puesto que eso no mueve la rueda del destino; quedamos donde estábamos.

Ejército en la noche, con las armas flameantes y listas, atento a una orden divina o terrena, eso somos. El heraldo no sueña ni llega. A veces tomamos por él a la estrella que cae o al huracán que vuela; saltamos entonces... Hasta que la realidad, hecha de vacío y silencio, nos vuelve a tender en tierra.

¡Ay, no! Lo más difícil de la obra anárquica no es la de crítica a la sociedad presente ni la de exposición de una futura: es reencarnar en el hombre la confianza en sí propio. Serenarle. Barrerle del alma no solo la loca esperanza de una fuerza suprema, sino, igualmente, la desesperación por su debilidad humana. Hay muchos siglos de error contra esa tarea.

Hace cuatro años, cuando el pueblo ruso hizo su lucha contra los zares, corrió, como una parábola de fuego por todos los ámbitos, este signo, bolchevismo Era el Mesías. De los más oscuros cruces de los caminos del mundo empezaron a moverse las caravanas hacia esa Jerusalén de la felicidad al fin revelada.

Celosas del nuevo verbo, no permitían que se dudara siquiera de que toda la verdad estaba en él. Era la biblia. Hasta políticos aventureros y escritores segundones corrieron a ponerse en primera fila y en los más pródicos puestos. Los anarquistas que dudamos entonces aparecimos como retardatarios o cobardes. ¿Qué pintoresca esperanza o qué espejismo risueño ondeaba como una flámula en los pechos de esas gentes?... Preguntadle a la estrella que cae o al huracán que vuela.

Y hoy, hoy ¿qué?... No se ve sino un solo salto de la aurora a la noche, del loco ensueño a la desesperación demente. Todo se inmoviliza de nuevo, se arroja en silencio estéril; hasta que suene otro Mesías resonante y, como siempre, hueco.

¡Ay, no! No es la más difícil obra la crítica de lo actual ni el planteamiento de lo futuro, sino reencarnar al ser en la confianza en sí. Que todo lo fíe en él, lo ponga de pie y lo empuje. Que cada día que se alce, se diga: a cumplir mi tarea de ensueño o de yunque. El Mesías soy yo, fuerte dios que busca en la tierra la amistad de otros dioses. ¡Hombre soy!

*CÍRCULOS O ESPIRALES*⁵⁹

Hay dos modos de explicarse y de lanzar la vida: en espiral o en círculo. O creerse el centro del universo, algo así como el eje de una rueda cuya llanta aprisiona lo posible y desecha lo imposible, o sentirse rama viva, ornada de ágiles hojas que aletean a su flanco, como paloma lanzada hacia las posibilidades. Esto distingue al dictador del libertario.

El dictador es el hombre que quisiera que los ríos no bordearan sus dominios, no penetraran cantando bajo extranjeros sauzales; que cercenaría las cumbres que se le pierden de vista entre las nieves. Toda su ambición es esta: tener la suerte del pueblo bajo sus ojos y obedeciendo a su rienda, dentro de su visión de la vida, que es una visión de circunferencia. Y pues que la libertad es agua en marcha y el libertario es un monte que crece en punta, ella y él son sus enemigos clásicos.

El historial de los dictadores no es, precisamente, político, sino clínico. Se trata de simples locos, de alienados de las más variadas abominables manías. Obvia ahora una incursión a la historia, donde aparecen gesticando o enchalecados, ridículos o sombríos, los Nerón y los Calígula, los Rosas o los Lenin. Basta tomarles el pulso, a través de su ladrante retórica, a un Mussolini, a un Rivera o a un Ibáñez. Son casos de manicomio.

Son enfermos de esa enfermedad: el círculo. Son la crisis de una dolencia que padecen todos los autoritarios, desde los negros hasta los rojos: el Estado. Son los locos que concretan y rezuman una locura latente, aunque débil y dispersa, en el cerebro de las mayorías: el gobierno.

Queremos decir con esto que el dictador no niega a la democracia, como se afirma, ni es tampoco contrapuesto a la

⁵⁹ Ibid, p. 115.

mentalidad de los mismos proletarios que aspiran a una dictadura para su clase, sino que es su consecuencia más lógica. Mientras floten y vibren en la circunferencia de sus ideales, como sola posibilidad de realizarlos, ansias de mando y de tiranía, su más fiel representante será el mandón, el tirano. Unos y otros, bolcheviques y demócratas, son moléculas de un hierro que, tarde o pronto, debe concretarse en sable.

Y todo parte de estos modos de plantearse y de lanzar la vida: en espiral o en círculo. O creerse eje o sentirse ala. Centro muerto o corriente viva. Autoritario o anarquista.

*DE LA ANARQUÍA*⁶⁰

Aquí, en estos campos nuestros, un puño cuenta lo mismo que una parábola. Y antes que por lo que niega, el anarquista vale por lo que afirma. Donde todo le resiste, por violento o por capcioso, él crea un valor superior para una vida superada: arpas de fino cristal en nervaduras de acero; puntas de sílex en las que tallan al hombre más plantado que una peña.

Evitar el dolor, capear el mal, desmontar hasta que aclare: ¡no! Eso es un paso al costado, aire y holgura para el que muere de asfixia y ya no encuentra socorro. Hay que crear una alegría —la alegría de pelear—: ¡esto es vivir ascendiendo! La anarquía, como el sol, es bella, buena y fecunda por la claridad que irradia, el calor que vierte, la exaltación que desata en cuanto besa e invade: raíces, flores y labios.

Anarquistas: regocijaos de serlo. Ahogad la angustia del mundo al pantallazo de luz de una gran risa de cumbres, de una risa con reflejos y con ecos de cataratas de oro. Así, solamente así, brillará vuestro anarquismo hasta en la niebla hiperbórea. Y así, y solamente así, es que va a alcanzar el hombre esa plenitud radiosa que haga palidecer los carbones que arden en sus noches como luces malas.

Hay que amar la anarquía por lo que crea y afirma como alegría y coraje; no por lo que roe como ácido o borra como gotera de lluvia mansa.

⁶⁰ Ibid, p. 37.

Hay algo peor, como limitación de nuestra personalidad, que la ignorancia propia, la injusticia ajena, la incomprensión general de nuestros actos e ideas. Todo esto que, en efecto, nos limita, nos mella y termina casi siempre por envenenarnos cuerpo y alma, puede aún ser superado, a poco que afilemos nuestros hierros, dejemos obrar al tiempo, ir a su resolución los síntomas. De cualquier crisis moral, caída de fuerzas, baile cabeza abajo, que decía Nietzsche, un hombre de verdadera energía puede todavía salir, como las aves después de la empolladura o las víboras de entre su piel vieja: con plumas nuevas, con más encendidos y más elásticos tonos. Y ale-tear y viborear, agradeciendo a la vida la trastada que nos hizo.

Siempre, hasta ya moribundos, sobre una existencia triste, amargada por los otros o entenebrecida por nuestras propias cavilaciones, es posible florecer una sonrisa. Abrir, sobre la última derrota y con nuestro último aliento, una corola en que brille y se besen la conformidad con la ironía. Los fuertes mueren sonriendo, y no a la muerte, que nadie quiere, sino al recuerdo de lo que han hecho. Parecen decirles a los que quedan: total, no era tan brava la fiera como decían, puesto que, si me mató, también ella se fue herida. De aquí a su cueva, hay un reguero de sangre por el que podréis seguirla y rematarla. De todos modos, ya tiene lo que asegura su inevitable ruina: el miedo al hombre.

Esto es ahincarse al destino, testarudaearle a la suerte, ser no más, y contra toda limitación propia, injusticia ajena, general incomprensión. Superar toda derrota, de dentro y fuera. Por ejemplo –hago el ejemplo con lo que tengo más cerca–: ¿qué puede importarme a mí no ser un gran escritor, un literato tremendo, y que aún lo poco que sea nadie me lo reconozca, si sé que soy lo que quiero: un anarquista?... Mi vida mata a los que me niegan. Y si no los mata, los pelea. ¡Es algo, pues!

Cuando no es nada, cuando da lástima, cuando debiera llorarse sobre ella, como sobre lo desvalido e inútil, es cuando es cursi. La cursilería es ese estado enfermizo que nos mantiene suspensos, como de un pelo sobre un abismo, del juicio ajeno; que hace que no pestañemos sin mirarnos en quienes imaginamos espejos de

⁶¹ Ibid, p. 106

sabiduría y buen tono: que nos empuja a imitarles y a buscar en su aplauso o su obsecuencia el resorte que mueva nuestros músculos, el aliciente de todas nuestras determinaciones; que nos torna penitentes ante grotescos pastores, cuando debiéramos ser luciferos, satanases ante todo Cristo o dios.

Y *cursi* no es solamente el mozo de filiación burguesa, que viste la última idea del pensador o filósofo de moda, sino también el revolucionario, el joven nuestro, anarquista, que piensa al último libro o se agita al grito más estridente de las masas. Uno y otro son algo menos que un ignorante, un sectario o un incomprendido. Estos pueden superar, y casi siempre, con solo insistir, superan las limitaciones propias y ajenas; aquel no lo podrá nunca, porque su cursilería le inhibe afilar sus hierros, remacharse en un destino, o florecer, si es vencido, sobre su última derrota y con el postrer aliento, una sonrisa en que brillen y se besen la conformidad con la ironía.

Moraleja: ser como se es, y serlo en todas sus consecuencias, vale más que parecerse a los otros, querer ser como son ellos. Hay más posibilidades de libertad y justicia en un bárbaro que esgrime y nos hunde su barbarie, que en quien, a pueril pretexto de estar mejor informado, parasitea de todos, se licencia de sí mismo, huye de su personalidad hasta perderla. ¡Por amor a lo virtual y rotundo, oponemos al *cursi* el bruto!

*¡META Y META!*⁶²

No acaba de comprenderse al anarquista. Y esto se debe –parece una paradoja– a su propia sencillez, su rectitud, su coherencia con su idea. Siendo, como es, la mayoría de la gente, infija y bailarina, su marcha firme, su talla a plomo, la desconciertan; su rotundidad hace gritar a los flojos, su fe encendida ciega o hace que solo puedan mirarlo de reojo, torcidamente, sus biógrafos. De él sí puede decirse, parodiando al poeta: de blanco, de claro que es, a la luz no puede vérselo...

Y cuando algo no se ve, ¿qué mejor cosa, más fácil que imaginarlo?... De imaginaciones sobre anarquistas se han llenado muchas planas de periódicos y libros. De folletines. El hombre

⁶² Ibid, p. 109.

está ausente siempre, o caricaturizado en una forma que irrisiona o enerva de rabia o risa. Con rabia o risa, tuvo Malatesta, hace poco, que salir a decirle a un propio admirador suyo: yo no soy ese que pinta, ni he dicho ni quiero eso que dice. Y esto él, ya cumbreado el medio siglo de decir y de querer una sola clara cosa... Es trágico y bufo. Parecería el anarquista un condenado a accionar frente a un espejo cóncavo y a hablar para un lengua-raz idiota. Ni lo entienden ni lo ven; lo proyectan, lo imaginan. Y nunca en bien, sino en mal, por descontado.

Hasta hoy ningún compañero pudo hallar emulación o alegría de vivir en la fama o la leyenda que le crearon. Echada a rodar su vida, es una mota de nieve echada al fango, crece, sí pero ¡ay! en oscuridad, en basura, en proporciones ya siniestras, ya risibles, pero siempre para el asco o el escarnio.

¿Es fatal esto?... ¡Hermanitos! Parece fatal. Pero ¿para qué sois vosotros lo que sois, anarquistas, sino para vencer también las fatalidades? ¡Meta y meta!

¿No os comprenden? ¿Hay quienes, chotos o infijos, inocentes o malvados, vacían sobre vosotros el tacho hediondo de sus imaginaciones? ¿Os cargan todo lo suyo, os vierten en jeringoza y os reflejan, ante su público imbécil, panzones o narigudos?... Allá ellos ¡Cristo!, si eso les gusta, les sirve para asustarse o enfurecerse. Nosotros, vosotros, los anarquistas, déle no más. ¡Meta y meta!

Sería ridículo, tonto y flagrantemente tonto que, teniendo las carrillas en la mesa, el clavo bajo el martillo o el bloque al frente, en vez de vuestra labor de machos, forzada, tenaz, fanática, os dedicarais a ponerlos lindos, empolvaros los hocicos y hacer mohines graciosos para la galería como hembras. Sois y somos en la obra, en los hechos y en la vida. Si eso no se tiene en cuenta, déle otra vez. ¡Meta y meta!

No acaba de comprenderse al anarquista. Y bueno. Él se comprende y le basta. Sabe lo que quiere, y lo hace. Se dio una línea, y la sigue. Y por eso cuando siente, oye o ve que le maltratan, le calumnian o le niegan, ni se encoge ni se asusta. Se enoja, sí, pero consigo, pues piensa: seguramente, lo que le metí a la vida no lo remaché como es debido. Hay que darle todavía. Darle siempre. ¡Meta y meta!

¡A PULSO, A PUÑOS!⁶³

Se vive la vida fuerte, fresca, verdadera, hasta tanto que se avanza en la producción de un capullo o de una espiga; después, hasta que se desaparece o muere, solamente se vegeta. Y es porque mientras se crece, se empuja, se pule o se redondea el fruto, las savias suben, rehinchan el tronco y templan igual que ramas los músculos. Toda nuestra planta vibra en un solo ideal de fuerza y superación. Y carga a puños la vida.

Al revés, si no hay fruto a que cumplir, sueño o pensamiento audaz, enérgico, a que entregarse, es la vida quien nos carga. Somos matrices exhaustas o cansadas. Plantas viejas. Pesos muertos, cuyo papel, entre la gente idealista, es el de las bolas de detención en algunas máquinas: roce entre la rueda y el riel con el que apenas se obtiene una vuelta para atrás cada muchas adelante.

Se vive la vida fuerte, fresca, verdadera, hasta tanto que se avanza en la producción de un capullo o de una espiga. Entonces es que alcanzamos toda nuestra plenitud, el desarrollo cabal de nuestra personalidad. Y somos frente a los hombres, y contra sus más agudas o rotundas negaciones, fuerzas vivas, potencias originales y enérgicas.

Siempre ha de haber diferencia entre aquel que carga a puños la vida para dar realidad a un sueño y aquel que, por el contrario, como un despojo, un inválido o un viejo, es cargado por la vida. Sus salarios de alegría también deben ser distintos. Lo son los de las plantas que crecen, pulen y alumbran, como arriates con lamparitas, con flores vivas, las sendas de verdes ramas por las que van el fruto, y los de aquellas que ya no tienen ni esperan corola en que beber agua del cielo ni granos en que sonar como metales al viento.

También sus filosofías serán opuestas. Hombre agotado o exhausto es, lógicamente, egoísta. No puede extraer de sí ni levadura ni harina. No cree, por tanto, en la bondad del que amasa y goza dándose en panes. Está cargado en la vida y es fatal que encuentre tonto, ingenuo o estúpido cuanto sea alumbrar, bruñir, dar cumbre y gloria a un capullo.

Sin embargo, esta, y no otra, es la razón de vivir. El egoísmo no existe para los fuertes, los plenos, los verdaderos. Ninguna planta

⁶³ Ibid, p. 96.

retiene para sí, avaramente, sus frutos, y son contadas las bestias que se comen a sus hijos.

Nosotros somos conscientes de la tristeza mortal, del desconsuelo profundo de aquellos que se revuelven contra esta pujanza nuestra para repechar el medio, hacer sociales los dolores de los hombres, caracterizar, en fin, con sello propio, enérgico, inconfundible, la Anarquía. Comprendemos también su filosofía. Su salario, que es el roce entre la rueda y el riel, no se lo disputaremos nunca.

Pero marchamos. Vivimos la vida fresca, airosa, promisoría, de la planta que se crece, se avanza, grana y redondea su espiga. Y somos solo por eso: porque cargamos a pulso, a puños la vida.

RETORNO⁶⁴

Sucede con las ideas, las nuestras, las anarquistas, que no siempre tienen la virtud de alzada, de gallarda arremetida que desearíamos; que a veces traen, como noción sustantiva, una humildad cicatera desesperante; que en vez de saltar desnudas como bombas en las calle, se aprietan a la penumbra, se respaldan, y apenas si dan un paso que ya no lo traigan de años como rumiado. En cambio, a veces sucede que brotan hasta en las piedras, cantando; que los conceptos más limpios se quedan como clavados al aire; que les dan forma y color, modeladura vital a los proyectos más vastos, como a obras de arte. Sucede con las ideas, las nuestras, las anarquistas, todo esto. Y solo aquellos que estamos por convicción y por fe, en el trabajo de echarlas camino avante con el pecho y con las manos, podemos decir si es dura la alternativa de atacar, hoy una roca melódica bajo el pico, y mañana hundir la garra hasta el pelo bajo el barro...

Siempre fue así, sin embargo. Las ideas trascendentales, los esfuerzos varoniles para descuajar de su álveo a los más viejos conceptos, cumplido que es el momento de selección y cosecha, es de ley que sufran crisis, recesos inesperados...

Pero esto, que es privativo de todas las obras grandes, es lo que más desanima a los luchadores nuevos; les hace cambiar el

⁶⁴ Ibid, p. 24.

paso, cuando no pararse en seco, desorientados. Y es de verlos, taciturnos ante la tierra con tanto ardor ¡ay! labrada, clamando por los esfuerzos que se les pierden como granos en el barro. Si hasta añoran el obstáculo, la mala broza rampante que obliga a accionar, al menos, el hacha desmontadora. Y tristes desolados en la inmensidad vacía, otean, buscan molinos en que ir a estrellar sus vidas como unas lanzas...

Almas de sacrificados, románticos como cristos, no saben de expectativas ni de compases de espera: o el triunfo definitivo de sus ideas maduras por sus esfuerzos como un trigal por el sol, o la renuncia, la muerte en una cruz como un reproche a la tierra...

Siempre fue así, sin embargo. La siembra de las ideas no puede eludir la ley que rige a la vida. Y ley es que todo esfuerzo, llegado a su plenitud, recese, retorne a su antigua fuente, para otro esfuerzo. Y para otro. Pues la moral labradora no nos la dan las cosechas percederas, sino la tierra, la Eterna...

Todo lo grande recesa. Todo lo grande retorna. Y estas ideas, las nuestras, son grandes entre las grandes.

Suceda lo que suceda.

*¡HOY!*⁶⁵

Al tiempo no hay que confiarle más que lo que cae en la órbita de su inercia: que pudra el fruto o herrumbre el hierro. Trabaja para la muerte. Los trabajos de la vida: abrir el surco y rejuvenecer el mundo, solo el hombre puede hacerlos.

La evolución en el tiempo... Es fatalismo. Es la muerte. La muerte arreando a los pueblos, de prado en prado, en busca de mejor pasto y de un corral más seguro. Llegarán los que no caigan de hambre o sed en los caminos. Más siempre como rebaños de esquila o de matadero.

Muchachos: no hipotequéis vuestra libertad al tiempo. Trabajad para la vida. No es mañana ni pasado cuando debéis rebelaros. ¡Es hoy! ¡Es ahora!

⁶⁵ Ibid, p. 39.

He aquí otra cosa que es también una mentira: llegar. ¿Es que alguna vez llegamos a alguna parte?... Puerto en que echamos el ancla, alto empeño coronado, obra que abandonamos concluida, ¿pueden ser fines, remansos, lechos de eternos desmayos?... No, no. Llegar es partir, empezar recién, más vale.

Si llegáis a la Anarquía, a ser anarquistas, lo que hacéis no es sino abrir una nueva marcha para vuestra vida. Ahora, que hasta eso llegasteis, será el marchar, en vosotros y en los otros, con la comprensión alerta, alegre o furiosa de un explorador en una selva virgen. Un coraje silvano os enardece y una savia sonora os hincha el músculo. Y ahora empezareis realmente.

Llegar... ¿Qué es eso?... Solo llegan los difuntos a su tumba, los malvados, a su crimen, los que agotaron su flor creadora, al fruto melancólico. Al bien, lo justo y lo bello que se aspira, que se sueña, que se quiere, ¡ay! a eso no se llega nunca. Eso está arriba o adentro de nosotros, pero no como remanso o cumbre, sino como látigo o espuela.

Límite, etapa, coronación de una obra, un destino o un ideal, son recesos, baldíos, muertes. ¡No! No anticipéis esas horas atracando a puerto, fondeando en lagos de amor o de éxito, apagando vuestros bravos fuegos. ¡No! Antes que la solución de un triunfo coronado de rosas, preferid la disolución total en la gusanera hedionda. ¡No lleguéis nunca, viajeros!

Yo no llego a La Asunción. En realidad, mientras hacia ella venía es cuando yo estaba inmóvil, fondeado en mí, con las uñas del ancla prendidas a mis rocas o a mis lodos. Ahora la alzo y ahora parto. Parto con la decisión filuda de un hacheador a la selva. ¡Hacha al hombro!

⁶⁶ “De los caminos”, en *Carteles*, tomo II, p. 36.

El anarquismo es, primero que todo, una posición: el hombre libre. Por querer serlo es su lucha con el medio, mundo o trasmundo, metafísica o prejuicio que le niegan o le oprimen. Su doctrina, el comunismo anarquista, es un sentido, no un tópico: un resplandor de su sangre y no una entelequia sociológica. Está en ella y la milita y la vive, y ese es su drama: que el impulso de su vida, poderosa o delicada, al expresarse en su acción, pueda revelar, para unos, la buida imagen de un santo y, para otros, la enmarañada estampa de un bandido.

Este es el hombre que aún no ha captado la historia, ni intuitido el arte, y a cuyo paso escupen o se hacen cruces los papanatas. (Los periodistas). De él, de su oscuro camino que, de tanto en vez, alumbraba su odio al tirano o su amor al pueblo, no sabe ni siente nadie que no sea otro libertario. Como Reclus, el tierno, sabía de Ravachol, el dinamitero.

Que lo ignoren tampoco importa. Y menos que nunca ahora, cuando ideas, sentimientos y adjetivos están de vuelta hacia los instintos. Bueno o malo, vil o noble no expresan nada. El burgués, con su cinismo, avergonzó honra y deshonor. Han quedado las palabras; las cáscaras de una pulpa que se ha volcado hacia adentro, a la raíz de la especie. ¡Mejor! De allí volverán mañana más sabrosas y fragantes. Más esenciales. Para esto es también la guerra con los dientes apretados y la esperanza del triunfo hasta en los gusanos de nuestros muertos.

Durruti, santo o bandido, no es, jamás fue, el real, el Durruti nuestro. Eso es caricatura o leyenda: las dos estampas barrocas tras de las que siempre estuvo, erguida en su tragedia o su poema, la imagen militante del anarquista. Y esta no la ve ni capta nadie más que nosotros.

Ha muerto el hombre. Frente a su noble jornada, que no tuvo más salario que el de su odio al tirano y su amor al pueblo, meditemos un momento: ¿Qué fue Durruti?... Un compañero, cuyo vacío hay que cubrir como, a su tiempo, cubrió él el de otro. Llorarlo sería llorarnos. Y ahora estamos en la hora de hacernos al rojo vivo; de que la sangre y las lágrimas se nos vuelquen hacia adentro, a la raíz del coraje. ¡En marcha! ¡Avante!

⁶⁷ “De España”, en *Carteles*, tomo II, p. 59.

Cualquier buey, de esos que cinchan como diez toros; o cualquier militar, de esos de entrañas como diez hienas; o, si no, cualquier burgués, de esos que se asientan en la inercia como un ladrillo en un muro sobre el que pesan diez siglos, puede representar la fuerza. Porque son la mayoría bestialmente vigorosa. En el anverso de una medalla en honor del hombre fuerte podría acuñarse la facha de cualquiera de esos.

En el reverso podría acuñarse esta otra, más buida, pero más fiel: la de uno de esos que saben que la irresistible es también una manera de resistir. Y que ante todo empuje lírico –punta de hierro o de fuego en sus vidas perezosas– se empacan como diez mulas. Y si marchan, será siempre desollando el suelo con los talones.

En el corcho se embotan las hachas. ¡Haceos de corcho! Al corazón de la piedra no llegan la voz ni el golpe de los que exigen justicia. ¡Haceos de piedra! Seréis la fuerza. Los fuertes.

Y sin embargo... Desde que el humano ser se puso de pie en la tierra, su fortaleza fue aquella que se evadió de sus garras, como el agua cantea rocas, para irse por otros cauces y ser recogida por otros cántaros. En la cabeza del hombre se ama a los hombres y por ellos piensa y suda, perla y centellea la vida su verdadera fuerza.

¡Amar! ¡Pensar! ¿Dónde está el monstruo de opacidad o pesantez que al besar la boca amada, o lograr la bella, la justa idea, no ha sentido que su cuerpo es fluido y tierno? El pensamiento y el beso son las alas de la sangre, lo que nos alza y avanza sobre la bestia.

La fuerza y lo fuerte de hoy es lo que corta y ahoga la respiración del mundo. Fuerza de militares y esclavos; de los indiferentes y los burgueses. Fuertes son –¡ah, ya lo creo!– como peñascos y muros, ancas y corchos.

Y es ante esta fortaleza, eterna y mayoritaria, que nos sentencian los débiles: –Es fatal que seáis vencidos. Ley es que la inercia triunfe del movimiento. Empeñados en empujar un avance para el que sería preciso bandear los montes y despellejar los valles, está escrito que caeréis. Siempre caísteis.

Y así fue, y no de otro modo. Pero igualmente está escrito que os guardéis de morir estando vivos. Si todo es fatalidad,

⁶⁸ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 161.

también es fatal ser hombre. Fatalismo a fatalismo, vencerá el de mayor fuerza. ¡Haceos fuertes!

NIDOS DE BOMBAS⁶⁹

No hay novedad en el mundo. Dios sigue en las alturas y el diablo en los abismos. Cualquiera de ellos que se asomara a la tierra, no podría menos que volverse bostezando: —¡Ta, ta, ta; siempre la misma música!...

Y así es, en la superficie. Somos no más que ediciones nuevas de libros viejos: hombres, hombres siempre. Sueños y angustias nuestros: ¿qué? ¿No fueron soñados antes, gemidas miles, millones de veces?... Remontes hacia el *impíreo*, descensos a los infernos, el cantar de los cantares y el clamor de los clamores, la rebelión de Espartaco y la renuncia de Cristo: ¿qué?... ¿No está todo en el mismo arco del destino sonando en la misma caja de la vida?

Sí, sí, sí. No hay novedad en el mundo. Pero hay extensión, siembra a voleo, desborde de los torrentes a las llanuras. Eso se ve, si no se mira, a los hombres, como a los libros por las tapas, sino a almas, a sus ideas; no a su carne, que es un triste garabato sobre la Tierra, sino al espíritu que fluye de ella y llena abismos, azota montes, registra el llano, como un gran viento que levanta a todas partes una misma semilla de fuego: ¡la inquietud, la angustia, la rebelión!

Hay novedad en el mundo. El ideal se une con la fiereza, la voluntad se abraza con el ensueño. Job, el de las lamentaciones, canta y Espartaco, el de la acción, medita. Entráis al cuarto del pobre y halláis, bajo su jergón, su libro, y bajo su libro: ¿qué?... ¿Un collar de amuletos, una estampa de Cristo, un frasco de aguardiente?... ¡No, pues; no! Halláis un nido de bombas.

¡Eh, tiranos! ¿Qué hombre nuevo se alza en vuestro esclavo viejo?... Toneladas de cartuchos bajo toneladas de literatura recogen diariamente los policías vuestros. Garras y alas, canciones y blasfemias, abrazadas, confundidas, juramentadas para este solo destino: ¡vivir libres o morir peleando!

¡Eh, dios! ¡Eh, diablo! ¿Hay, o no hay novedades en la Tierra?... ¡Asomaos a ver esto!

⁶⁹ Ibid, p. 65.

(Antiintelectualismo)

*DOLORES*⁷⁰

Entre ser catedrático o discípulo, la elección, para nosotros, es tácita. Es lo mismo que elegir entre calvo y cabelludo. O entre miope y ver la vida a través de dos obleas de vidrio, o tener limpios y claros los ojos. Discípulos, nos quedaría el recurso de no asistir a clase. No asistiríamos. De verdad, ni de chicos asistimos.

Que sé yo qué vieja ciencia adquirida, hecha instinto en nuestros nervios, nos inclinaba a creer que en la escuela no nos enseñarían nada. Nada de lo que precisábamos saber en aquel entonces: cruzar a nado el arroyo, reñir a trompis, otear, desde el viejo pino o el aroma florecido, “la movediza”, como un exvoto de plata, arriba, y el tren, como una arteria de fuego, abajo...

¡Qué iban a enseñarnos esto los pobres maestros patas de palo, brazos sin músculo, ojos de vidrio!... Estas cosas y estos hechos quedan para los discípulos. Los que enseñan no las saben ni las comprenden; las niegan. Es el caso de aquella isla que descubrió un navegante y que negaron los geógrafos... porque no estaba en sus mapas.

En fin, que eran tan verdes los valles, tan asoleadas las sierras y tan sonoros los bosques, que no íbamos a la escuela. ¡Eran tan tristes las clases! Nos salvamos gracias a esto. Y hoy sabemos que la vida es grande...

¡Ay! pero en Dolores van. Toda su juventud está en el aula, y de allí saldrán mañana sus hombres, sus sabios geógrafos. Ahora, no más, chiquitines, todavía con turgencias de lechones, ya saben negar las islas, los continentes, los mundos de las ideas... que no están en sus libracos de texto. Feliciten a sus maestros los padres. Esto prueba que la miopeza catedrática prende como viruela en sus hijos; que estos ya marcan el paso al son que sueñan sobre las tablas del aula las secas patas de palo.

Y no hay que hacerle. Pues entre ser catedrático o discípulo, para ellos también la elección es tácita: se mueren por ser maestros. ¡Están perdidos!

⁷⁰ “De los caminos”, en *Carteles*, tomo II, p. 17.

Stefan Zweig es un símbolo; porque, según los burgueses, y también los proletarios de cultura aburguesada, él expresa, en su más alto sentido, una civilización que, hecha añicos en Europa, hay que recrear en América. El resplandor de una hoguera que allá hacía clara la vida: lo que apagaron los bárbaros y hay que encender aquí, como en antorchas nuevas, en nuevos hombres, para salvar el espíritu. Eso es él, y así lo han dicho todos. Desde esa simbología y para esa noble lucha él, a su vez, ha llamado a los intelectuales de la Argentina. Y estos, con fervoroso entusiasmo, han respondido: ¡Presente! Gesto no menos simbólico.

Que sería también gallardo, si no fuera tan antiguamente cínico. En él y en ellos. Tan podrido en su mentira que ya han visto a lo que fue: bastó la furia de un loco y el desplante de un payaso –de Mussolini y de Hitler– para pulverizarlos en el ridículo. Y, como allá, será acá. Y lo malo es que no fuera. ¡Pobres los hombres verídicos si de esta triste hecatombe resurge lo que esta gente llama espiritualidad! Y con ella como símbolo.

Europa ha caído de adentro afuera; socavada por sus crímenes; por la injusticia social en que asentaba su vida; la espiritual y la física; toda. ¿Y América? ¿Cree Stefan Zweig y los suyos que esto no es igual a aquello? ¿Hay otro régimen? ¿Son otras las relaciones? ¿No es siempre el mismo tumor cancerando a la misma humanidad? Allá había alcanzado el cenit; debía caer, y cayó. Aquí recién se levanta para idéntico destino de cancerarnos y caer. En esta historia sin fin, de la maldad que termina para volver a empezar, los que medran de contarla podrán sentirse muy cómodos; a nosotros nos revienta tanto sufrirla como oírlos.

Por lo demás, sí, señores: en la actual hora del mundo, Hitler es el negro símbolo de la barbarie ancestral. Pero Zweig no es, ni con mucho, la clara llama que va a correrlo. El intelectual burgués es siempre lo que dispara. El avestruz que se cree que va a salvarse escondiendo la cabeza en médanos de retórica. Simbólicamente hablando.

⁷¹ “Del arte y los artistas”, en *Carteles*, tomo II, p. 174.

Frente a aquel no hay más que el pueblo. Aquí, en Europa, y sobre la entera tierra. Solo él, y solo también, para cumbrear la tragedia en que le han hundido todos: esos, que ahora pisotean lo espiritual, y los otros que, antes que esos, vivieron de ordeñar lo espiritual; sin importarles del pueblo.

¿Intelectuales puros? ¡Macana! Puros burgueses.

*LUISA LALLANA*⁷²

Somos hombres entusiastas. Viejos árboles, a los que la aparición en su tronco de una yema, o el descender de un pájaro entre sus ramas, estremece hasta las cachas. A mil leguas de nosotros que el pueblo relampaguee un grito, o plante una barricada, nos sacude y huracana.

Somos hombres entusiastas. El luminoso entusiasmo con que se estrellan las noches, el cotidiano entusiasmo con que reverbera el sol y el perfumado entusiasmo con que florece la tierra, están también en nosotros. Los anarquistas tenemos el entusiasmo de la vida.

¿Qué nos dicen?... Que a las estrellas las apaga el día, que la luz es un punto y la sombra del espacio, y que el invierno arrasa las galas de los jardines?... ¿Quieren decirnos con eso que las revueltas del pueblo son siempre, al final, vencidas?... Pero si se rehace y vuelve, no hay vencimiento, señores, sino al revés: la afirmación victoriosa de un gran destino. Su receso, su derrota, su ostracismo es el repliegue de la sangre al corazón, el aplomarse del árbol en sus raíces, el beber y el aspirar, en el silencio y la sombra, de esa savia, de ese humus, de esa fuerza de la vida a la que, por darle un nombre, nosotros denominamos Anarquía. Y cuando de ella se llena, sea primavera u otoño, sobre un surco de la pampa o sobre una calle adoquinada, canta o estalla, gloriosamente entusiasta.

El pueblo es cosa más grande y más profunda que las más hondas y abarcadoras reflexiones de los sabios. Hay más estrellas en él que las que se ven con los telescopios; más misterios que los que pueden desvelar los poetas; más audacias libertarias que en todos los apóstoles futuristas. Hay en él lo que en nosotros: ¡el entusiasmo de la vida!

⁷² “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 131.

Por eso peleó en Rosario los otros días. ¿Venció?... ¿Perdió?... ¿Quién lo pregunta?... Mejor sería que se pusiera al trabajo de darle o de florecerle a su ciudad o su barrio, una jornada como esa rosarina.

Luisa Lallana, querida hermana entusiasta: sobre la tierra negra que ahora te cubre, deshojamos nuestras rosas más entusiastamente rojas. Que florezca tu muerte como floreció tu vida. Que tu tumba sea como una fragante hoguera. ¡Y que tu recuerdo de muchacha heroica corone siempre de entusiasmo al pueblo!

¡ANARQUISTAS!⁷³

El anarquista es un hombre de batalla. La pelea es su juego: es la arena en que él destaca mejor su bravura fatal: o es el mar, cuyas crestas amargas cumbrea él, jubiloso. La derrota o el triunfo no cuentan; son los dos impostores de que habla el poeta, que él supera o desprecia mientras marcha a cumplir su destino; su destino que no es tan poquita cosa como un manojo de palmas o una corona de espinas, sino más, y más del hombre: libertar y libertarse. Y, si no, morir peleando.

Cuanto no sea la batalla le viene chico o le queda ridículo al anarquista. Vedlo en cenáculos de intelectuales o en tratativas de cualquier orden con los burgueses: un montañés con los pies charolados o un arador con guantes no estaría más incómodo ni haría un papel más triste. Como en una balanza tramposa, su valor ya no es valor, pues debe estar referido al no valor de los otros; al peso que echen al otro platillo los que tienen prudencia o miedo o, simplemente, no creen en la anarquía.

El anarquista es un hombre de pelea y no de componendas o sutilezas. Con él no hay arreglo nunca. No pacta ni desiste; lucha y afirma. Tipo nuevo en la historia, generador de otra especie de hombres, macho ardiente y poderoso que avanza, bramando amor, a poseer la vida.

Y la batalla es su juego; es la luz en que él destaca su musculatura fornida y ágil. Su arena candente y su oleaje amargo. Lo que él cumbrea y donde él se clava.

⁷³ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 111.

No ven mal –¡no!– los que le ven como un insurrecto eterno, tenaz y diabólico. ¡Es él! Los que tiran a matarle, le conocen; los que le llaman “peligroso”, a él, al anarquista nombran. Timbre es esto y no calumnia; flechas bajo cuya lluvia canta, sin romperse, su talla de granito.

¡Anarquistas! Vengo a hablaros con la voz de huracán de la anarquía: la guerra contra el burgués es hoy, fue ayer y debe ser siempre, definitivamente y a muerte. No peséis vuestras acciones en la balanza tramposa de los legalitarios, negros o rojos. Solo un peso debéis sentir en vosotros; el peso que os clave al suelo, que os afirme en el destino y que os aplome, machos ardientes y poderosos, frente a la Vida: ¡el peso de los testículos!

COMUNISMO⁷⁴

Toda obra de bien o belleza humana ha nacido de un momento bello o bueno del espíritu. Sus autores han deseado suscitar entre nosotros ideas gentiles o justas. Artesano, artista o sabio, trabajaron para todos y por simpatía a la vida. Son comunistas.

Lo cierto es que para el hombre no hay más que un móvil central, y los demás son parásitos: proyectar sobre los otros lo mejor suyo. Ni los más sombríos ascetas dejan de querer vivir, como ejemplo o como influencia, dentro de esta sociedad. No importa que, en vez de un canto, sea un anatema el que traigan; es su mensaje; tienen que comunicarlo: comunizarlo.

Nada, al fin, es para uno. Y no existe el creador que se nutra de sí mismo ni del orgullo de su obra. Ha de sacar a la calle sus creaciones, y de lo que allí susciten extraerá el pan de su vida; su real salario.

Y cuanto más grande o noble sea lo que el hombre plante, tanto más se orientará también a más hombres y más mundo. Altos puentes, hondos túneles, alas que unen hemisferios: ¿Qué son? ¿Qué buscan? ¿Qué quieren?... ¡Comunismo y comunismo!

Es un principio moral, fecundo y cálido, entonces, antes que un sistema inerte de economía política. ¡Qué dialéctica, ni un corno! Se llega a él como se llega a una gracia del espíritu: labrando

⁷⁴ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 47.

en nuestros instintos hasta el día que nos brote, como a un áspero peñasco un rostro de santa o santo, un nimbo, una luz, un grito de simpatía social.

Y ahora sabemos por qué, en vez de vanidad, es vergüenza lo que nos produce el pan que nos arroja el burgués en pago de nuestras obras. Vergüenza de él y de nosotros; de vender y que nos compre. Para el escritor del pueblo, doble vergüenza.

Así es. Pero que sepan también nuestros mercaderes: ese pan no es el pan nuestro. El nuestro es de otros triguales. Se dora donde tu vida y mi vida, por gentiles o por justas, suscitan amor o compañerismo. Este es nuestro real salario. Porque somos comunistas.

*EL PROGRAMA*⁷⁵

Esto parece endémico. Cada vez que nuestras cosas prometen un desarrollo más amplio, se aprestan a entrar a actuar en más vasta escala, de los labios de los propios compañeros se nos viene esta solicitud angustiosa: ¡Un programa! ¡Den un programa al pueblo!

Confesamos que antes de ahora ello nos tomaba de sorpresa. Con las muñecas calientes de machacar en un solo punto durante años, sin ojos para otro objeto que la tarea, llenos los corazones de un entusiasmo loco, pequeños, es la verdad, pequeñitos ante la mole que habíamos atacado y que veíamos, sin embargo, caer deshecha por momentos, abrírnos paso hacia otra, esa palabra —¡el programa!— nos paralizaba en seco. Era un balde de agua.

Porque es humano. Quien se cierra para una dada labor y enfila todas sus fuerzas a un determinado fin, pierde o inhibe, al menos temporariamente, muchas otras facultades que cree él que, para la causa a que se dio y en la que está prendido, son secundarias. Así el que apunta, no oye; el que oye bien, ve poco; el que camina mirando al cielo, casi siempre tropieza en la tierra... Estábamos trabajando por el comunismo anárquico. Y ¡el programa! nos volvía a una realidad que de primera intención no alcanzábamos a oír, a ver, a abarcar. ¿Cómo?... ¿Qué?... No entendemos, compañeros.

Tal fue cuando el centenario: éramos ochenta mil hombres en la Avenida, listos a todo, y nos disolvieron; no los patriotas,

⁷⁵ Ibid, p. 88.

no, sino aquellos propios nuestros que gritaban angustiados: ¿Dónde van sin un programa? ¡El programa! Y cuando el auge bolchevique, con todo el proletariado de pie, esperando la voz que lo llamara a la lucha, nos pasó igual: nos ofrecieron para redactar un diario –el que fue luego “Bandera Roja”–, y no pudo ser tampoco, porque Antillí no sabía de qué le hablaban cuando le pedían un programa... ¡El programa! Y ahora, ¿qué es lo que salen diciendo de nuestro primer congreso algunos compañeritos? Que ha sido un fracaso, puesto que no ha elaborado ningún programa... ¡El programa!

¡Diablo con el programa! Nos ha dado tantos sustos que hemos terminado por detenernos a ver qué es él, seriamente. Estamos al cabo. El programa que nos piden a nosotros, primero con buenos modos, después a gritos, es... ¡el de ellos! Y lo más curioso aún es que ya lo tienen concluido, listo, cuando vienen a clamarnos: ¡El programa! ¡Den el programa!

Sí, lo tienen. Lo tenían cuando el centenario, cuando la revolución de Rusia y hasta cuando la asamblea del mes pasado. Un programa que no era, precisamente, de libertad, de actuación franca y derecha del comunismo. Un programa que es la muerte de la libre iniciativa, la entrega en las manos suyas de lo que los anarquistas hemos trabajado durante tan largos años en el país: ¡la Anarquía!

¡No puede ser! ¡No nos asustan más! Volvemos a nuestras fiebres, a hervir como marmitas de bronce sobre las trébedes rojas de nuestros músculos, y a repartir a jarros la propaganda. Y el día que nuestras cosas prometan un desarrollo más amplio, actúen en más vasta escala, llegue la Revolución, en fin, entonces, ¡oh, compañeros!, solo un programa queremos: hervir aún más, hervir hasta quedarnos sin gota, hervir hasta volarnos de nuestras trébedes hechos campanas. Y astillarnos y rompernos llamando al pueblo a la libertad. Ese es nuestro programa. ¡El gran programa!

Tu igual. Mi igual. Iguales.

No todo es sociología en el anarquismo. De ser así, no podrían ser anarquistas más que los especializados en ese tema. Y no. Aparte lo que uno sepa y, aún mismo, lo que uno sienta, la anarquía también es una prolongación de ese instinto de igualdad presente en todos los núcleos sociales desde el principio del mundo.

Instinto, digo, y no ciencia, ni un sentido de ideal más alto. Instinto que me ata al hombre, hermano mío en la cuna, por la sangre y por la leche, y por la acción en la tierra. Mi igual. Su igual. Iguales.

Y cuando esta sociedad, o la anterior, o cualquiera, para mejor gobernarlo, proclama rangos y clases, títulos y jerarquías, yo a él lo proclamo. Y por entre el laberinto de razas y religiones, yo a él lo rastreo. Y si es verdad que el instinto fue alguna vez pensamiento: ¡Viva aquel que proclamó el de la igualdad humana!

En mí es instinto. Independiente de cuanto pueda saber o sentir. Instinto que me echa al hombre a sacudirlo y gritarle, seguro de que tendrá que reconocerme hermano desde la cuna, por la leche y por la sangre. Mi igual. Su igual. Iguales.

Hacer que olvide las fórmulas, echarle abajo los símbolos, cambiarle el curso a la historia: he ahí la obra anarquista. De esta anarquía que no es una ciencia y nada más, ni un sentido de ideal más alto que cualquier otro. Que es un instinto también. El mismo instinto presente en todos los núcleos sociales desde el principio del mundo.

Tu igual. Mi igual. Iguales.

⁷⁶ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 179.

Somos pueblo. Abajo estamos. La causa de la revolución es causa propia.

Mirar desde arriba, y luego, a través de esa mirada, decir lo que debe hacerse para que haya más justicia, no es tarea nuestra. Para eso están, y en lo suyo, los pensadores bien inspirados, cuya buena voluntad tampoco desconocemos. Pero que no son ni quieren ser anarquistas.

Son gente de arte o de ciencia, que tiene el bello coraje de la amistad. Son amigos. Como a amigos se les ve bajar a nuestros locales a ilustrarnos de lo que ellos conocen más, o más aman. Y en horas tristes o bravas, de convulsión o de pánico, igualmente, como amigos, se han erguido algunas veces a protestar contra quienes nos negaban el derecho hasta de tener ideas. No porque apreciaran más a las nuestras que a las suyas, sino porque saben que ellas ennoblecen cuanto encienden: pueblos o revoluciones.

Aunque malos, estos hombres existen en todas partes. Desean, como nosotros, la libertad y la justicia; pero siempre desde lo alto; bajando a las muchedumbres; tal como ellos mismos bajan, con lo más bueno que tienen, a darnos un testimonio de ese deseo. Como amigos.

No son revolucionarios. Han unido su destino al de la ciencia o el arte, y es justo que quieran eso, más que lo nuestro. Y serían a sorprenderse, tan dolorosamente, si fuéramos a llamarles para una pelea a morir por algunas de estas cosas que, para nosotros, son de pelear hasta la muerte. Están aparte, y arriba.

Abajo estamos nosotros: los compañeros. Y aquí es el peñar, iguales en la anarquía, desde el que quema el rastrojo al que cava y al que siembra. Porque todos somos pueblo. Y la causa de la revolución es causa propia.

⁷⁷ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 185.

(Idealismo)

¡SALUD A LA LIBERTAD!⁷⁸

Cualquiera idea que sea, fuerte o fina o desgarrada es, al punto de nacer, solamente sensación. Deslumbra, alegría o angustia. Pero hay siempre una entre todas, que sentimos más que a todo –más aún que a la mujer y más aún que a las flores–, porque es a la que añadimos nuestro propio sentimiento; como jugo o como fuego. Esa será nuestro *ideal*.

Se dice, y es la verdad, que las ideas no mueren. Pero dejan de latir. Y esto ocurre cuando ya tampoco laten como sensibilidad. Parada esa volición, podrán seguir existiendo, más ya sin vigencia viva; como fantasmas o espectros. No son *ideales*.

Si las ideas son cultura, hacer de ellas una cosa puramente intelectual es caer en eso, no más: en un intelectualismo bancarrotero. Tenerlas y manejarlas no adelanta la conducta de nadie y, menos, de uno, aunque tal vez adelante mucho la intelectualidad. Que así está plagado el mundo de todo tipo de intelectuales irresponsables. Por un absurdo dualismo, lo cultural vive en ellos divorciado de lo psíquico.

La sola virtual cultura, que nos da a los anarquistas una superioridad, es la de los sentimientos. La idea es, para nosotros, por sobre de todo, *ideal*: vida sentimental íntimamente exquisita. Lo cultural se nos hace, de inmediato, psicológico; como a las plantas, nuestras hermanas, se les hacen, también, flores y frutos las savias. Y tal será para todos en “el verano fructuoso y fraterno” que, para esta humanidad que ahora aquí otoña, soñara aquel Pietro Gori.

Pero mientras: ¡cómo cuesta! ¡Cómo hay que pagar con sangre y angustia, hasta enloquecer, esta facultad idealista!... Como acababan de pagarlo estos cinco ladrilleros de San Martín. Que no eran intelectuales; pero pagaron así: con toda su juventud, apresada y torturada, su amor a una sociedad más justa y libre: más culta.

Conmovido, los saludo. ¡Salud, queridos hermanos! ¡Salud a la idea anarquista, que vosotros saturasteis y alumbrasteis con nuestros fuegos y vuestros jugos! ¡Salud a la libertad!

⁷⁸ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 182.

Nada justifica la abstención nuestra en ninguna parte. El pensamiento anarquista es actividad, valor y proselitismo. Es esa misma energía que baja a la entraña de la tierra o sube en un vuelo sobre las nubes; pero libre.

Nos caracteriza un fin sociable, de abarcación y remonte. Ninguna idea, hasta ahora, cargó una vida más móvil, más voluntad exaltada, al par que una fijeza final más distinta. Aunque a veces, como en los versos del poeta, de ella se puede decir que la luz ha oscurecido la antorcha...

Oscuros y vibradores nos mostramos casi siempre los anarquistas. Y esto, que quiere tomarse por un puro fuego fatuo que el viento rueda y apaga, no es más que la resonancia de nuestra profundidad. ¡Os digo que desconfiéis del fondo de las ideas que no tengan exaltaciones de superficie!

La exaltación es lo actual. Es el deseo de proselitismo sofocado; agua que se derrama del vaso. Siempre una nota de fuerza, un aire vivo, igual que ese que desatan, sobre las letras inertes y el bloque frío, los artistas superiores.

El anarquismo requiere de esos estados de las conciencias, ahora. Si ha de invadir los dominios de la vida, necesita sacudirla y exaltarla. Sacudirse y exaltarse.

No es solo una creación de la inteligencia; lacta en el viejo fondo humano y desde allí se levanta las más altas cumbres del pensamiento. Es lo que tiene de eterno y uno, que le facilita el triunfo entre las muchedumbres. Es sencillo, a la par que majestuoso; como un vuelo.

Volar, estremecerse y blandirse: he ahí lo que corresponde siempre, contra lo que no hay excusas, entre nosotros. Mantenerse con los fuegos encendidos. Aunque a veces, como en los versos del poeta, la luz nos oscurezca la antorcha.

⁷⁹ Ibid, p. 33.

Los caminos son ideas de libertad escritas sobre la tierra. Versos rebeldes tallados a talonazos. Los caminos se parecen a esos pensamientos fuertes y universales que unen, para un designio común, a los pueblos más distintos y lejanos.

Igual que el destino, y todo, nos fue escamoteado el suelo. Los miserables miramos ondear los trigos, por arriba de los cercos, como caudales al sol, legendarios. Sabemos que es en el oro de esas espigas que labran, como una joya, los panaderos el pan...

Los caminos son rebeldes a este escamoteo burgués. Entre la masa de tierra que este encarcela y explota, solo ellos huelgan, pasean, caminan. Parecen hombres de acción algunos: tipos que han saltado el cerco, los alambres de la ley, y que marchan de a pie al bosque o la montaña. Tienen el barro de todos los temporales: las cuestas y encajaduras de todo el que avanza a su fin en línea recta; y polvaredas también: las que levantan los perros que les salen a ladrar.

En el libro de la Historia lo único que no está sucio de sangre es lo que no escribió todavía el pueblo: las entrelíneas, que son como las veredas del ideal, blancas. Y en la tabla del planeta, lo que le vamos ganando a los propietarios son los caminos abiertos a talonazos. El sentido de la vida radica en estos, yo creo; porque son como los genios: senderos de humanidad; libres hasta para los esclavos. Por arriba de los siglos, el destino y la esperanza se dan en ellos las manos.

Los caminos son ideas esculpidas en el mundo. Y si hay un alma infinita, igual y varia en el Cosmos, seguro que está cruzada de nuestros antepasados. Seguro que en nuestros nervios resuenan, de tiempo en tiempo, los talones de Espartaco. Y que estas desolaciones que a veces nos rinden suyos, son caminos a la sombra, huellas a vaya saber qué tembladeral o abismo...

Nosotros somos caminos también. Los ideales anarquistas son sendas de humanidad: unen para un designio común a los hombres más distintos y distantes. Y nosotros somos eso. Y por eso en nuestras letras hay barro de todas las intemperies. Y cuestas y encajaduras propias de todas las marchas en línea recta. Y polvaredas también: las que levantan los perros que nos salen a ladrar...

⁸⁰ "De los caminos", en *Carteles*, tomo II, p. 10.

El anarquista es la acción directa. Es un obrero y la idea es su herramienta. Ama su anarquía y sabe que el solo modo de hacerla amar por los otros es actuando su anarquismo.

Sabe también otra cosa: que él es un tipo todavía minoritario, de posición, casi siempre, opuesta a la mayoría. Y que esto no ha de traerle ni la gloria ni el respeto que a otros seres excepcionales, genios o santos, les trae, sino el escarnio o la muerte por rebelde o por hereje. Porque él no está por arriba ni al margen de los conflictos sociales, sino en la entraña de todos; allí donde la corriente es más caudalosa. Está con su acción directa.

No puede haber paz para él en un Estado al que él le planteó la guerra. Ni puede ni le conviene. Su crecimiento en la Historia, como hombre nuevo entre los viejos hombres, y como creador también de un nuevo pueblo entre el histórico pueblo sometido y embaucado, es la feliz consecuencia de su posición siempre guerrera. De haber concedido algo, no sería nada. A la ceñida coherencia entre su ser y su hacer le debe toda su vida, tan hondamente dramática, como rica en eficacia. Sin su acción directa, que lo contiene entero, el anarquista hubiera muerto al nacer, como esos monstruos que, por no ser viables, mueren matando a su madre. Hubiera muerto con él a la anarquía.

Pero no es un monstruo, sino en cuanto a la incoherencia o pequeñez de los otros. Él es la guerra contra un sistema social monstruoso, planteada a fondo y con todos los peligros que la guerra implica: derrota, prisión, muerte. Que son tales solamente para quien se cree el principio y el fin del mundo; más no para quien ve el mundo desde la obra que deja, la vida nueva que anima los pensamiento de rebelión al Estado que en el pueblo alza.

Tenemos una doctrina, un plan de convivencia social y hasta un arte también, los anarquistas. Pero tenemos, a más, a quienes todo esto militan, encarnan, viven. Y estos son los que levantan las huelgas, pueblan las cárceles, pelean y mueren por la anarquía: mujeres y hombres, generalmente ignorados. ¡Salud a ellos, este primero de mayo! ¡Salud siempre a los compañeros de la acción directa!

⁸¹ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 141.

¡CUMBRES, CUMBRES, COMPAÑEROS!⁸²

Aquí la tierra se lanza al cielo. El valle mismo no es más que una cosa transitoria, como un cansancio de la naturaleza. Ave en reposo que mañana abandonará su rama y ha de cernerse, libre y audaz, en la altura también ella.

Se siente la cumbre bajo los pies. Circula, como una sangre entre piedras, el viento sonoro y fuerte. Se imantan para las nubes los nervios.

Sentimos, vemos patente la luz, el cable de fuego que nos une a estos picachos. Ponemos nuestra ambición como un tiro en la más alta y celeste prominencia. Deseamos ser también cumbres, compañeros.

Sí. Estas puntas agresivas que se lanzan a los cielos nos atraen. Las creemos gestos de combatientes. Ideas grandes, formidables, cargando contra el misterio de arriba, a la bayoneta. Impasibles, en medio de las tormentas.

Ya sabemos que son tierra, no más. Que son siempre uno y lo mismo con el valle, con el río y con nosotros. Pero se han lanzado al cielo. ¡Son cumbres, ellas!

¡Ah, sí! Valles, abismos, llanuras, siguen aún siendo los pueblos. Platitudes transitorias, como cansancios de la naturaleza. Aves dormidas que hay que hacer que se desaten del sueño y que se ciernan, audaces, agresivas y potentes.

Para esto, no hay más remedio que poner nuestra ambición como un tiro en la más alta y celeste prominencia. Cargar contra dios y el diablo a la bayoneta. ¡Cumbres, cumbres, compañeros!

TIERRA ARADA⁸³

Hace días que viajamos entre campos removidos. Tibio aliento de terrones nos llena el pecho. Y así como a los jilgueros se les hincha de azul el buche y cantan, nosotros, ahora, escribimos. Más quisiéramos hacerlo de bruces, sobre la tierra; que las ideas se alzarán de estos renglones como sobre el arador

⁸² “De los caminos”, en *Carteles*, tomo II, p. 15.

⁸³ *Ibid*, p. 21.

las bandadas de gaviotas; que se pararan a leernos, los que nos lean, igual que los pajaritos se paran sobre los cercos a ver sembrar los labriegos...

Tierra labrada, campos escritos, carillas llenas de ideas: ¿no es todo uno y lo mismo?... ¡Sí es! Por la manera de tratar el suelo se puede saber la historia, la vida de esclavitud y prejuicios, de atrasos y sufrimientos de cada pueblo.

Porque nadie da de sí lo que no tiene. Así el esclavo esclaviza, el bruto embrutece, el robado roba. Cosas de amor, de cariño y de cuidado solo puede dar de sí el que es libre.

La tierra fue esclava de esclavos siempre. La han rasguñado y mordido los siervos del Medioevo para arrancarle un pequeño grano duro y luego echarla de lado como hembra a la que se escupe una vez poseída. Le han ulcerado los senos los egipcios, enterrando, en su corazón fragante y cálido, las momias frías y hediondas de sus príncipes. Y Atila le pisoteó las entrañas con sus hordas; hizo un lema de su gloria de estas palabrotas que aúllan blasfemias: donde pise mi caballo no crecerá más la hierba. Y los bárbaros romanos acabaron de abrumarla, cargando sobre sus hombros el peso bruto de sus circos llenos de instintos y de sus coliseos llenos de ideas de conquista. Y, en fin, los grandes señores, los caballeros feudales, la han arrojado desnuda al odio de los labriegos que la fecundaron con hambre y frío, bajo el látigo.

¡Esta es la tierra! Nunca amada, siempre herida; mujer que lleva en su cuerpo, como una carilla escrita, toda la historia del mundo. Ella y nosotros, ¿no somos una sola y misma cosa? ¡Sí somos!

Por eso es que ahora quisiéramos escribir estos renglones de bruces, sobre sus senos. Arar con nuestro optimismo también. Decirle: —Hermana, pobrecita hermana vieja: esclava y todo como eres, algo has andado en el respeto del hombre. ¿No oyes?... ¡Te cantan los poetas! ¿Sabes?... ¡Ya te aman los sabios! De hembra que fuiste de brutos, poseída a azotes y abandonada con asco, vas pasando a ser mujer que miran con devoción, hasta en poder de los amos, los labriegos. De aquella que todos creían valle de lágrimas, monte de sombra y fuente amarga, a la actual novia adorada de los pintores, va un largo trecho, un gran paso...

—Tierra, tierruca: ¿no ves? Se levantan las gaviotas sobre tu arador esclavo: son ideas sobre ti que vuelan libres... Mira:

se paran a vernos los pajaritos: entre ellos está la alondra que anuncia el día... Espera, espera: entre todos –alas, puños, ciencia, cantos y pinceles– te vamos a arrebatara la esclavitud; te llevaremos en brazos como a una novia dormida, hacia el porvenir, hermana, pobrecita hermana vieja...

¡Ah, compañeros! Campos arados, carillas llenas de ideas: es todo uno y lo mismo. ¡Sí!

*IDEAS SON TRIUNFO*⁸⁴

Vivimos, literalmente, entre ideas convertidas en realidades. Ideas el pan y la luz: ideas que tuvo el hombre de aprovechar la espiga y el rayo. Y lo que leo y lo que escucho, lo que me transporta y lo que me encierra: idea del abecedario, idea del instrumento de música, idea del tren y el avión, idea, en fin, de la cárcel. Ideas, y solo ideas, que se materializaron en las infinitas cosas que yo he encontrado existiendo, o por materializarse en las infinitas más por existir todavía. Ideas buenas y malas, frente a las que he de tener, para juzgar y elegir, también ideas.

Ideas son triunfo. Algunas hay que nacieron en remotísimos tiempos y en el cerebro de quienes no alcanzarían a apreciar ni su fecundidad ni su belleza. Pero en todas latió, y late, el mismo deseo de crear un mundo para los hombres. No para el burgués ladrón, ni para el ladrón Estado. ¡Para los hombres!

Somos colaboradores en este esfuerzo de darle realidad a las ideas. Son civilización. Si se hundieran o apagaran, el pan volvería a la espiga, la luz al puño del trueno, el ser humano a su antecesor primario: orangután, o quien sea.

Nuestras ideas trabajan con la humanidad a la vista. Pues, como decía Antillí, el revolucionario es la hoja que tomó a su cargo al árbol. Y este drama es nuestro poema: nos alegra y emociona mucho más que cualquier dicha de bienestar sosegado.

Ideas son triunfo. Si los hombres de mañana vivirán en la anarquía, vivirán en nuestra idea; como nosotros vivimos en la de vaya a saber qué remoto antepasado. Plantar la nuestra es plantarse como semilla en la tierra: para fecundar el mundo.

⁸⁴ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 180.

¡Oh, sí, amamos al optimista; a aquel que parece decir siempre: voy a surquear este campo, a remover esta piedra, cumbrear esa lomada. Vemos en él una fuerza alegre y sana. Su sola presencia barre de nuestros nervios la mala fiebre de la esterilidad y el desaliento.

Y no importa que no haga cuanto promete; ya sabemos que no hay nada que se logre enteramente; que lo mejor de la vida o de la obra más completa es apenas un fragmento. Nos basta con lo que quiere; porque querer es vibrar, y el que vibra hace la luz, y a su fulgor pueden verse contornos nuevos, matices inesperados en muchas cosas. Le amamos.

Si es un joven que se allega hasta nosotros, nos parece ver en él toda la juventud de la tierra. Se florecen nuestros huesos. Si es un viejo, creemos que en él, sobre sus curvados hombros, vienen en ruidosa cabalgata todos los niños del mundo. Y se nos vuelven chiquitas, hasta producirnos risa, nuestras penas más grandotas. Y si, en cambio, es una moza, ¡ah!, entonces en ella lo vemos todo, frente a ella sentimos todo: el dulce terror, la loca audacia, la vida irisada y cambiante; el misterio. Y cada uno de ellos tiene –¡oh, sí!– de nuestro amor una gran parte...

Pero hay otro al que amamos más que a estos, al que amamos entera y completamente. Otro ni joven ni viejo ni misterioso. Al compañero curtido, veterano del ideal, peonador de la Anarquía. Especie de pala o pico, mellado el filo, reatado el mango, roto y rehecho muchas veces en su vida. A ese que salta el primero, ágil como un muchacho, al andamio, y que lo abandona el último, despacioso y rezongando como un abuelo. ¡Ese es nuestro hombre!

Miradlo: más que un ser vivo, parece una cosa inerte en las manos del destino. Fatal y ciego y sordo a cuanto no sea la obra. Dan ganas de sacudirlo y preguntarle: ¡eh! ¿qué has hecho tú del deseo, de la ambición, de tus nervios?... Pero es inútil: no comprendería siquiera.

Es como un loco que lo ha concentrado todo –todo lo que el joven canta, el viejo vela, la moza sueña– en un solo punto de

⁸⁵ Ibid, p. 84.

su palanca. ¡Y qué pobre es, pobrecito! No tiene estilo, ni propiedad, ni madre, ni hijos. Pero no le compadezcáis; ¡no seáis brutos! No tiene eso, como un herrero no tiene, porque le estorbarían, cuello ni blusa. No tiene nada en la tierra ni en el cielo; nada... ¡Y está de pie donde la injusticia rueda sus más grandes bloques! ¡Y los para y lo pelea!

Salta su hierro mellado o se le astilla en el mango; lo afila o reata, y vuelve. Y pasa su juventud, traspone la madurez, desciende en la ancianidad, y sigue: curvado sobre su surco, picando la misma piedra, blandiendo la idea querida. Y cuando muere, no tiene más que una pena: que el sol del día siguiente no le verá sobre su obra, dándole y dándole.

Hombre de la fe y la acción, obrero de la Anarquía; es cuando te miro a ti que yo comprendo mejor esta cosa enorme y honda, de rumor y de misterio, de estruendo y de silencios que tengo dentro del cráneo. La veo hecha punta y filo, pico y pala entre tus manos. Y siento que venceremos, ¡oh, compañero, mi compañero!

*A SACCO Y VANZETTI, NUESTRO SALUDO*⁸⁶

Lo mejor de los hombres –tú lo sabes, Vanzetti– no es su cuerpo, que cualquier asesino carboniza. De ser así –también tú lo sabes, Sacco– sería más noble y piadoso ser verdugo que anarquista. Lo mejor de los hombres es su coraje y su fe; aquel es manto que arropa a los que tiemblan; esta es sandalia para los pies llagados. Hoy, las almas proletarias están calientes y erguidas gracias a lo que vosotros, moribundos, les donasteis: audacia, esperanza. ¡Os saludamos en vuestra final victoria, hermanos!

Desde la CÁMARA DE LA MUERTE, eso –fe y coraje– irradiasteis a los hombres de toda idea y toda raza, Sacco y Vanzetti.

Con pupila serena y altiva, te vemos a ti, vendedor de pescados, esta mañana de tu último día: has terminado de vender tus frutos marinos. Ayer noche, ríos y mares habían volcado en tus manos su riqueza de plata y de oro vivos. En tus cestas de mimbre, latían, como los pensamientos en las celdillas, plateados, dorados, rosados peces. Y hoy todo lo entregaste, todo lo diste. Y cuando el sol tocó el

⁸⁶ Ibid, p. 114.

cenit, en el momento que cae derecho y vibrante, como una flecha, sobre las cabezas, ¡en la mitad de tu vida!, te quedaste de pie, paralizado y sonriente ante tus cestas, como tu cuerpo vacío de voluntad, vacías de pescas. ¿Muerto o soñando?... ¡Muerto! ¡Electrocutado!

¿Por qué?... Porque en el país de las latas ponzoñosas y de las conservas nauseabundas, solo tú repartías pesca sana. ¡Repartías la Anarquía!

Desde la CÁMARA DE LA MUERTE, esto has tú comprobado a las gentes, Bartolomé Vanzetti. Te saludamos en tu final victoria. En la certeza, que lograste clavar en las almas, de que es por anarquista que te asesinan.

Con pupila serena y altiva te vemos ahora a ti, Sacco, el zapatero. Tú también esta mañana terminaste tus tareas. Zapatos de todos números, formas y clases se te fueron de las manos a correr el ancho mundo; a defender los pies de los peregrinos de los guijarros, las espinas y los lodos. A erguir hombres sobre tus suelas trabajadas. Y cuando el sol, como un señorón estúpido, fue a arrojarte a la banqueta sus discos de oro, te halló inmóvil y crispado. ¿Muerto o soñando? ¡Muerto!

¿Por qué?... Porque en el país de los hombres con pezuñas, como burros o bisontes, solo tú tenías piedad de los piececitos tiernos, de las plantas ensangrentadas de tus hermanos. Porque calzabas con tu coraje y tu fe a los proletarios; fe en la Anarquía, coraje para hacer el camino largo...

Desde la CÁMARA DE LA MUERTE esto has tú comprobado a las gentes, Nicolás Sacco. Te saludamos también en tu final victoria. En la certeza, que lograste clavar en las almas, de que es por anarquista que te matan.

Saludamos... Pero, ¿basta esto?... ¡No! ¡No basta! Comprender una infamia no quiere decir consentirla. Sacco y Vanzetti, hermanos: nuestro saludo a vosotros es de una sola palabra: ¡VENGANZA!

¡HOY, EN LA CALLE!⁸⁷

En la calle. El pueblo, la muchedumbre dueña del mundo. La cita es esta y para ahí, para la calle. Y no a llorar ni muertos ni moribundos; no a agregar sal a la hiel que han bebido, por siete años, nuestros mártires, sino a afirmar la vida, la esperanza, la anarquía!

Que nuestras voces lleguen hasta sus celdas. ¡Ah! si el resplandor de nuestras iras pudiera alumbrar su última noche. Si al disponerse a morir carbonizados, tuvieran la sensación de que el carbón de sus cuerpos serviría para avivar nuestras hogueras... ¡Hoy! ¡En la calle!

Mueren por la Anarquía. Son anarquistas. ¿Qué muerte más gloriosa que morir en el seno del combate, rodeados por el formidable estrépito del proletariado universal peleando?... Sería nacer para ellos. Y para nosotros.

¡Hoy! El pueblo, la muchedumbre dueña del mundo. ¡En la calle!

ELLAS⁸⁸

Una esperanza se necesita siempre. La predica el fraile, la despertamos nosotros. Dios, la justicia. La diferencia de una a otra es cuestión de más o menos claridad interna, de proyectarla a la tierra o al cielo, más noble o más grosera.

Pero una esperanza se necesita siempre. Y el paraguayo pobre se quedó sin ninguna. La tiranía, la guerra, los cuartelazos, y aún sobre esto, la explotación y el cinismo de sus ricos, le vaciaron de alma el cuerpo, de espíritu la vida.

¿Tocáis bien el horror de esto?... Pensad qué sería de vosotros, católicos o anarquistas, si os borrarán del oriente a que marcháis tanteando, esos focos de destellos inefables que os iluminan de vez en cuando la senda. Dios, la justicia. La mano que os tachara eso, os tacharía también a vosotros de la tierra; os rasaría del suelo para aventaros, bestias aullantes, alimañas asustadas, otra vez a la caverna, al pantano, a la roca originaria.

⁸⁷ Ibid, p. 116.

⁸⁸ "De los caminos", en *Carteles*, tomo II, p. 39.

Porque una esperanza se necesita siempre, ¡siempre! Y el paraguayo pobre perdió hasta el rastro de la suya. ¿Cómo no ganó la selva o el estero, se transformó en tigre o víbora?... ¡Ah, porque estaban ellas, las paraguayas pobres!

Ellas le llamaron cuando él se iba; le detuvieron sobre el borde de los ríos y en el linde de los bosques. Se reunieron diez para cuidar de uno solo. Le hicieron corros descalzas, rondas de senos maduros sobre sus cuerpos fragantes. Ellas, las dolorosas, las tristes, realizaron el milagro de que él, huraño, él, descreído, alzara el rostro y sonriera.

Sí, eso ha sido el pueblo paraguayo hasta hace poco: un macho que sonríe a una hembra que le besa. Un conquistado a la muerte, a la desesperación y al desencanto, que espera todo, salud, amor y hasta el pan, ¡ay, sí!, hasta el pan, de su conquistadora. Y ella se lo dio sin tasa, no le regateó nada, nunca.

Ahora va siendo otra cosa. El enfermo se cura, espanta el sopor, recuerda su puesto en la lucha. Trabaja. Va a los locales obreros, escucha y contrasta. Piensa. Y ellas le siguen. Y aquí viene lo más bello, que me han dicho: si él, huyéndole a un arreo, gana la selva, o, cansado de pensar, se vuelca hacia la política, o, incapaz de sostenerse en la tensión de un ideal, se desbarranca en el vicio, ellas ya no le acompañan, le dejan irse y se quedan. Pagan, como pasó en Concepción, el alquiler de la sede del Centro, la biblioteca o el gremio, y toman entre sus manos la nueva vida idealista como si fuera un hijo de aquel que se les ha ido.

Las guía otro instinto que el de la carne. Algo que ahora les dice que no solo de pan y de besos vive el hombre. Que una esperanza se necesita siempre. Y a encenderla, para luego iluminarle la senda al macho extraviado, se quedan entre nosotros; se hacen revolucionarias. Ellas, las paraguayas pobres.

¡No hay paz, no hay paz! Esperarla de los amos es como esperar un beso de la boca de un cañón, una fruta de la vaina de una espada: ahí no hay más que hierro y plomo. Fuerza que debe contrarrestarse con fuerza.

Mirad sus instituciones: están cercadas, como trincheras, de un alambrado de púas que viborea en las lomas o se hunde como un azote en los valles. Detrás de ellas, los corajudos burgueses se hacen fuertes. Una espesa nube cálida cubre sus ojos; es inútil, infantil, acercarse en son de paz, con bandera blanca; ellos lo ven todo rojo, teñido en la convicción de su prepotencia.

¡No hay paz, no hay paz! Mirad al pueblo: los hogares de los pobres parecen tablas en un naufragio; pero no todos los naufragos lloran acobardados. Alguien entre ellos vigila, escucha y espera... Su oído, su corazón y sus nervios se abren, se estiran a recoger, sobre todos los tumultos, uno, bajo todos los silencios, algo... ¡Un indicio, una seña, un grito, y saltará al abordaje, al entrevero, a la lucha, un padre, una madre, un niño!

Y vagando por las vías, encerrados en las cárceles, sumidos en las más tristes miserias, los malos, los peores, los desechados de amor, de bien y de ensueños, comulgan todavía un credo. Sus labios secos de fiebre, hinchados de maldiciones o macerados de alcohol, se mueven, tiemblan y sangran como llagas; rezan. —¡Creo! Creo que hay una sola cosa capaz de regenerarme. Ella será como un volcán en mi vida; echará fuera de mí el pus, la ceniza, el lodo; surgiré limpio, fecundo, sano. ¡Creo!

¿Qué es esto?... ¡No es la paz, no, no es la paz! La humanidad de la Tierra y de los siglos se ha contraído en un espasmo de alumbramiento. Se huele el grito que viene y se oye el dolor que crece. ¡Es la Revolución Social!

⁸⁹ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 59.

Llueve desde que salimos de Buenos Aires. Una copiosa llovizna cernida y mansa, como un dolor resignado. Lluvia sin gestos ni gritos, sin truenos ni refucilos; sin entusiasmo. Y andamos bajo los cielos sin sol, por los caminos de esponja, sin decidirnos del todo a turbar con un recio aldabonazo ni las puertas ni las almas. Parecen casas de duelo todas las gentes; opacas y húmedas. Despaciosas por las calles, pues el tiempo no está tampoco para dispararle, van y vienen a sus cosas mansamente.

Hoy ha venido el cartero para traerme una carta. Yo la esperaba; sin embargo, me quedé mirándola; me vencía el presentimiento de que era la invitación a un entierro. La muerte –pensé, sin pena ni susto. ¿Quién, si no, va a venir bajo esta lluvia?... ¡Y era la vida, el amor, la juventud!

Tomé la lección al aire. –Cartero, pobre cartero, lleno de fango los zuecos, gris de luz y de rocío, como un tizón bajo el agua, soy yo –me dije. Llevo también mi cartera de mensajes líricos, de buenas nuevas; pero la gente que vive bajo una lluvia de oprobio, con la nariz en el suelo, enferma de hambre o de hartazgo, me recibe en todas partes sin entusiasmo. ¡La muerte! –piensan.

No importa. Cartero, viejo cartero, sigue repartiendo cartas. Cartas mojadas.

ESPERANZA⁹¹

Y puede quemarse un bosque, hasta las raíces. Y puede insu- mirse un río, hasta quedar solamente en el recuerdo. Y el viajero moribundo de hambre o sed, podrá escribir todavía, en la ceniza o la arena, esta palabra: esperanza.

Porque hay algo que no muere; que no podrán matar nunca, ni los jesuitas: el hombre, que puede aflorar el agua y puede plantar el árbol. ¡Esperanza! Esperanza, hasta en Misiones, donde la gente de Cristo ha hecho más que poner fuego a la selva o insumir las cataratas: quemar sobre sus altares el genio indígena, que era tan fuerte y tan suave como el lapacho y su flor. O como el hierro y la seda.

⁹⁰ “De los caminos”, en *Carteles*, tomo II, p. 18.

⁹¹ *Ibid*, p. 46.

Lo insumieron. Lo quemaron. Y, sin embargo, esperanza. Esperanza es lo que escribo para mi hermano el *mensú*, aún hoy que es la entera tierra la quemada y la insumida. Pues aunque volviera toda la humanidad a la gruta, a las cuatro patas y a un solo bestial instinto, lo que creó y caviló, soñó ser, quedará vivo. ¡Esperanza!

Porque así ha quedado siempre. Tras los más crueles incendios, encharcamientos y muerte misma del hombre –cuando Roma, Grecia, Egipto–, tampoco acabó la vida. Viva continuó en sus labios, sus artistas, sus rebeldes. Y hay momentos todavía en que Espartaco o Esquilo piden la palabra y hablan. Y hay que oírlos.

¿Dónde una raíz más vieja, y más pisoteada, que la que nutre y florece de misticismo al hindú? ¡Cuánta sangre y fuego encima! Y ya veis: ahí está la India; de vuelta y viva. ¡Esperanza!

Y este verso:

El sol se levanta: voy a trabajar.

El sol desaparece: voy a descansar.

El surco que labro me da de comer.

El pozo que cavo me da de beber.

Trabajo, sudo, vivo con honor.

¡Y qué me importa del emperador!

¿Qué hombre libre lo cantó? ¿Dónde y cuándo lo compuso? En la esclavizada China, 2700 años antes de Cristo. ¡Esperanza!

El guaraní tenía en la sangre la selva. Con sus fieras y sus aves. (Todavía hoy pelea cantando). ¿Qué hicieron de él los jesuitas? Obreros de sus ingenios, escultores de sus ídolos, monagos de sus divinos oficios. Más si el diablo quema cuerpos, Dios debe quemar las almas. Porque se fueron, ¿y qué? ¿Dónde un destino tallado, un trabajador alegre, un indio con fe en la vida? Preguntádselo al *capanga* o al *obrajero*. Con el plomo o con el látigo ellos darán la respuesta escrita en la carne indígena, como en ceniza también. Que eso fue lo que quedó bajo sus celestes rastros: cenizas. Recalentadas cenizas, sobre esta tierra caliente, que solo invita a gozar como hembra de polca y caña... ¿Esperanza?

¡Sí: esperanza! Quien edificó estos templos que, tras tres siglos de vendavales y rayos, siguen de pie, ¿por qué no ha de edificarse? Quien supo esculpir imágenes de tan prístina emoción, ¿por qué no ha de esculpirse él? Es más que el bosque o el río, que se insueme o que se quema. Es lo que no muere: el hombre. ¡Esperanza!

Esperanza es lo que escribo para mi hermano el *mensú*. Como en su lapacho en flor. O como en hierro y en seda. ¡Esperanza!

LOS MARXISTAS⁹²

El saber no obliga a nada ni a nadie, cuanto a moral o conducta. Es una aptitud, no más, que no implica, ni con mucho, una posición buena ni mala. Por eso la fe en la ciencia es tan salvaje o grotesca como la fe en la leyenda.

O, tal vez, un poco más, aunque parezca que exageramos. No hay ni centros ni derechas que den, como las izquierdas, en que actúan –o actuaban– los marxistas, tantos y tan pueriles fanáticos. Nunca nadie creyó más en sus dioses y profetas que esta gente en el Estado y sus jefes. Nunca tampoco hubo siervos autómatas y secuaces más científicos. No nos cuesta confesarlo: cual más, cual menos, todos tienen “su” talento.

¿Qué les falla, que no enriquecen la vida con acciones o emociones de libertad o belleza? La posición, sobre todo: el hombre, que no comprenden, ni se sienten, ni se aman. Parecería que se odiaran a tal punto se someten a los más viles y negativos martirios. En la esperanza de un mundo, que está al otro lado de este, matan o mueren, se cierran o se entregan con una impudicia que espanta.

Pero, ¡atención! No queremos compararlos con los mártires cristianos. ¡Ah, no! Aquellos no sabían nada; eran inefables brutos; chorreaban simpleza humana. Estos saben: son rematados cultos; chorrean inteligente cinismo. Había una furia de negación en los otros, que no pretendía la ganancia ni el engaño; en estos hay una furia de fullería y de enjuague que quiere afirmar su triunfo a costa de cualquier vileza o trampa. Y la diferencia, que es entre saber e ignorar, es también entro lo repugnante y lo admirable.

⁹² “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 152.

Los primeros en reconocerle a Marx su aporte al conocimiento de la economía y la historia, fueron los anarquistas. Carlos Caffiero, contemporáneo suyo, extractó y tradujo *El Capital*, antes que nadie. Y Bakunin, su contendedor más acérrimo, no pensó en negarle nunca la calidad de su ciencia. Que no era tanta, como los marxistas creen, ni de ninguna manera original tampoco. Pero sistematizaba muchos conceptos y datos en una teoría eficiente. Y se lo reconocieron.

¿De dónde les nació, entonces, el repudio insuperable, que aún hoy mismo nos separa? ¿De qué rincón de la conciencia o la sangre? Bakunin se lo expresó, una de las tantas veces que Proudhon intentó reconciliarlos: –Tú sabes más que yo; pero yo soy más revolucionario.⁹³

Ahí es la cosa. Entre las aptitudes de ellos y las posiciones nuestras es el conflicto. Entre quienes creen que el hombre, que se forjó las cadenas, puede romperlas, contra quienes creen que el propio proceso histórico ha de hacer crisis en una liberación. Aquello obliga a la lucha por la dignidad humana, siempre más consciente y viva; esto obliga a un fetichismo hacia el progreso y sus técnicas, tan salvaje o tan grotesco como la fe en el Mesías.

No creemos, con Waldo Frank, que este mesianismo advenga de una secta o de una raza. Según él, porque Marx era judío, su tesis materialista no es más que un formal fraseo. Lo entrañable, que la nutre, es de vieja raíz profética. Después del industrialismo la libertad, no sería más, ni menos, que lo de Cristo, también hebreo y, como tal, mesiánico: tras ese valle de lágrimas, el paraíso...

No creemos. Es la doctrina. Es en esta que va anejo el sometimiento tácito, sin esperanza, desesperante. Ella, la que fulmina y arrea a sus militantes, desde la altura en que, siempre, invariablemente, coloca a un jefe. Porque donde hay dos marxistas, uno es quien manda. Esa es la ley. Y cuando son millones, ese es también el Estado. Los demás son materiales, de choque o base,

⁹³ No sabemos de dónde toma González Pacheco esa frase de Bakunin, ni tampoco sabemos de dónde proviene el dudoso comentario de que Proudhon intentó reconciliar a Marx con Bakunin varias veces. La ruptura de Proudhon con Marx data de 1844, cuando Bakunin no era aún anarquista. Digamos de paso que esta es la única ocasión en que hemos encontrado una mención de González Pacheco a Proudhon.

que ese organiza o destruye, levanta o hunde. Haga lo que haga, ahí están ellos para justificarlo a ése.

¿Qué ocurre ahora? Lo de siempre del marxismo... No hace todavía un mes estaban, codo con codo, con los demócratas. A esta fecha, lo mismo, codo con codo, forman en la otra vereda. ¡Y tan tranquilos!

Al contrario de indignación o vergüenza, los topa usted y se los halla rezumando regocijantes albricias: —¿Se da cuenta, camarada? Con esta nueva política mandamos a los burgueses de Europa a exterminarse en la guerra. Después, sobre su exterminio, avanzaremos nosotros y... ¿Se da cuenta? ¡Ese Stalin!

¡Cinismo idiota! Porque no son los burgueses los que van a aniquilarse, sino los pueblos, los pobres. Y porque, aunque fueran ellos, los ricos, el triunfo de los marxistas sería la aniquilación del Hombre; la feroz esclavitud que impera en Rusia. La dictadura.

Es la doctrina. Es el Estado, al que adoran, que les factura esta mística espantablemente abyecta. Contra aquel y esta, nosotros. Igual que Bakunin contra Marx. Siempre. ¡Toda la vida!

*ASESINARON A TROTZKY*⁹⁴

¡Y yo protesto! Este crimen me subleva, sobre todo, por su móvil: anular a un objeto. Es cobarde. Me repugna más que a los propios trozkystas que, para lograr sus fines, justifican cualquier medio.

Porque tampoco me olvido: desde Marx, calumniador solapado, hasta Trozky, enfáticamente cínico, habrá cuantos matices gustéis en la promoción dialéctica; pero, por debajo de eso, hay lo que les es común y que no falla en ninguno: la prepotencia. Tras sus más bonitos cuentos y peliagudas exégesis, todos acaban poniéndote una pistola en la nuca. —¡Adelante!— Y al que discute y no marcha, ellos le vuelan los sesos.

Es la doctrina también, totalitaria y ceñida hasta no dejar resquicio por donde penetre o fluya ni un presentimiento ni un

⁹⁴ Ibid, p. 156. Respetamos la grafía que utiliza González Pacheco para nombrar al revolucionario ruso (nota del editor).

imponderable. Lo saben todo y no te permiten nada. Y lo que ignoran, si no cumple a sus designios, no interesa; al menos, hoy. Lo incorporan al montón de los que arreean a que engrose “el movimiento” o se aglutine en “la masa”. ¡Y adelante!

La consigna es superar al burgués, ganarle de punta a punta, desde matar a morir. Y todo por “el Partido”. En cada hombre de “el Partido” hay un fúnebre Bautista que sueña o clama: –“Para que Él crezca es preciso que yo disminuya”.– Y así han plagado la tierra de estos tremendo fanáticos, en quienes uno no sabe qué admirar o despreciar: si su frenesí mesiánico, que a veces los hace mártires, o su carencia de escrúpulos, que siempre llega hasta el crimen.

–¡Adelante! –grita Trotzky moribundo. Es admirable. Y Frank Jahson⁹⁵, su asesino, declara que lo mató porque no estaba en “la Línea”. –¡Adelante!– Y con un zapapico le rompió el cráneo. Es despreciable. Pero los dos son marxistas. Es indudable.

Podían ser igual nazistas, o fascistas. ¿Qué es un objetor para estos?... La sabandija o el monstruo. Se le aplasta y: –¡Adelante!–. Pero hagámosles justicia: ni Mussolini ni Hitler son los creadores del método. Empezó en Rusia; estaba en potencia en Marx.

Recordarlo es indignarse. No hay adelante ni atrás, si antes no hay la libertad de pararse y discutir. Si esto no hay, hay la barbarie de Jahson, que mata a Trotzky, y la barbarie de Trotzky, que mata a los anarquistas. ¡Y yo protesto!

⁹⁵ Así en el original. Se refiere a Jack Jackson, el nombre falso que utilizó Ramón Mercader en la operación que culminó con el asesinato de Trotzky (Nota del Editor).

(Juvenilismo)

MUCHACHOS⁹⁶

Lo mejor nuestro lo gastamos, sin tasa ni previsión, de jóvenes. Y esto es lo bello. Gracias a ese oscuro afán de echar al aire y la noche el espíritu y la carne, hay todavía en el mundo flores y serenatas. Belleza y esperanza.

La juventud de la vida es una fuente que no se agota nunca, que se renueva siempre. ¿Para quién canta, por qué florece?... Tanto valdría preguntarle a una mata o a un ave. Es un profundo y celeste misterio.

Y si es bella la juventud porque se da y se siembra, más bella es cuando se alza a un ideal de justicia y aparece entre los viejos para imponer sus sueños, edificar sus quimeras. Entonces completa en sí el sentido de la vida, porque une al candor la audacia, a la ternura el empuje. Podrán doblarla o batirla, pero su paso se queda como un rastro de perfumes y de cantos.

¿Qué otra cosa son los genios más que niños grandes, muchachos viejos? Creen en todo lo noble y salvan de un vuelo todo lo feo. Asimilan como las plantas todo y vuelven flores. ¿Y en quién pondremos los ojos si no en ellos?

Muchachos, muchachos: atropellad al destino, guerread la sombra, daos besos o pegaos por lo que creáis bueno o malo. Haced, intentad hacer a vuestra imagen y semejanza la vida. Eso es ser jóvenes.

No temáis soñar de más, ser demasiado locos o audaces. Mirad, alrededor, qué triste, estéril, cobarde es todo. Empapadle vuestro aliento, voltead vuestros frescos puños sobre tanta cosa seca: textos, conciencias, costumbres. Sacudid a los que duermen y a los que velan; todos son viejos. Sembrad, sin tasa ni previsión, a voleo. Hay que remozar la tierra esclava y burguesa, con cantos y hechos subversivos y anárquicos, muchachos. ¡Muchachos!

⁹⁶ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 74.

Ser joven –y Perogrullo nos valga– es no ser todavía viejo. Asunto de biología. Más, no por tal, menos bello. Es estar sobre la vida como la flor en la rama o la cresta en la ola. Graciosamente y sin culpa.

Ahora, el ideal anarquista, que a esta criatura gane o emocióne, es otra cosa. No es una cuestión del niño ni del anciano, ni del adolescente ni del adulto. Es una cuestión del Hombre. Fragmentarlo puede ser optativo o generoso, como dar pan a un hambriento o la libertad a un preso. Pero esta no es la cuestión.

Sociología o sentido, él es uno para todos, y también siempre inminente. Sus diversas planteaciones devienen de diferencias de capacidad y coraje. Asunto de uno, no suyo. El está, estuvo, estará mientras haya un ser humano que pase de niño a mozo, y hasta de válido a inválido sin dejar de ser esclavo.

Entonces, lo juvenil en nosotros se reduce a esto: a la firmeza o la audacia de la acción o el pensamiento. Y si el que piensa o acciona juvenilmente es un joven, mejor todavía; más lindo. Aunque me golpee o me niegue, a mí, más que amargura o dolor, me produce noble envidia; me revuelca, pero sobre mis nostalgias. –¡Ah chiquito! ¡Yo también tuve veinte años!

Pero esto, que es mi cuestión, cuestión de viejo, no puede ser mi anarquismo, ni la anarquía; cuestión del Hombre. Y no debe ser tampoco la cuestión de esos muchachos que andan por ahí cuestionando posiciones juveniles. Porque eso no es anarquismo; no es la cuestión.

Y será cada vez menos cuanto más hondo o más lejos tiren la red o el anzuelo para pescar lo que caiga: socialistas, bolcheviques y... (¿por qué no?) también católicos. Cada pejecito de estos echará su gusto al guiso que, al fin, no gustará a nadie. O gustará a los que de esas mixturas medran y engordan: al tiburón demagogo y al clasista camaleón.

¿Estáis para esto, muchachos? ¡Si sois anarquistas, no! Porque tenéis que saber que en todo tiempo y espacio esto dio un tremendo saldo: traición y calumnia y muerte sobre nuestro movimiento y nuestros hombres.

⁹⁷ Ibid, p. 155.

Estáis para la anarquía, que es un ideal y un sentido, y no una edad o un enjuague. Estáis para el anarquismo, que debéis hacer más fuerte, más audaz y más rotundo si es que, de verdad, sois jóvenes. ¡Para esto tenéis que estar!

Y entonces, sí, criaturas. Mi viejo potro despeado retozará en sus nostalgias. Y relinchará de envidia. ¡Yo también tuve veinte años!

*LOS VIEJOS NUESTROS*⁹⁸

¡Qué pocos hay! Parecería que, en nosotros, la ley de disgregación, que es también la de las renovaciones, se cumpliera en una forma brillante y rápida de llamarada. Seca la fuente idealista o agotada la pujanza, desaparecemos de entre los vivos, sin dejar rastro.

De una a otra generación, los que actúan, no solo no se conocen, sino que a veces ni se sospechan tampoco. Tendidos como las aguas de un río o alzados, rectos, como árboles que van con toda su savia al fruto, no concebimos aún qué es el ayer, el recuerdo, la nostalgia. Nuestro hoy se llama mañana.

Los mismos ancianos nuestros bien que lo entienden así. Incapaces de seguirnos en nuestros vuelos de flechas en el espacio, nos miran cruzar ante ellos emocionados, puesta su fe en nuestra suerte. Estremecidas las manos, tal que si fuera de entre ellas que nuestra juventud se echó a volar.

¡Pero qué pocos, qué pocos hay! A través de la república, apenas si hemos hallado nueve o diez viejecitos anarquistas. Sin embargo, hace treinta años, toda una falange fuerte y joven, rehenchida de rebeliones, braveó al par de Malatesta. Y hará veinte que eran miles al lado de Pedro Gori.

¿Dónde están ahora?... ¿En qué punto de la tierra tornaron sus vidas líricas, floridas de idealidad, primero leña, luego llama y al fin humo, vacío, nada?... Nadie podría decirlo; han desaparecido sin dejar rastro.

Algunos quedan, repito, y en ellos parece estar, igual que en ciertos cristales, fuego y agua, viento y cielo, hecho todo una sola transparencia. Son claritos y apacibles. Solo una cosa es

⁹⁸ “De los caminos”, en *Carteles*, tomo II, p. 14.

capaz de estremecerlos, vibrarlos hasta el desborde efusivo y entusiasta: el ayer, el recuerdo, la añoranza: Pedro o Enrique o Anselmo, como ellos llaman a Gori, a Malatesta, a Lorenzo.

Después, todavía otra cosa: vernos cruzar a su vera cargando, con la palabra o la acción, en contra de los burgueses. ¡Ah!, entonces si se emocionan, se les fulguran los ojos, tiemblan, se estremecen todo. Parecería que fuera de sus entrañas que hubiésemos salidos todos nosotros, anarquistas, luchadores.

Parecería... Yo quiero creer que es así... Yo quiero creer que es de sus manos exangües y temblorosas de donde se alzó, como de un nido de ramas, mi juventud a volar. Sí, sí; yo quiero ver en cada uno de ellos un poquito de mi padre. Pero ¿qué pocos, qué pocos hay!

(Criollismo)

MARTÍN FIERRO⁹⁹

En cualquier guerra que sea, aún la más brutal y odiosa, el resultado es también la asimilación de un bando en otro. Y un hombre nuevo. La sangre solo se fragua en caliente, como el hierro. Tras siglos de pelea entre el español y el indio, se fraguó el gaucho.

La llanura en que nació le dio resuelto el problema de campar y de ser libre que aquellos le trasegaron. El sentido libertario es horizontal; como la pampa. Para alcanzarlo y vivirlo solo precisa el caballo.

Y así es un nómada. Vive a lo pájaro, más que en la tierra, en el aire. Hasta para sus trabajos tiene que andar “bien montao”. Y cuando el amor lo apea, labra su nido también como otro pájaro: como el hornero, con paja y barro.

Cosas de español aindiado... Las prendas que más le ufanan, o admira más en los otros, son la guedeja y la vista. Porque una es como un penacho, y la otra como la sonda o el faro con el que cala él y revisa los horizontes.

Mora donde ya no hay indios, pero tampoco llegaron los nuevos dueños. Solo en la tierra de nadie. Las lejanías y el silencio cierran sobre él sus fantasmas. Y para espantarlos, canta. Contra la brujería metafísica mueve él sus versos carnales, de médula y cuño físicos. Y canta solo. Solo, aun cuando lo rodeen otros y otras, que están, como él, también solos. No sabe cantar en coro. Y aunque cante desventuras, lo que brilla en sus canciones es la luz de las aventuras: su coraje alegre y solo.

“Las armas son necesarias”... Y a cada ciclo mental le corresponde una, y no otra. A él, pues, que posee ideas cortas y sentimiento en rama, debía corresponderle el cuchillo. Le llama “el fierro”, como al de marcar ganado. Y marcar será su gala, pero no de propietario, sino de macho: desde el hombre al que le puso un barbijo, hasta la hembra que una vez tendió en su poncho, son de su marca.

⁹⁹ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 163.

El sentido autoritario es vertical. Sarmiento, que era otro gaucho, más no del llano, desatador de pamperos, sino de entre las montañas, acotadoras de espacios, lo admiró desde el desierto, pero lo combatió desde dentro. Tenía que ser. Y fue el choque de dos designios acérrimos: el de aquel era ser libre, en un campo abierto a todos; el de él, extender al campo, sobre la noción, la práctica de la propiedad privada. De cara al desierto inmenso, mandó, gritando: “¡Alambren: no sean salvajes!” Desde el fondo del desierto, tumbando límites, llegó la réplica: “Para mí la tierra es chica, y pudiera ser mayor”. Con este bárbaro, entonces, se podía abrir mundos, pero no cerrar fronteras; abatir la tiranía, pero no alzar la república. Y le planteó aquella guerra, que a él se le antojó llamarla por la civilización: como si bajar de su alta vida a los pájaros fuera civilizar el cielo.

Y él triunfó. Pero conviene advertir que habría ocurrido tal cual si hubiese triunfado Rosas. Para el caso, y apartando las palabras democracia y feudalismo, el programa y la consigna de los dos eran solo uno: acorrallar al gauchaje, cortarle el paso y las alas: alambrear, alambrear, alambrear.

José Hernández, legislador y hacendado, jugó en esta historia cruel el mismo papel que, en su libro, el sargento Cruz. Con “la lata en la cintura”, se echó al medio a defender a un matrero. Fue el criollo que “no consiente que se cometa el delito de matar así un valiente”. Y ese gesto le valió vivir también matrereando.

–“¡Alambren; no sean salvajes!” Y con la pampa alambrada terminó su héroe. Pero quedó en la leyenda, rezumando épica y lírica; fragancia indiana. ¡Quedó! Quedó como una flor de hombre, cuya invisible presencia todavía respiramos. Todavía, para nativos y gringos, hacer algo audaz y noble es hacer una gauchada. Y nuestro poema máximo, igual para el gobernante que para el súbdito, para el pobre y para el rico, sigue siendo todavía el compuesto o el relato de la agonía de un gaucho que se llamó Martín Fierro.

El literato es el hombre que charla el arte. No es aquel de quien se ha dicho que se le dio la palabra para que oculte el pensamiento. ¡Quisiera! Esto sería suponerle una riqueza celada, la flor bajo la hojarasca. Todo lo contrario de él, que cree que ha venido al mundo al solo fin de expresarse y, lo que es más grave, a ayudar a que los demás se expresen. Y da carmín a lo rosa y yeso al mármol... Resultado: para saber de sus héroes lo único que no hay que hacer es leer lo que él dice de ellos.

El cientifista, en cambio, es otra cosa, más seria. Su contratiempo. Es el hombre al que la ciencia –que es a la sabiduría lo que el ingenio es al genio– se le ha hecho cifra. Tanto como aquel, al desmesurar, falsea, este, para verificar, elimina. Pero lo vivo es fluido, y no tiene más remedio que operar sobre lo muerto. Busca la claridad de la llama en las cenizas. Se va al estómago o a las venas y, desde su salud o su peste, proclama el fatalismo de los destinos. No hay voluntad ni misterio. Hay microbios y factores económicos... Resultado: todos los interrogantes tienen respuesta. Los abismos interiores que aterraban a Pascal y la angustia metafísica que confiesa Einstein, son casos clínicos. ¡Ahora sabemos!

Lo que sabemos del gaucho por ejemplo, después que ellos lo han tratado al microscopio y a la escayola. ¿Es un superhombre o un pobre diablo?... “¡Palo desgraciao es la guitarra!”

La conquista de estas tierras se hizo con aventureros; con españoles de toda laya, pero de un solo instinto andariego: con santos o perdularios mordidos por la ansiedad de vivir para adelante. De esta semilla es el gaucho, hombre de vista clavada en el horizonte; con mínimas inquietudes por la sociedad y la hacienda, y máximas y sustanciales por las distancias. La llanura en que nació le solucionó el problema que le legaron, y que era llano también. El sentido de la libertad es horizontal. Se sentía libre, porque nada ni ninguno limitaban sus andanzas.

El hecho de que hoy –como ayer, desde San Martín a Rosas– quien quiera marchar lo encuentre sobre el caballo, prueba que sigue fiel a sí mismo. Se va para ganar lejanías que, para él es

¹⁰⁰ Ibid, p149.

ganar vida. A esta ausencia de compulsión utilitaria se debió el fácil desistimiento de sus derechos de poblador de la pampa. ¿Para qué acotar un campo y defenderlo?... Mejor era galopar, “refalarse” más afuera.

Sarmiento lo comprendió hasta las cachas. Con este nómada se pudo hacer una patria, pero no se podía organizar un Estado. Había que inmovilizarlo, haciéndolo peón o amo. “La propiedad es la autoridad sobre las cosas; la autoridad es la propiedad sobre los hombres”. Lo intuyó aquel gran mandón y se puso a gritar a los cuatro vientos: ¡Alambren! ¡Alambren! Y desde que hubo alambrados, el gaucho fue lo que vemos y que no puede ser peor: además de proletario, tema también de sociólogos y literatos.

¿Qué nos separa y distingue de los marxistas?... Que ellos ven al explotado como se lo da el burgués y nosotros en lo fuerte o inefable que este no pudo extinguirle. Son posiciones de desprecio o aprecio; de traer a la superficie su oculta vida, libre o justa, y que la viva, o aprovechar la indignidad en que vive para justificarse de dictadores. La eterna lucha del que ve la sociedad como un fatalismo histórico y del que ve en los hombres, y, justamente, en lo que se les persigue, las posibilidades de transformarlo.

Ya era poco quitarle el fervor al que ara y al andariego el tránsito. Todavía protestaban. Era preciso infundirles una mística social que los encegueciera al punto de creer que perderse en lo mejor que tienen es ganarse en un estado mejor. A eso tiran con su etapa industrialista.

El problema del gaucho es otro que el del labriego, pero ni chocan ni se eliminan. Se cruzan. Son dos modos de querer la vida: hacia adentro, arremangada, verticalmente; o hacia afuera, panorámica, en la inquietud horizontal de las distancias. No hay más ni menos en el que cava que en el que anda. Si uno enriquece la tierra, el otro la hace más grande. Ni es de hoy, tampoco, y de América, esta diversificación de amores, sino del entero mundo, y de siempre. El conflicto, como todos, lo ha creado la autoridad.

El gaucho es un libertario. El labriego un justiciero. Esas son sus realidades vivientes y sociológicas y no lo de un egoísta o

un pobre diablo, que le acunó el burgués y que los bolcheviques quieren remacharles más. Sus problemas solo tendrán solución, a través de nuestros medios, en nuestra finalidad. Libre no se puede ser más que entre justos. Y al revés, hacerlo comprender de ambos es iniciar la rebelión en los campos por un Comunismo Anárquico.

SANTOS VEGA¹⁰¹

Un pago sin un cantor no se explica. Como esos ranchos chiquitos, que clavan con cuatro estacas, pero que ni dios arranca, son las vidas de los gauchos. Sitiados por los alambres, han hecho pie en sus raíces y viven como los árboles: de esperar pájaros. Estos son sus payadores; vienen como repechados por los planos del recuerdo y se sientan a cantarles cosas de la tierra libre; de la pampa, que ellos quieren desde el fondo hasta la boca; desde los remolinos hasta las napas.

Me acuerdo de la otra tarde. Íbamos cruzando el campo, cuando vi alzarse y venírseme encima una polvareda. Volqué el caballo y le di la espalda. Pero el reproche del hombre, triste más que severo, me manoteó las riendas. —No haga eso, don. ¿No ve que es su pago mismo que viene alzando los brazos?... No lo desaire.

Así quieren a su tierra; a toda, hasta la que vuela. Quizá este amor sea el modo de equilibrar la crueldad de sus trabajos. O de absolverse. Comen la res que voltean, se sientan sobre sus huesos, en su piel duermen. Será esta cruda evidencia de que vivir es matar, que hace también que amen tanto al que les alza la vida de esta cavilación triste. Porque entre la muerte y ellos, no tienen más que el cantor.

Pago sin él no se explica. Y el mío todavía lo tiene. Anida en un fachinal que no bandean ni las garzas. De ahí vuela a ilustrar los bailes, las carreras y las yerras.

—Cantá, Irineo.

—Pa qué viá cantar, hermano. La fiesta 'stá linda igual.

—¡Cantá, te pido!

—¡Ah, güeno! Si querés que cante, canto.

¹⁰¹ “De la querencia”, en *Carteles*, tomo II, p. 184.

Templa y rasguea. A la guitarra se le retoñan de pajaritos las cuerdas. Se compone el pecho y canta. Nadie lo aplaude ni alaba. El efecto es para dentro, como de agua en los terrones: les esponja las entrañas. El gaucho, que llora en todos, se remece en el consuelo de oír a aquel gaucho que canta.

En las casas, ya lo he dicho, viven para esperarlo. No bien llega, y tras el mate, la moza descuelga y va a él con el “estrumento”. El lo toma, entre admirado y curioso; como si no supiera.

—¡Oh!... ¿Y esto?... ¿A mí?... ¿Pa qué?...

—Pa que cante, pues. ¡Veanló!

Y templa y rasguea y canta. Y almas y rancho se alivian. El haz de raíces, que los clavaba en la tierra, es haz de plumas, que los levanta.

Pero he aquí que esto se acaba. Hoy ha venido a decirme que a él “no lo agarran ni a lazo pa ciertos pleitos”. Que, a dios gracias, su tropilla de alazanes puede ponerlo cien leguas todavía pampa adentro...

¿Qué ha ocurrido?... Que el dueño del fachinal lo ha hecho llamar y le ha dicho que ya es tiempo que normalice su vida; que él lo quiere, porque sabe que es honesto y que, por ello, va a darle lo que no le da a ninguno: majada a medias. Que trabaje y que se deje de andar cantando.

—Como ves, este hombre me tiene entre ojos. Medianerías a mí... Y que no cante... ¡Calculá vos!

Y ha de irse. Y con él se irán las alas que repechaban recuerdos. Pues las vidas de los gauchos son lo mismo que los ranchos, que clavan con cuatro estacas, pero que ni dios arranca. A no ser que las solivie el Santos Vega del pago.

Fue ayer, cuando el sol estaba en línea con mi ventana. El deseo de ser “dueño” de mi cuarto me puso de pie a las cinco; quería arreglar mis cosas, vestir con lo “mío”, predilecto a todas horas, este refugio del campo. Era como una protesta a la soledad, una expansión de mi espíritu que iba de la maleta a la mesa y las paredes. Un grito: ¡yo estoy aquí! –martillado en las estampas, puesto con libros, escrito, creo hasta en el aire con el humo del cigarro...

Estaba en esto, cuando gritaron los teros en derechura al “albardón de los cisnes”. Miré... ¡Oh! Lo conocí en seguida. –¿Cuándo no? –dije–. Ha sabido que he llegado y viene, el primero, a darme su mano. –Y mi amor propio, de amigo de mis amigos, hinchó su pluma más blanca al son naciente, orgullosa.

Era él: Ireneo, mi compañero de campo, de correrías de muchacho, fiel como un perro, caluroso como un poncho. Del palenque, a medio apearse, me echó su voz a la cara: –¡Cáistes, bandido! –Y ya en mi cuarto, sentí que lo que buscaba desde que vine –la posesión de mi yo, tierra en mi tierra, fijeza, en fin– me lo traía este inocente.

Hablamos. Venía solo para verme, dijo. ¡Tanto tiempo!... Y desató sus recuerdos más lujosos, más pintureros.

Yo le observaba, tenaz. Le había sorprendido en medio de las palabras, en la voz diáfana y clara, un hilo de reticencia, oscuro, que iba engrosando hasta cubrírme todo, todo. Y antes que se me perdiera, le interrogué bruscamente.

–Bueno, sé franco: has venido a saludarme, pero también a otra cosa... ¿Qué es? –Medio se desconcertó; hizo unos cuantos dibujos con el cabo del rebenque sobre el suelo. Después, al rato, me dijo: “Venía a pedirte un consejo...” ¿A mí, un consejo?... Estuve tentado de volver a mis papeles, de seguir buscando pie, la posesión de mi yo, sobre las paredes. ¡Diablo! Este bárbaro me volvía a dejar colgado de una rama en el abismo. Me contuve.

–Vamos a ver... Cuenta qué es lo que te pasa...

¹⁰² Ibid, p. 185.

–Es el comisario, che; el viejo López. Me persigue la muchacha a sol y sombra; a Rosa. Quiere abusar de ella, creo. ¡Y la vieja llora, hermano! Y yo no sé, tengo miedo de perderme. Ayer me han dado este escrito pa que lo firme y lo mande. Leelo vos, decíme algo; aconsejáme.

Lo leí. Era una queja al Jefe de Policía de la provincia. La eterna plumada imbécil, de opositor cagatinta, indigna de un hombre como Ireneo.

Le di otro mate. Y me paré hasta meterle los ojos en las narices. Lo alcancé en su talla hercúlea. Le puse el gesto y el corazón, míos, de amigo de mis amigos, a la altura de la frente suya, gaucha. Y le dije, mirando para el palenque:

–¿Ves ese tero?... ¿Ves cómo lo acosa al toro, lo insulta a gritos, le clava los espolones donde puede?... ¿Sabes por qué es?...

–¡Claro que sé! Defiende el nido el terito. ¡Ah, gaucho!

–Defiende el nido... Y lo defiende de un toro... ¡Y has de ser menos que un tero! ¡Y has de acudir a los cuervos, hombre! ¡Que no se diga!...

Y me volví a mis papeles. Y seguí clavando estampas furioso. ¡Aquí estoy yo!

*JESÚS MOREIRA*¹⁰³

Era alto, y parecía más, porque todo en él era empinado: la frente, el pecho, el andar. Vibraba vitalidad como un animal de guerra. Imaginad a Moreira –Moreira, el de la leyenda–, pero allá, en Ushuaia, y preso.

Había nacido en Corrientes. De este origen guardaba aún, como un perfume en un frasco, el decir lento y dulzón. Su lengua ruda mecía las palabras como una hamaca. Y al terminar los períodos, gemíanle en la garganta no sé qué espasmos; se le enmarañaba el rostro de cicatrices, y de ahí, de entre esa maraña, lo espiaban a uno sus ojos, de luz fría e inmóvil, como los de los felinos.

Un lindo animal de guerra... que se había empeñado en ser un buen animal de paz. Porque esta era su tragedia; el vía crucis que repechaba el “28”: quería ser bueno; domar su agresiva bestia, allí,

¹⁰³ “De Ushuaia”, en *Carteles*, tomo I, p. 208.

donde todo y todos –la ley, sus ejecutores y los propios compañeros– la desafían y la azuzan. Y así vivía, agonizando en la lucha de su alma con sus instintos; como un domador enjaulado con un tigre. Doloroso cuerpo a cuerpo, en que la fiera caía, cansada, al fin, pero nunca completamente vencida...

No sé si era este espectáculo, que trascendía de su vida, como un lampo de otra vida, o si era algo más concreto: su varonil salto al medio de todo malentendido, parando insultos o hachazos, lo que le daba prestigio. Pero ante cualquier desmán de que se le hiciera víctima, no había más que un comentario. –¡Sabrá ese zaino al que ha castigao!... –Y este aparte, cuando la gresca era entre ellos. –L'iba a hundir l'hacha hasta el ojo, pero estaba él... –¿El "28"?... –¡Y quién, si no!...

Y no había flojos allí. Llaneros o montaraces, se habían "desgraciao" peleando. Y todo lo consentían, todo, menos desmentir al gaucho de chiripá y lanza en ristre, agazapado en cada uno.

Pero estaba él... Moreira –el de la leyenda–, luchando consigo para ser Cristo –Cristo, el de la fantasía. Allá, en Ushuaia, sobre la nieve, y preso.

En el bosque, hacheando robles. Del ramaje esqueletoso, ausente de hojas y nidos, penden goteras de hielo. Y así es que, al golpe del hacha abajo, contra los troncos, responde una armonía cristalina, arriba, desde las copas. Como si de cada rama volara cantando un pájaro.

El día es un árbol también, con ramazones de viento, sonoro y frío. Nuestro guardián se chamusca en un fuego de asar osos. Y más allá, como a tiro de pistola "matagatos", nos apuntan seis fusiles.

A las nueve descansamos. Apenas unos minutos, para retomar empuje, sorber un mate y cruzar, a media voz, una esperanza o un duelo. Pero ese día lo que cruzó fue una puteada rajante.

¿Qué había, anterior a entonces, entre el "80" y el "5"?... No lo sabía ni lo supe. Solo vi los ojos de este, encandilados de furia. Y, en el aire, el relámpago de su hacha.

Pero estaba él... Cuando me paré, ya había barajado el rayo. Y, enmarañado de cicatrices y luces, cantaba, lento y dulzón. –No, pues, ch' amigo. No hay que peliar entre hermanos.

Ni se dio cuenta la guardia ni nuestro esbirro. Cuanto a nosotros, como si hubiera pasado un ángel... Pero yo me acordé luego que había visto brillar, bajo unas cejas cerdudas, la luz de una puñalada; luz de colmillo de perro...

Y la noche de ese día murió el “28”. Dormía, dicen, cuando al grito de: –¡Tomá, por metido a redentor!– lo pasó el puñal del “5”. De parte a parte. Como un lanzazo. ¡Jesús Moreira!

*TAPERAS*¹⁰⁴

El tren salió a la estación como a la boca de un túnel, a los silbidos. Se hizo rastra testereando contra las primeras luces. Luego, inmóvil, el resuello de la máquina supuso una escarbardura de toro que ve un poncho colorado.

A su frente amanecía. Una voz de luz y viento se desató en abanico lustrando y moviendo el campo. Lo mismo que si tallara un monte de sombra a gritos.

Irguióse en sus torsos de agua una laguna cercana, ofreciendo sobre sus palmas mojadas sus espejos cristalinos. Se inclinó a mirarse un sauce, mientras peinaba, con peines de claridad, sus trenzas verdes. Y una bandada de patos la cruzó como una seña en el aire.

Allá, en un corral distante, apuntó una hilada blanca. Salían, como de un ovillo, las ovejas, enhebrándose. Campo afuera, entre las pajas, se desgarraban sin ruido. Y más lejos, todavía, pudo verse una yeguada. El padrillo las rodeaba, dibujándolas como a compás en la tierra. Cuando las tuvo bajo él, ceñidas dentro su círculo, las desató en derechura a la laguna. Fue un hondazo. Cayeron como peñascos al agua.

La luz hinchó como un viento el panorama. Medio flotó alucinado. Parecía que iba a volar, desprendido de los ejes, como una tela de un marco. Que se iba, tras de las aves, en la furia de los potros, en el perfume del trébol, toda su alma...

Era la pampa. La pampa que despertaba sobre la estación pueblera; que rebasaba los rieles, como mujer campesina llena y rebasa el corpiño. Como una rama de fruta por arriba de una tapia.

¹⁰⁴ “De la querencia”, en *Carteles*, tomo II, p. 187.

El tren escarbó otro rato. Por fin, tras una pitada, partió, humeando, rumbo al sol. Ciego y recto, como un toro sobre un poncho colorado.

Y Juan Mena quedó solo en el andén, balanceándose en las piernas, hecho horqueta. Como si hubiera caído desde el convoy a unos zancos. Empalizado.

Era viejo, seco y duro. Contra el viento, de relieve, se le veía el esqueleto. La cara, de piel rayada y tirante, ladraba tarasconazos. Entreveros con la suerte como perros.

—Aura sí; s'toy en mi pago. Derecho ande corre el tren, en aquellos albardones, s'tá mi cueva. De ahí me sacaron con una herrería en los brazos y en los tobillos. Puá allá... puá allá quedaron mi china y m'hijo mirándome irme esa tarde...

Y Juan Mena sintió que se descubría. Una luz tierna y audaz le taladraba la entraña, se le venía en remezones a la garganta. Sintió que iba a relinchar como un caballo.

El sol subía, mientras tanto. Ahora estaba a la altura del alero de su rancho. Era un poncho colorado. Sobre él íbase el tren, ciego, derecho a ensartarlo. Y justo allí se toparon. Juan Mena oyó el bufido y hasta vio el bote en el aire. Vio al sol saltar por arriba, mientras el convoy corría, disparaba campo afuera, pisoteándole su rancho...

—¡Oh! ¿Habrá subió hasta el techo de mi casa el suelo?... ¿Taperas, pues?... ¡Por la puñalada e' Cristo!

Y hundió la cara en las manos. Sus dedos secos y uñudos hurgaron, en un espasmo de león con sed, en la cuenca de sus ojos. Buscaba un hilo, una gota, la humedad de un poco de agua. Nada y nada.

Al erguirse apareció como salido de entre las fauces de un perro. Ladraba dolor su rostro. Era como un tarascón con espumarajos.

—¿Qui hace, don?... ¿Quién es usted?... ¿A quién campea por acá?... —Las tres preguntas se le antojaron tres tiros. Echó un pie atrás, como para resistirse y silbó de entre los dientes cerrados:

—¡Yo soy Juan Mena, sargento! Vengo de Sierra Chica... Veinte años hace que me llevaron... Maté un melico; herí un

cabo; el comisario juyó, ¿sabe?... Aura...

-¿Juan Mena?... ¡Entonces, usted es mi tata, pues, don!... ¡Caray!... S' tá lindo...

-¿Su tata?... ¿Tata de un sargento de polecía?... ¿Yo, el gaucho Mena?... ¡No es cierto! ¿Me ói?... ¡Usted miente!

Y se dispuso a pelearlo. Todo el odio de veinte años de esclavitud presidiaria se le encrespó como una ola, sombría, roja, siniestra, dentro del pecho. Se le hizo luz en las uñas, filo en los dedos, puñalada en la muñeca. Catadura, raza, instinto. Buscó el cuchillo.

Pero estaba desarmado. Flanqueando, listo a cuerpearle al ataque, ganó la vía del tren y echó a andar para delante. Tettereó mirando el sol, igual, lo mismo que un toro que ve un poncho colorado...

-¡Taperas! ¡Todo taperas! ¡Hasta mi casta gaucha!... ¡Por la puñalada e' Cristo!...

El sargento lo miró irse sin intentar detenerlo. Adivinaba adonde iba.

-Viejo loco. Dejuro que va dir a buscar nuestro rancho, aura. ¡S' tá lindo!

Y esa noche, de regreso, el tren lo mató a Juan Mena. Le hizo polvo la cabeza contra los rieles. La puso él mismo, como un terrón en la vía. Taperas sobre taperas...

(Bohemia)

¡BOHEMIO! ¡BOHEMIO SIEMPRE!¹⁰⁵

He aquí que ya tengo canas; que mis guedejas se plagan, como la copa del sauce al acercarse el invierno, de hojitas secas. Y si es verdad que las aves no se posan, para hacer nido y cantar, más que en los ramajes vivos, he aquí que se acerca el tiempo en que mi encendida planta quede sola, muda y fría. Que seré viejo también...

Canto a la bohemia, entonces. A las melenas frondosas, las voladoras corbatas y los aludos chambergos. Tres atributos bohemios que hacen una sola cosa ondeante, como una bandera de guerra a muerte a la burguesía.

Le canto a mi propia estampa sonora y atrabiliaria como un cartel futurista. Me canto a mí, bohemio siempre. A esta altiva facha mía, desgajada y polvorienta como un árbol del arroyo, refugio de pájaros y pilletes.

Un árbol... ¿Qué más que un árbol plantado arbitrariamente en el medio de la calle es un bohemio?... ¿Qué menos?... Nadie podrá saber nunca qué viento trajo hasta allí la semilla de su vida; ni de dónde sacó fuerzas para tenerse y crecer bajo los pies del rebaño; ni de qué napa o de qué ubre lacta o abreva la savia que lo mantiene y lo enhiesta.

Un árbol... ¿Qué mejor destino quieres que ser un árbol, muchacho?... Siéndolo, ya serás más que un monarca, o un ministro, o un banquero. Igual que la bien amada de “El Cantar de los Cantares”, tú, entre mil, y entre diez mil, serás siempre el preferido: preferido de los niños, los pájaros y los pobres. ¡Sé bohemio!

Ser bohemio quiere decir estar solo contra todos. Haber quemado las naves que iban a anclar en el puerto de la fortuna o la gloria. Echarse a la mar braceando, sin tablas y sin objeto. Reír, pensar y batirse porque sí: por no ser triste o bruto o cobarde. ¡Por la sola vida, vaya!

La bella holganza, la bella disipación y, la más bella de todas, la pobreza, serán tus bellas amigas. Tres muchachas que, según

¹⁰⁵ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 143.

los filisteos, agotan la voluntad, el talento y otras yerbas. No creas. Nadie podrá saber nunca de qué especie es la semilla, ni de qué ubre o de qué napa abreva o lacta su savia el árbol de que yo te hablo. Y ese milagro será también tu milagro.

Y cuando llegue aquel día –¡ay!, el día que a todos llega–, y sientas cómo te cercan con rejas de sedas y oros; cómo te cubren la vida de azucenas y de rosas; cómo te aplauden y besan; entonces, penetrado de perfumes, ebrio de amor o de fama; amante o héroe, sé todavía bohemio. Abre una ventana arriba, en el cielo de tu dicha, y saca afuera tu estampa melenuda, corbatuda, sombreruda. Y bebe tu primer vino a la salud del padre sol, la novia luna, las hermanitas estrellas. ¡Bohemio! ¡Siempre bohemio!

*EL LINGHERA*¹⁰⁶

Es el bohemio de la ciudad trasladado al campo. El mismo tipo romancesco y belicoso. El mismo hombre, libertario por esencias, de pie al margen de las vías, como el otro de pie al margen de las sanciones burguesas.

Trae al desierto lo que su igual ciudadano trae al trabajo y al arte: nervio, audacia, libertad. Un nuevo valor activo que escandaliza al terrateniente y despierta entre los pobres dormidas notas fraternas, gestos flameantes y actos gentiles. Donde se mete un linghera es como si se metiera una herramienta filuda que cava, rompe y aflora, sobre la costra que ciega el alma del paisanaje, las escondidas vertientes de poesía, de bravura, de cordialidad sencilla. Se vuelve el hombre que fue cuando era gaucho.

Y lo mismo que nosotros queremos a los bohemios, empiezan ahora a querer los trabajadores del campo a los lingheras. Ven en ellos la encarnación de sus sueños de vida libre, los perseguidos, igual que en otros tiempos sus héroes, por las policías brutales, los reivindicadores de sus derechos pisoteados por los ricos. Todavía no saben todo, pero ya presienten mucho: que el linghera es un trovador rebelde; algo así como el brazo de Moreira con la garganta de Santos Vega. Un gaucho nuevo, con más arbitrio y más voz; más completo.

¹⁰⁶ Ibid, p. 146.

Quien haya visto un linghera, ha visto, puede decir, a la mayoría. Porque eso se es por esencias, como se es triste o alegre, artista o santo. El equívoco no cabe, pues que sería equivocarse a sí mismo. Lingheriar para concluir en peón, capataz o dueño de chacra, sería un fracaso. Y aquí no hablamos de fracasados.

Hablamos de un hombre fuerte, romancesco y belicoso. De un tipo a cuyas espaldas parece que llameara siempre un gran incendio. Es la ciudad, con sus ideas libertarias, sus gestas bravas y sus ensueños gentiles, que le alumbra, le sigue, le guía.

Un pasado de fuego y un porvenir de aventuras. Sobre esto, la melancolía sin término del desierto. Y en medio a todo, de pie, el linghera.

He aquí el hombre que aparece entre los gauchos y sopla sobre sus vidas un viento de rebelión que les alborota el alma y les requinta el chambergo. Les da folletos, periódicos, vacía su “mono” sobre sus recados. Y si no saben leer, les declama él nuestras prosas con el mismo énfasis con que un bohemio declama versos.

Cumple lo que otros escriben, vive la propaganda que otros propagan. El linghera es un compañero nuestro, nuestra palabra hecha carne, la Anarquía nuestra vivida al aire y al riesgo. ¡Salud, hermano!

(Conclusión y reflexión final)

EL DOMADOR¹⁰⁷

He aquí una imagen campera, cuya evocación me gusta: la del gaucho domador. Como él le cierra las piernas a un potro chúcaro, así ha de cerrar el hombre, siempre sobre algo arisco, los broches de su vida. Como nacer y crecer: eso es preciso.

Luchar, no intimidarse, y vencer. Que lo que en la mano tengas –idea o revolución–, lo apriete tu voluntad como pinza de cangrejo. Que te corten la muñeca, te cercenen la cabeza y te rebanen todo, pero no largues. Eso es ser fuerte.

Como el gaucho domador. Clavado como grampa, parecería que ha crecido de la sangre de su bestia. Bufa esta, se sacude y desparrama; vuelve a juntarse y se tiende; se planta en seco y apellotona su furia y rebota y se baraja y se sacude otra vez y el jinete es como un árbol que un vendaval zamarrea. Pero “¡dí ande!” No hay fuerza de dios ni maña de demonio que lo arranque.

¿Venció ya?... Todavía no. Aún tiene otro arbitrio el potro: agacharse a disparar. ¡Guardia, entonces! Porque ni el campo es orégano, sino una criba de trampas: vizcacheras y guadales; ni el cielo, un techo pintado, sino otro potrero grande poblado de cimarrones: toros de luces y caballadas de nubes. ¡Guardia! No mire más que a lo suyo, ni oiga tampoco a los que lo están mirando: un paisanaje de a pie, que se hace cruces y le hace cuentos de miedo. Luche, no más, sin intimidarse, y venza.

Y pongamos que venció: que el bruto cerril es ahora una seda entre sus piernas. Ni lo siente. Más en todo aquel trajín pudo agarrarlo la noche, y hasta puede –¿por qué no?– descolgarse una tormenta de esas que amagan hacer astillas la tierra. Solo, lejos, sacudido por los rayos y cegado por el agua, el riesgo que el hombre corre vendrá a ser el peor de cuantos afrontó y bandeó luchando: pues este es el de perderse. Allí se verá quién es y también adónde va: si a más o a menos, a todo o nada, a Martín Fierro o Vizcacha. Si por cuerpearle a ese infierno, tornea el caballo y lo pica, amanece al otro día en vaya a saber qué “güeya” o a cuantas leguas de su querencia... Lo mismo que

¹⁰⁷ “Del entrevero”, en *Carteles*, tomo I, p. 168.

el anarquista que cede al menor esfuerzo, o que se abre de su línea creyendo que volverá a linearse cuando quiera. Se pierde. Y aunque regrese y se alinee, será un piloto sin brújula; nunca más podrá cantar que entra y sale del estrago conservando “el fiel del rumbo”.

Gaicho fue el “gringo” Colón. ¡Ese sí! Saltó a jinetear el mar, y no se apeó de su empeño hasta que alcanzó este continente. Un Nuevo Mundo. Como él, nosotros, igual, alcanzaremos el nuestro cuando hayamos galopado lo bastante. Como seguridad: ¿qué más quieres?... Como seguridad, a mí me basta.

Monto, jineteo, galopo. Y lo que, desde el caballo, te digo a ti, es lo que a mí me repito: vale más tunal con higos que palma de adorno en una maceta. Si no eres más que una tuna, ciérrate sobre tu fruto –tu idea o tu revolución–, como pinza de cangrejo. ¡Y no aflojes, compañero!

Luchar, no intimidarse, y vencer. Como el gaicho domador. En esta imagen campera de una vida alta y alerta, desperezada y fortacha, hay toda una filosofía de afirmación que me gusta.

ÍNDICE

1. Introducción	7
2. Culto del carácter	11
3. Romanticismo	17
4. Internacionalismo e idiosincrasia nacional	21
5. Esteticismo	25
6. Vitalismo	33
7. Antiintelectualismo	45
8. Idealismo	53
9. Juvenilismo	62
10. Criollismo	65
11. Bohemia	73
12. Conclusión y reflexiones finales.....	76
Adenda	83

Selección de textos de González Pacheco

Advertencia	89
-------------------	----

[Introducción]

<i>CARTELERÍAS</i>	91
<i>LA MUECA PÓSTUMA</i>	92
<i>HIGOS PINTADOS</i>	93

[Culto del carácter]

<i>¡PACIENCIA Y META!</i>	95
<i>BAKUNIN</i>	96
<i>MALATESTA</i>	97
<i>KROPOTKIN</i>	98
<i>EMMA GOLDMAN</i>	100

[Romanticismo]

<i>SOLDADOS DESCONOCIDOS</i>	103
<i>EL MUNDO EN FLOR</i>	104
<i>EL SEÑOR TODO EL MUNDO</i>	105
<i>EL HÉROE</i>	106
<i>RAFAEL BARRETT</i>	107

[Internacionalismo e idiosincrasia nacional]

<i>ESPAÑA</i>	109
<i>GUERRERO</i>	111

[Esteticismo]

<i>ESTATUAS</i>	112
<i>DE HOMBRE A HOMBRE</i>	113
<i>EN MARCHA</i>	114
<i>¡ABAJO EL BURGUÉS!</i>	115
<i>ALAS</i>	117
<i>PALABRAS VIVAS</i>	118

[Vitalismo]

<i>EL TORRENTE</i>	119
<i>EL MESÍAS</i>	120
<i>CÍRCULOS O ESPIRALES</i>	122
<i>DE LA ANARQUÍA</i>	123
<i>CURSILERÍAS</i>	124
<i>¡META Y META!</i>	125
<i>¡A PULSO, A PUÑOS!</i>	127
<i>RETORNO</i>	128
<i>¡HOY!</i>	129
<i>LLEGAR...</i>	130
<i>DURRUTI</i>	131
<i>EL HOMBRE FUERTE</i>	132
<i>NIDO DE BOMBAS</i>	133

[Antiintelectualismo]

<i>DOLORES</i>	134
<i>INTELECTUALES PUROS</i>	135
<i>LUISA LALLANA</i>	136
<i>¡ANARQUISTAS!</i>	137
<i>COMUNISMO</i>	138
<i>EL PROGRAMA</i>	139
<i>DE LA IGUALDAD</i>	141
<i>AMIGOS Y COMPAÑEROS</i>	142

[Idealismo]

<i>¡SALUD A LA LIBERTAD!</i>	143
<i>EL PENSAMIENTO ANARQUISTA</i>	144
<i>LOS CAMINOS</i>	145
<i>ACCIÓN DIRECTA</i>	146
<i>¡CUMBRES, CUMBRES, COMPAÑEROS!</i>	147
<i>TIERRA ARADA</i>	147
<i>IDEAS SON TRIUNFO</i>	149
<i>COMPAÑERO, MI COMPAÑERO</i>	150
<i>A SACCO Y VANZETTI, NUESTRO SALUDO</i>	151
<i>¡HOY EN LA CALLE!</i>	153
<i>ELLAS</i>	153
<i>REVOLUCIÓN SOCIAL</i>	155
<i>CARTAS MOJADAS</i>	156
<i>ESPERANZA</i>	156
<i>LOS MARXISTAS</i>	158
<i>ASESINARON A TROTZKY</i>	160

[Juvenilismo]

<i>MUCHACHOS</i>	162
<i>YO TAMBIÉN TUVE VEINTE AÑOS</i>	163
<i>LOS VIEJOS NUESTROS</i>	164

[Criollismo]

<i>MARTÍN FIERRO</i>	166
<i>EL GAUCHO</i>	168
<i>SANTOS VEGA</i>	170
<i>UN CONSEJO</i>	172
<i>JESÚS MOREIRA</i>	173
<i>TAPERAS</i>	175

[Bohemia]

<i>¡BOHEMIO! ¡BOHEMIO SIEMPRE!</i>	178
<i>EL LINGHERA</i>	179

[Conclusión y reflexiones finales]

<i>EL DOMADOR</i>	181
-------------------------	-----

Títulos publicados en esta colección

978-987-1523-27-6	A cien años de la Revolución Rusa	Frank Mintz
978-987-617-009-3	Actualidad del anarquismo	Tomás Ibañez
978-987-1523-31-3	Agitando los anarquismos	Tomás Ibañez
978-987-617-194-6	Al diablo con la cultura	Herbert Read
978-987-1523-21-4	Anarquismo en movimiento	Tomás Ibañez
978-987-1523-33-7	Anarquismo entre rejas	Wiliam Andrés Mesa Cárdenas
978-987-617-048-2	Anarquismo trashumante. Crónicas de crotos y linyeras	Oswaldo Baigorria
978-987-22440-6-4	Anatol Gorelik. El anarquismo y la Revolución Rusa	Frank Mintz (compilador)
978-987-1523-03-0	Autogestión y anarcosindicalismo en la España revolucionaria	Frank Mintz
978-987-22440-2-2	Bakunin: Crítica y acción	Frank Mintz (compilador)
978-987-1523-32-0	Barcelona, mayo de 1937	Agustín Guillamón
978-987-1523-29-0	Cabezas de tormenta. Edición corregida y aumentada	Christian Ferrer
978-987-1523-28-3	Colapso	Carlos Taibo
978-987-1523-06-1	Contra los jueces	Anibal D'Auria
978-987-617-065-9	Del socialismo utópico al anarquismo	Felix García Moriyón
978-987-617-069-7	Desobediencia civil y otros textos	Henry David Thoreau

978-987-1523-14-6	Días rojos, verano negro	Horacio Silva
978-987-20874-0-7	Dios y el Estado	Mijail Bakunin
978-987-617-068-0	Discurso sobre la servidumbre voluntaria	Étienne de La Boétie
978-987-1523-25-2	Durruti en el laberinto	Miquel Amorós
978-987-1523-07-8	El ABC del comunismo libertario	Alexander Berkman
978-987-22440-3-0	El amor libre. Eros y anarquía	Oswaldo Baigorria (compilador)
978-987-20875-0-4	El anarquismo	Daniel Guerin
978-987-1523-30-6	El anarquismo argentino	Lucas Domínguez Rubio et al.
978-987-22440-8-8	El anarquismo frente al derecho	Varios
978-987-617-017-8	El anarquismo individualista	Émile Armand
978-987-1523-20-7	El hombre, Dios y el Estado	Anibal D'Auria
978-987-1187-53-X	El Lenguaje libertario	Christian Ferrer (compilador)
978-987-1523-01-6	El principio federativo	Pierre Joseph Proudhon
978-987-22440-9-5	El Único y su propiedad	Max Stirner
978-987-20875-3-9	Estatismo y anarquía	Mijail Bakunin
978-987-617-132-8	Hechos y comentarios	Eduardo Gilimón
978-987-617-134-2	Historia del 1ª de Mayo	Varios
978-987-1523-02-3	Historia del Movimiento Makhnovista	Piotr Archinov

978-987-1523-18-4	Historia del movimiento obrero revolucionario	Eduardo Colombo (compilador)
978-987-617-170-0	Ideologías y tendencias en la Comuna de París	Heinrich Koechlin
978-987-617-185-4	Incitar a la acción	Mijail Bakunin
978-987-20875-3-9	Kronstadt 1921	Paul Avrich
978-987-1523-16-0	La abolición del Estado	Wayne Price
978-987-20875-8-X	La Alianza Obrera Spartacus	Javier Benyo
978-987-1523-09-2	La choledad antiestatal	Huascar Rodríguez García
978-987-20875-6-3	La conquista del pan	Piotr Kropotkin
978-987-1523-11-5	La educación libertaria en la Argentina y en México	Martín Acri y M. del C. Cáceres
978-987-20875-7-1	La FORA. Ideología y trayectoria	Diego Abad de Santillán
978-987-1523-24-5	La Gran Revolución Francesa	Piotr Kropotkin
978-987-1523-00-9	La moral anarquista	Piotr Kropotkin
978-987-617-226-4	La palabra como arma	Emma Goldman
978-987-1523-22-1	La peste, la bestia y el monstruo	Anibal D'Auria (compilador)
978-987-1523-26-9	La Revolución	Octavio Alberola
978-950-9870-01-3	La utopía es posible	Bookchin / Stowasser / Liguri
978-950-9870-02-1	La voluntad del pueblo	Eduardo Colombo

978-987-1523-19-1	Libertarias en América del Sur	María Cristina Guzzo
978-987-22440-4-9	Los Anarquistas en la crisis política española	José Peirats
978-987-1523-12-2	Los sediciosos despertares de la anarquía	Daniel Barret (Rafael Spósito)
978-950-9870-03-1	Malatesta	Vernon Richards (compilador)
978-987-20875-2-0	Marxismo y anarquismo en la revolución rusa	Arthur Lehning
978-987-1523-13-9	Pasado y presente del anarquismo y del anarcosindicalismo en Colombia	CILEP
978-987-20875-9-8	Qué es la propiedad?	Pierre Joseph Proudhon
978-987-1523-23-8	Revolución anarquista en Manchuria	Emilio Crisi
978-987-1523-10-8	Ricardo Flores Magón	Diego Abad de Santillán
978-987-20875-1-2	Rosa Luxemburg y la espontaneidad revolucionaria	Daniel Guerín
978-987-617-119-9	Sacco y Vanzetti. Sus vidas, sus alegatos, sus cartas	A.A.V.V.
978-987-617-074-1	Senderos de libertad	Félix García Moriyón
978-987-22440-0-6	Surrealismo y anarquismo	Plinio A. Coehlo (compilador)
978-987-617-171-7	Tácticas revolucionarias	Mijail Bakunin

